



CATORCE
AÑOS DE
SILENCIO

ISRAEL ESTEBAN

Catorce años de silencio

Israel Esteban

Página de créditos

© Israel Esteban, 2015

Todos los derechos reservados.

Diseño editorial: Ediciones EK (www.edicionesek.com)

Imagen de la cubierta: Myriam León

Cuando dibujas con el dedo un círculo alrededor de una atareada hormiga, esta se asusta, tiembla y languidece. Pero unos segundos más tarde, como si no hubiera pasado nada, prosigue su camino.

Learsi Zerep Nabetse

Leer antes de consumir

- 1.** Este producto es imperecedero, como los yogures que fabrican actualmente.
- 2.** No agitar cuando lo utilice, evitará así la sensación de desfallecimiento, vista borrosa o náuseas.
- 3.** Tiene delante de sus ojos una distopía única en su género, por el simple hecho de que fue escrita, expresamente, desde el futuro, para que ustedes puedan disfrutarla en el tiempo actual.
- 4.** Su lectura provocará cambios sustanciales en el posible receptor, haciéndole, de forma irrefutable, mejor persona. Podría convertirse en un ser altruista, empático o, incluso, vegetariano.
- 5.** Pase las páginas rápidamente, absorba su aroma y deléitese con su tacto; a pesar de la rugosidad, la propia de una cuartilla de módico precio.
- 6.** Para una mejor asimilación, procure evitar cualquier tipo de estrés o ruido.
- 7.** Disponga de una luz agradable de tecnología led si es posible, para evitar incrementos innecesarios en la factura.
- 8.** Cierre bien los grifos, antes de que esa gotera le acabe carcomiendo por dentro.
- 9.** Asómese a la ventana y dígame a ese crío, el que está reventando la fachada de su edificio con el balón, que vaya a jugar a casa de su gentil madre.
- 10.** Si, por el contrario, vive en el campo, alejado del tumulto, no se olvide de apartar esa tonelada de estiércol junto a su puerta, que tiene por costumbre dejar esa que le da leche, pero no lana, su amiga la vaca.
- 11.** Olvide todo lo anterior y disfrute de la lectura, y lea como le dé la real gana. En caso de duda, consulte con su librero.

Israel Esteban

Nota del autor

Por sus propias características, esta novela precisa del concurso de un narrador omnisciente, así como de diversos narradores en primera persona. Para facilitar la lectura, se ha preferido acotar las intervenciones de aquel mediante el uso de asteriscos. Uno (*) al comienzo de cada una de ellas. Dos (**) al final. De este modo se evita que la concatenación de narradores pueda en algún momento distraer al lector.

GÉNESIS

Génesis 18 de noviembre 2012. Época actual

No escribo de noche, ni cuando hay bruma. Ni si quiera cuando la lluvia golpea fuertemente los cristales; ni encender la chimenea me hace falta. De esta forma rompo con los clichés, aunque si pudiese elegir, serían esos los momentos que, sin duda, escogería para hacerlo, llámame romántico si quieres.

Hoy es 18 de noviembre del año 2012, y me llamo Israel. Aunque parezca mentira, la novela ha comenzado. El veintitrés del mes pasado presenté mi primer libro de relatos y ha llegado el momento de retomar el proceso creativo; aunque creo que no existe tal botón, el de apagar ese proceso. Al menos eso pensé hace dos días, antes de que me sucediera algo que todavía mi mente intenta asimilar.

Ocurrió ayer sobre las ocho de la tarde. Ya era de noche y, a pesar de ser sábado, apagué el teléfono y me dispuse a escribir. No tenía ninguna intención de salir —tampoco nadie tuvo la intención de llamarme—. Escuché fuertes golpes en la ventana de mi salón, cosa extraña teniendo en cuenta que vivo en un décimo piso. «Tormenta», pensé. Proseguí escribiendo. Al tercer golpe, y ya un poco asustado por la intensidad, me levanté y abrí la ventana. El chubasco me golpeó en la cara y me dejó un aliento fresco en la boca, como de chicle mentolado. No encontré nada sospechoso y volví a cerrarla, pero ya no estaba solo.

Fue entonces cuando pude ver como unas trazas minúsculas de color azul empezaron a sobrenadar en el aire. La materia comenzó a girar sobre sí misma y en el interior de la esfera pude apreciar el ensamblaje de un armazón óseo, junto con sus músculos, que no me recordó otra cosa que un tedioso puzle por fascículos. Reconozco que me dejé caer en el sofá con la convicción de haber malgastado el dinero en mis clases de aikido —uno nunca está preparado para esa clase de imprevistos.

Un ser de dos metros y medio de altura, con apariencia humana, me miraba a través del remolino de partículas. Su mandíbula era ligeramente más pequeña, y sus falanges, alargadas y simétricas.

—No te asustes, no voy a hacerte daño. —“Es fácil decirlo si eres una criatura colosal”, pensé.

En ese momento me dio por recordar el programa *Cuarto milenio*, las leyendas sobre la sinuosa concavidad de la montaña de Monserrat y el programa de inteligencia extraterrestre, SETI. Achaqué mi visión a mi desmedida afición por leer; una locura transitoria como la del Quijote, que enloqueció por leer tantos libros de caballerías. La voz prosiguió:

—Después de lo que acabas de presenciar, te resultará más sencillo comprender lo que te voy a relatar. Me llamo Darío Waltari y se podría decir que tengo veinticinco años. Aunque, en cierta manera, no es del todo exacto..., con el tiempo entenderás a qué me refiero. Soy un viajero del tiempo. —“Estupendo para una entrevista de trabajo”, cavilé—. Provengo de tu mismo planeta, año 3014. Como verás, mi cuerpo es en proporción más grande que el vuestro en esta época. Es solo un antojo de la evolución; de donde vengo es lo habitual. Sin sopesar demasiado las consecuencias, he creído conveniente obsequiarte con información que hace referencia al futuro; y también, por qué no decirlo, me he sentido atraído, absorbido, por la curiosidad de encontrarme contigo. Precisamente tenía que ser ahora, en este siglo de sombras alargadas y siniestras que exudan un cierto olor a moho. ¿No lo notas? Huele tímidamente a azufre, apenas imperceptible.

Mientras hablaba me fijé en que solo llevaba puesta una malla blanca sin costuras, recubierta de broches metálicos. Seguro que tenían su función, aparte de la de proclamarse un hortera. Yo, claro está, asentí con la cabeza para demostrarle mi conformidad. No quería irritarle ni que pensara que soy hostil o, lo que es peor, maleducado o misántropo. No era nada recomendable ponerme altanero. Por eso procuré ser complaciente y le ofrecí un té verde que aceptó muy gustoso. También tuve

que transigir permitiendo que se comiese una bandeja repleta de galletas de mantequilla; todo por el bien de la humanidad, claro está. Darío tenía mucho que decir y le dejé hablar:

—Que esté aquí ahora mismo implica peligros ilimitados. El más mínimo cambio, hasta la inclusión de una idea, bastaría para que el equilibrio de los mundos se tambalease. No te miento si te digo que la decisión de entregarte esta documentación fue muy difícil para mí. Por eso no te aconsejaré sobre lo que debes hacer, ni tampoco me presentaré ante tus líderes, por la sencilla razón de que no os representan como es debido, solo les interesa su propia supervivencia. Te preguntarán por qué tú y no otro. Pues, para empezar, te diré que soy descendiente tuyo; llevamos, en parte, la misma sangre. De todos mis antepasados, solo encontré información sobre ti gracias a la viralización de tus contenidos en la red actual, Internet. Gracias a eso y a un estudio del ADN, que me mostró la ramificación de mi árbol genealógico.

Sin mediar palabra escuché atentamente las palabras de Darío, moviendo la cabeza indiscriminadamente de arriba abajo, en señal de aprobación. De la misma forma que hace mi abuela cuando alguien habla a través del televisor.

—Sé de antemano que eres una persona muy curiosa y pronto, cuando te recuperes de tu estado catatónico, empezarás a bombardearme a preguntas. Por eso te adelanto que sí, que soy conocedor de tu vida pasada y futura. Y que no, no voy a darte la combinación ganadora de la lotería. Hasta podría revelarte si quisiera el paradero exacto de la mujer de tus sueños; también su edad y su apariencia. Pero solo te haré el favor de detallarte que tendrás la suerte de conocerla en esta vida. No obstante, compartiré contigo mucha información del futuro que agruparás en una novela que presentarás con tu nombre.

Dicho esto, Darío alzó la mano en dirección a la impresora y cientos de folios empezaron a imprimirse. Fui incapaz de quedarme callado por más tiempo.

—Espera, espera un momento. ¿Me estás diciendo que conoces a la mujer que me abrigará los próximos inviernos y no vas a decirme dónde está? ¿Y que me vas a hacer leer todo esto, en vez de contármelo? Tú no te vas sin decirme dónde está. Vamos..., pero ni de coña.

—Lo siento, pero hay un momento y un lugar para cada cosa. Deja que fluya la magia, ten paciencia. —Y se quedó tan tranquilo el tío.

—Lo que me faltaba... Que te pusieras poético.

—Léelo, ahí tienes mi historia; al menos parte de ella. Es muy probable que vuelva para darte más. Lo que ves ahí son diarios y cuadernos de varias personas. Para su mejor interpretación lo he sintetizado todo en una historia, más comprensible y menos caótica. Ahora debo marcharme, volveré más adelante para que podamos hablar. Cuídate.

Tal y como vino desapareció, desintegrándose en partículas. Pero antes de hacerlo se bebió dos litros de agua mineral. Darío dice que viajar en el tiempo da sed. Tuve la tentación de llamar a unos cuantos amigos para contarles lo que me había sucedido, pero desistí de la idea al momento. No tenía sentido hacerlo, nadie me creería. Por ello, sin perder más tiempo, me dispuse a leer, pero antes bajé al supermercado para reponer el frigorífico.

Bitácora de Darío Waltari. 19 de abril, año 3014

La verdad es que no tengo que devanarme mucho la cabeza para saber cómo empezar mi historia. Ya tuvo por sí sola un principio, mi nacimiento. Las estrellas fueron los únicos testigos de algo de semejante natura; y aún hoy, después de tantos años, siguen guiándome por las cumbres de Cervatar, mi aldea natal.

Cuando aún estaba dentro del útero de mi madre, fui consciente de que era diferente. Sin ir más lejos, tres meses antes del alumbramiento ya podía recordar mis sueños y comunicarme con ella. Por eso, desde antes de la salida, la acompañé en los malos momentos y, aunque al principio se asustó, creyendo que las voces que escuchaba estaban dentro de su cabeza, acabó por adaptarse sin ningún problema. Para cualquier embrión es un privilegio poder elegir qué comer cada día. Aun así, siempre había excepciones. Tres días por semana no faltaban las legumbres. No podía oponerme, desde mi posición de cachorro enjaulado, a esa barbarie. Era inevitable intoxicarme con la ponzoña del caparrón rojo, teniendo en cuenta que compartíamos el mismo conducto digestivo.

Recuerdo sin cariño el desprecio que muchos tenían hacia mi madre, por motivos para mí evidentes. Siempre había tenido cierta clarividencia de ideas, una sensibilidad extrema y era partidaria de que las relaciones entre los seres humanos fueran profundas y activas. La franqueza, sin subterfugios, había alertado a más de un insensato. Por ello todo aquel que fuera mediocre, de carácter débil, prefería evitarla en la medida de lo posible. Eloísa la Bruja, así la llamaban, porque su función era la de preparar remedios naturales y ungüentos. Considerada en la aldea una mujer sabia, destacaba por su gran melena blanca y sus intensos ojos grises.

Vivíamos retirados de la aldea, en una casa colgante, cerca del cruce de las Cien Veredas. Estaba señalada por un vetusto cartel, a partir del cual el bosque se tornaba frondoso, alegre y enigmático. Aún puedo ver ese enorme y viejo roble que rompía el cielo y en el que se sustentaba nuestra residencia, intrincada por los ramales y los nidos de pájaros con los que convivíamos.

Por entonces era una persona solitaria y melancólica, un gráfico andante con tendencia «bajista» que a veces se disparaba gracias a un optimismo inexplicable, proclive a los altibajos emocionales. Tal vez la culpa no la tenía yo; puede que mi educación me convirtiera en un ser dispar, producto del odio que tenía Eloísa hacia el mundo. Por eso allí, en mi árbol, fragué una vida singular, inverosímil y ecléctica.

Hasta ese momento mis libros eran, en cierta manera, mis compañeros. Mi patrimonio cultural hasta bien entrada mi adolescencia no fue otra cosa que un cóctel de viajes intercontinentales, terror al más puro estilo de Edgar, un poco de romanticismo y de *carpe diem*, filosofía griega, letras, psicología de andar por casa, un par de cómics y unas antiguas revistas de culturismo.

Antes de avanzar es necesario relatar lo que ocurrió en el planeta. Fue mucho antes de que naciese cuando sucedió la desgracia; merecida sin duda, ganada a pulso. Nada es como se creía en 2012. Al final, no hizo falta que nos destruyera el efecto invernadero, ni ninguna guerra fría o hecatombe nuclear, ni una invasión alienígena. Ni siquiera el tan esperado juicio final; o tal vez sí, según cómo se mire, ya que lo que ocurrió fue bastante apocalíptico.

Llegó un día en que los humanos quisieron equipararse a Dios y comenzaron a experimentar con los avances biotecnológicos: los maíces transgénicos, la oveja Dolly —y la madre que la parió—, los profilácticos de sabores, la pera con sabor a plátano y forma de gaviota, el papel higiénico transparente, los microbios... Hasta que se produjo una mutación del virus de la gripe, tan solo una pequeña alteración en la cadena que bastó para cambiarlo todo y que acabó diezmando la población mundial.

Muchos de los supervivientes lo fueron gracias a que se encontraban lejos de las ciudades, ajenos a la nauseabunda urbe amarilla, que debía este color a la polución.

Gente que supo ver con antelación la inevitable lacra del neoliberalismo. Normalmente coincidían en varios aspectos: eran enemigos de la automedicación, simpatizantes de la macrobiótica y solían ingerir productos ecológicos, de esos que estaban llenos de insectos por la falta de fungicidas —salvaguardando la orina del algún campesino—. Incluso los viajeros intrépidos que estaban ocultos en la maleza de la Amazonía o del África oriental. Todos ellos sobrevivieron.

En todas partes hubo supervivientes, y poco a poco se fueron reagrupando para empezar de nuevo. Durante unos años, si observabas las fotografías transmitidas por satélite, se podía ver nuestro planeta sumido en la oscuridad más absoluta. Sin los destellos de las grandes ciudades, sin presentaciones multitudinarias de los *best sellers* del momento, sin conciertos por YouTube, sin Facebook, sin *selfies*, sin conservantes ni emulgentes; al natural.

Ahora quedaba diluir la basura espacial, que bailaba bajo los influjos magnéticos de la cadera de la madre tierra, renovar el oxígeno, hacer una transfusión de agua pura y limpia. De forma ineludible, el ciclo de la vida siguió su curso: los ríos se desbordaron, corrigiendo su trayectoria natural, anegando edificios, garajes y líneas de metro; y lo que no pudo diluir el compuesto líquido quedó a merced de la arboleda y de la espesa vegetación. Es increíble la gran capacidad que demostró el planeta para regenerarse.

En muy poco tiempo, se pudo ver por las grandes plazas y avenidas, por los parques de atracciones, ayuntamientos, centros cívicos, prostíbulos, colegios y supermercados, campar alegremente a toda clase de animales.

De los miles de cadáveres que había ya no quedaba nada. Nuestra tierra, atiborrada del mejor abono natural, la materia humana, nos gratificó con flores de muy diversas clases.

La energía de los cuerpos se volatilizó. Para unos simplemente desapareció, para otros esas energías se encarnaron en otros cuerpos. Hubo aún otros que distinguían entre quienes iban al cielo y quienes lo hacían al infierno, y para mí... Yo pienso que me ha tocado el cielo, ya que la tierra es maravillosa, aunque yo esté tan jodido. Porque ¿qué culpa tiene la tierra de que tenga traumas y debilidades? ¿Qué culpa tiene de que tome decisiones desacertadas?

No es una roca

Elucubraciones aparte, me di cuenta de que se me había hecho tarde. Esa mañana me tocaba repartir los compuestos que elaboraba Eloísa. Pero antes bajé al río, como cada día, para quitarme esas legañas fastidiosas, nidos de golondrina contruidos por la noche a contrarreloj.

Había una roca con forma de oronda mujer que me miraba fijamente —o así me pareció a mí—. Sabía que no debía mirar y, menos aún, darle conversación. Según me advirtió mi madre, apareció un poco antes de mi nacimiento. Pero por una extraña razón no pude evitarlo y me acerqué. «¿Qué tendrán esos ojos vidriosos que siguen mis pasos? —me preguntaba—. ¿Qué es eso tan importante que parece querer decirme?».

—Hola —dijo la roca con voz cavernosa.

—Hola —repliqué tímidamente.

—No temas, acércate. Tan solo soy una máquina programada para trasmitirte un mensaje.

Con los ojos abiertos y expectantes, observé embelesado la roca, que seguía hablándome.

—Tengo prohibido contártelo de una forma directa, pero sí que puedo lanzarte un acertijo: hay algo oculto que desconoces y, al mismo tiempo, conoces muy bien, nada más y nada menos que la razón de tu existencia. Lo puedes encontrar en cualquier lugar, pero no lo harás hasta que estés bien lejos.

«Reconozco que sigo sorprendido, pero esta situación me parece imposible. ¡Una roca que habla!». Debía estar soñando. Entonces dije:

—Puede que esté soñando, y si es así te voy a seguir el rollo. Acabo de levantarme, y cuando eso ocurre odio que me hablen, que me estresen, que me miren. Por eso voy a fingir que esto no ha pasado, voy a tomarme un café con unas tostadas a la plancha y...

La roca, hinchada de rabia, empezó a agrietarse y varias ranas de color ceniza salieron en estampida. Cometí el error de acercarme demasiado, lo que aprovechó la roca para proyectar un aguijón extensible que me impactó de lleno. El líquido había penetrado en la epidermis y ya corría por mi torrente sanguíneo. Aun así, apenas sentí dolor.

—¿Qué me has inyectado?

—Un fluido con temporizador. Esa era mi misión, obligarte de algún modo a que abandonases Cervatar. Tienes que marcharte y rápido. Ten presente que si no lo haces, tu cuerpo se irá endureciendo hasta convertirte en una piedra gris.

—Pero marcharme ¿adónde?

—Te he trasvasado un compuesto químico, los nanobots, programado para ayudarte en tu recorrido. Pronto aparecerá un mapa en tu pecho que te guiará. Buena suerte.

Dicho esto, sus párpados cayeron como gruesos telones para ocultar la avinagrada mirada. Se me habían quitado las ganas de reír, tenía un mal presentimiento. Antes de abandonar el río, atisbe en el reflejo del arroyo un destello gris que provenía de mi pupila.

Los García

*

Muy cerca de allí, Eloísa Waltari dejó la cuchara de palo en la encimera de granito. Había sentido un pinchazo en el corazón, y cuando eso ocurría tenía por costumbre pensar que las malas noticias no se harían esperar.

A esa hora ya había preparado todos los encargos del día: el crecepelo con parásito de ballena para Thomas el carnicero, la crema de grasa de pececillo de plata para Malcon —el hijo del matarife—, al que, de comer tanto tocino, le habían salido unas protuberancias detrás de las orejas, y también el elixir de visión lumínica e infinita, creado única y exclusivamente para la familia de Mario.

Esta última familia se caracterizaba por haber sido siempre ciegos. Desde el padre, Segismundo García, que en paz descansa, hasta el hijo. Pero eso no fue siempre así. En tiempos inmemoriales, cuando gozaban del privilegio de la vista, los antepasados de Mario fueron azotados con mil desgracias, hasta tal punto que el patriarca de la familia enloqueció. Según le contó la abuela Candelas, «el desgraciado entró en la parroquia de San Martín y, maldiciendo a Dios, acabó por arrancarse los ojos con una cuchara de postre». Antes había cegado a sus hijos con la luz de la luciérnaga macabal, mutación de la archiconocida luciérnaga común, con la diferencia de que esta pesa cien kilos y se usa para iluminar los senderos cercanos a las aldeas.

Eloísa empezó a impacientarse, cogió unos troncos curvados, los apiló y les prendió fuego. El humo azulado se extendió hasta las nubes y ella empezó a agitar los brazos velozmente. Desde kilómetros se podían ver unas extrañas letras que tan solo ellos podían descifrar.

**

Cuando alcé la cabeza, pude ver el humo en la lejanía y descifrar el código:

—¡Son más de las doce!, ¿dónde diablos estás? Tienes que repartir los pedidos... Como no te presentes de inmediato, comerás caparrones toda la semana.

Me apresuré al ver ese mensaje amenazador, sabía que hablaba en serio. Corrí tan rápido que ni siquiera fui capaz de disminuir el paso cuando vislumbré la silueta de Carla entre los árboles.

*

Carla Manzotti, un nombre que se le antojaba delicioso. Hacía años hablaba con fluidez y la gente recordaba muy bien el timbre de su voz, porque siempre le ponían en el compromiso de leer todas las actas del consejo. Fue con dieciséis años cuando, bajando al río en busca de fresas silvestres, le debió ocurrir algo horrible. Desde entonces se negó a hablar de forma rotunda, y rara era la vez que salía de casa. Aunque no importaba mucho que hablase o no, ya que para Darío permanecer a su lado era todo lo que se necesitaba. Sus ojos cobrizos, tan grandes y expresivos, le intimidaban, pero lo que de verdad le bloqueaba era su narcótico e inconfundible olor. Así era la encantadora Carla, tan bella y tan inaccesible. Su relación con él también cambió; se tornó distante y huidiza a pesar de haber compartido tantas cosas en la niñez.

**

Cuando llegué a casa le conté a mi madre lo sucedido. Se quedó pensativa, como si supiese algo que yo por entonces ni sospechaba, y lo único que acertó a hacer fue sentarse encima de un tronco descascarillado para liberar una lágrima.

—Alguien ha escrito tu destino por ti. No cabe otra cosa que esperar unos días para

saber qué ocurre.

Sorprendido, vi como todo mi cuerpo estaba ramificado a base de trazos negros, dando forma a una especie de mapa. Aun así, para dejar de darle vueltas al asunto, me vestí y salí a repartir las medicinas por el poblado.

*

Dejando atrás la casa se empezaba a divisar el cartel que anunciaba el pueblo: «Bienvenido a Cervatar». Las luciérnagas macabral dormitaban a esa hora a los lados del camino. Estaban atadas con cadenas y forzadas a alumbrar las largas noches de la aldea. Cervatar tenía una apariencia un tanto extraña. Aún se conservaban grandes edificios que, gracias a las placas fotovoltaicas, funcionaban prácticamente igual que antes del desastre. Todo ello contrastaba con el patrimonio perfectamente conservado de hacía siglos.

En aquella fecha, debido a las nuevas tecnologías, no usaban, en forma alguna, el petróleo. Lo más habitual era emplear el piélagos marino, motores de hidrógeno líquido y, por supuesto, la fuente más ecológica hasta entonces conocida, el poder del sol. Si alguien tenía la suerte de encontrar algún vehículo, podía circular con él de forma indefinida. Cuando sobrevino la pandemia, fueron muchos los que recurrieron a ellos para intentar huir, a pesar de que ya estaban infectados. Accionaban el modo manual porque desde hacía decenios los coches se conducían solos. Mientras les consumía el virus, tan solo podían hundir el pie en el acelerador, y hasta que encontraban la muerte no descansaban.

Por otra parte, para evitar la tala masiva de los bosques usaban un sucedáneo de la madera que se inventó en 2157, cuando con ayuda de la nanotecnología se consiguieron grandes logros en muchos ámbitos de la vida. Casas de materia moldeable como la plastilina con capacidad para cambiar de tamaño, forma y temperatura. Por otra parte, la ventaja de ser tan pocos en el planeta es que había sitio para todos, y el precio de conseguir un pedazo de tierra para hacerte una casa bien te podía salir por dos vacas.

**

Llegué a una de las casas que más me llamaban la atención, aunque me deprimía profundamente, la de mi amigo Mario. El elixir de visión lumínica e infinita proporcionaba a toda la familia una gran felicidad, porque cuando lo tomaban eran capaces de ver el mundo de una forma singular; imágenes rodeadas de halo difuso, como si de un sueño se tratara. Como eran muy respetuosos con sus antepasados, nunca quisieron recuperar la vista, a pesar de que disponían de diversas soluciones: desde microcámaras que se implantaban en el nervio óptico, la reconstrucción de tejidos nuevos con ayuda de la nanotecnología, etc. Querían ver el paso del tiempo de sus seres queridos y de ellos mismos, por eso la tomaban de vez en cuando y su efecto se prolongaba durante unas horas.

En esa casa vivían Mario, su madre Clotilde y su abuela Candelas. Llamé a la puerta.

—¿Quién es? —replicó Clotilde.

—Soy yo. Darío.

—Bienaventurados sean mis oídos. Pasa, hijo, estábamos terminando de comer.

La abuela estaba quejándose en la cocina y pelaba una naranja con la cabeza inclinada hacia el techo, el pelo por debajo la cintura, encanecido y muy descuidado. Era predicadora de todos los refranes populares que la memoria le permitía recordar y aleccionaba a los jóvenes para que no olvidaran nunca.

Clotilde se dirigió al salón y yo caminé con cuidado, ya que vivían en una constante penumbra, no había ninguna luz encendida. Se movían al compás de una música inexistente. Conocían la ubicación de cada cosa. En la oscuridad, veían un mundo

mágico lleno de color. Clotilde llevaba unas gafas oscuras de sol y tenía una alopecia considerable que hacía un gran contraste con su espesa axila.

—¡Hola, Mario!, que aproveche.

—¡Gracias!

Lo miré con admiración, ya que mi amigo nunca había dejado de sonreír a pesar de las circunstancias. Sentado, con los codos apoyados en la mesa, miraba hacia el exterior como si tratase de contemplar el paisaje. Recuerdo que comía unas alitas de mantril, pájaro típico de la zona, de cuerpo pequeño y desmesurados muslos. Mientras tanto iba tocando lo que había a su alrededor, poniéndolo todo perdido.

—¿Quieres acompañarme? Aún me quedan más cosas que repartir.

—Está bien. Vámonos de esta casa de locos, que no aguanto a mi abuela gritando todo el día.

—¡No por mucho madrugar amanece más temprano! —bramó Candelas enseñando las encías.

Se limpió la boca con los codos y parte de los antebrazos, y se dirigió al baño. Ahí estaba él, frente al espejo, lavándose concienzudamente con una pastilla de jabón Lagarto. Se tomó un poco de poción y todo empezó a estar en su sitio.

—¡Joder, vaya pelos que llevo!

—Pues como siempre. Una maraña... Seguro que tienes una mascota escondida ahí dentro.

—¡Vete a la mierda!

—¡Ey! No te enfades, tontorrón... Y vamos, que es tarde y empiezo a tener hambre.

La carnicería del mercado de abastos

El sol estaba en su máximo apogeo sobre esa hora y las gotas de sudor caían de las sienes indiscriminadamente. La próxima entrega sería en la carnicería de Thomas Rimoldi, a quinientos pies de allí, en la calle Cabestro.

Cuando el tatarabuelo de mi difunta bisabuela, Carmen Pérez, gallega de origen, descubrió aquella calle, le puso ese nombre. Solo porque se topó con diez terneros, cuatro cerdos y ochenta liebres —que contó de forma concienzuda para apuntarlo en el registro— dando buena cuenta de los hierbajos que allí se encontraron. Contó con ayuda de varios hombres para limpiar la zona a machetazos y descubrieron un edificio antiguo de varias plantas, el mercado de abastos. Aquella generación recuperó las instalaciones y poco a poco se fueron posicionando en los diferentes emplazamientos. El antepasado de Thomas había apostado siempre por la abundancia de género, por muy variopinto que fuera, y esa línea de progresión de negocio era la que se seguía llevando actualmente. Por ello, un sinfín de seres colgaban de sus expositores; normalmente en ganchos, y otros en perchas, como si fuera el armario ropero de un psicópata. Entre las exquisiteces que albergaba aquel psicotrópico tanatorio, podías disponer de longaniza de manzana hasta filetes de escarabajo azul, culebra de El Cairo, ubre de vaca, cerebros varios, pulga asiática, placenta de delfín barroco, capricho de ternera, secreto ibérico, suspicacia de lechón, eructos de mapache encerrados en botes de cristal y mil cosas más de las que nadie jamás sabrá su nombre.

—Buenos días, Thomas. Te veo contento. Será porque sabías que iba a venir.

—¡Ja, ja, ja!, me alegra verte, muchacho. Me muero por poder peinarme la melena de nuevo.

La mayoría de los ungüentos de Eloísa duraban solo unas horas. Por eso Thomas era calvo, aunque a veces lucía una cabellera impresionante. «Sueños cumplidos reconfortan temporalmente a corazones insatisfechos», era el lema de Eloísa. Luego, al día siguiente venía la depresión derivada de enfrentarse a la realidad; al menos tenían el consuelo de poder volver a esa mentira cuando quisieran. De todas formas, ni siquiera la propia Eloísa iba a durar para siempre.

El carnicero cogió una campanilla y la sacudió varias veces. A los pocos segundos se abrió una trampilla del suelo y salió su hijo con un delantal lleno de sangre. Solían guardar en el sótano todas las presas. Malcon Rimoldi tenía una habilidad especial para decapitar, desangrar y trocear piezas, y por ello, en vez de jugar con los demás niños, solía ayudar a su padre. Era un maestro del corte transversal; un niño muy especial y muy introvertido que estaba acomplexado por la enfermedad extraña que padecía; por entonces tenía la tez pálida y sus ojos rasgados estaban enmarcados por unas generosas ojeras.

—¿Qué quieres, padre? —dijo con aire de derrota.

Llevaba tanto tiempo en la penumbra que le costaba abrir los ojos.

—Anda, úntame la loción en la calva, que hoy estoy con la feromona subida y quiero sorprender a tu madre.

El niño, obediente, comenzó a frotar la gran superficie alopecica; era como si estuviera dando vueltas a una marmita gigante. Thomas notó cómo los poros de su cráneo empezaban a dilatarse para dejar espacio a lo que vendría después. Los primeros diez centímetros se manifestaron escalonadamente, pero los cincuenta centímetros, el metro posterior y los seis metros restantes salieron atropellados, sin respetar su turno de salida.

Todos los allí presentes se quedaron alucinados. Lo habían visto muchas veces, pero era un espectáculo impresionante. Thomas se miraba satisfecho y tenía los ojos encendidos. Una hermosa cabellera negra caía sobre sus hombros a modo de cascada.

—Bueno, voy a descansar un rato. Toma este paquete que me ha pedido tu madre. Es tuétano de lagarto recién extraído, tal y como le gusta. Y tú, hijo, coge el relevo, que voy a subir un rato a descansar.

—Vale, padre.

Thomas subió las escaleras frotándose las manos y una sonrisa maquiavélica dibujada en el rostro. Su mujer era una fanática del sexo duro y le encantaba tirarle del pelo y azotarlo violentamente.

*

África escuchó el crujido de los peldaños y supo que su marido no solo subía para tomarse una limonada; su corazón empezó a bailar claqué y con las manos se desgarró la ropa. Nada más asomar la nariz por la puerta, el carnicero recibió una brutal bofetada, y este soltó un murmullo de placer. Después, la tumbó en el suelo y le ató de pies y manos, para a continuación colgarla del techo boca abajo. Las abundantes carnes de África colgaban a su antojo y, vista así, parecía la escultura de un Botero perturbado.

**

—¡Venga, grandullón! Demuestra lo que sabes hacer.

Mario y yo, al escuchar los gruñidos que provenían de la habitación, hicimos un intercambio de miradas cómplices.

—Anda, Malcon, ponte la crema, no puedes seguir con ese aspecto, y procura comer verdura y fruta, que tienes en las arterias más jamón que sangre.

—¡Puaj!, detesto las verduras, no las puedo ni ver.

—Pues luego no te quejes de tus dolores ni de tus deformidades. Preocúpate de ti mismo, porque, como has visto, tu padre solo puede velar por tu madre y por el negocio.

El niño se quedó pensativo unos instantes y luego reanudó su tarea.

—Bueno, Mario, me tengo que ir a comer, ya me pasaré por tu casa un día de estos.

—Vale. Podríamos quedar mañana para ir a pescar en el acantilado de Gorcas Negras, pero no olvides traer esas cañas robóticas que guardas como oro en paño.

—No te prometo nada, pero recuerda lo que nos pasó la última vez. No es un sitio que me parezca seguro.

—Al final harás lo que te dé la gana, como siempre.

—Venga, vete rápido a casa antes de que se pase el efecto. Siempre te retrasas demasiado y me toca a mí ir a buscarte cada vez que te despistas. Pero te aviso que si te vuelves a perder por el bosque, te va a ir a buscar tu abuela.

—¡Ja, ja, ja! Está bien.

Nos fuimos alejando cada uno por su camino, con el sonido de nuestros pasos acompañado de los gemidos y gritos de perversión del carnicero, que se perdían poco a poco en la distancia. Tengo el olfato muy fino y no me costó percibir un aroma maravilloso: ternera rellena. Sin duda, mi plato preferido.

Receta de cocina. Dos de la tarde del día 19

*

Eloísa puso más leña para avivar el fuego mientras, con la mano libre, giraba la vaca lentamente. De todos es sabido que a fuego lento siempre está más rico.

**

—¡Ven, mí pequeño! Hoy me apetece enseñarte esta milenaria receta de cocina. Yo te lo transmitiré a ti, y tú a tus vástagos, ¿de acuerdo?

Llevaba años detrás de mi madre e incluso la espiaba detrás de los arbustos para intentar coger al vuelo algún truco, como la pócima de la invisibilidad o la de la invulnerabilidad, entre otras.

—Estaba deseando que llegara este momento, madre. La receta de la vaca.

—Vale, pues mientras se termina de hacer, te la voy a explicar. Coge algo para escribir.

—Ya estoy preparado. Dispara.

—Bien, primero debes echar el lazo a una vaca sana de lengua rosácea, igual que la aquí presente. Después, la sujetas a un árbol, concienzudamente, para que no pueda hacer ningún tipo de ejercicio. A esta le gustaba hacer pilates a escondidas, para estar flaca, dura y mala. Cuando consideres que está bien gorda, le atizas un golpe de gracia en la nuca y quedará postrada a tus pies. Inerte pero sabrosa. Luego la abres en canal con un cristal afilado y le vacías el estómago. Las tripas, si tienes oportunidad, las puedes guardar para Thomas, y la sangre también, para que pueda hacer morcillas. Una vez bien limpia, hay que rellenarla. Usaremos los siguientes ingredientes: 7 kilos de zanahorias barbosas, una gumibaya, 3 zapatos de punta de acero para que machaquen bien la comida al darle vueltas, un trozo de queso de cabra dentro de un calcetín (para que el mejunje absorba un poco de sabor), 40 cabezas de ajos y 4 de murciélago, 3 orugas, 2 saltabosques, 20 kilos de setas, 2 de champiñón, cebollas escarlata, pimienta del rojo, del verde y del marrón, un poco de orina de sabueso fermentada, unas cuantas patatas, un poco de apio y, para terminar, una ramita de perejil. Ya tienes la vaca casi lista. Después, coges hilo de coco y una aguja afilada y le coses el estómago para que quede totalmente cerrado. Lo complicado viene ahora, ya que deberás empalar al animal, ponerlo en dos caballetes y cocinarlo a fuego lento. ¿Qué te ocurre, hijo?

Me quedé blanco y, con la mueca que precede a la arcada dibujada en el rostro.

—Madre, jamás debiste decírmelo. Hubiera preferido no saberlo. Es más, jamás cocinaré esta atrocidad inhumana. No creo que vaya a comer mucho después de saber lo que me has contado.

—Anda, anda, exagerado. Es todo comestible y siempre te chuperreteas hasta las pezuñas.

A pesar de mi mal cuerpo, el estómago no paraba de hacer ruidos. Una desagradable sinfonía desacorde me hizo decidirme y dar buena cuenta de lo que tenía delante.

Mientras engullía, me miraba satisfecha. Las madres y las abuelas tienen la obsesión de que sus hijos y nietos coman hasta reventar. Siempre te ven famélico, para ellas nunca es suficiente. Cuando comes fuera de casa, te dicen que comes mal o que comes basura. En fin, no hay remedio para eso. Después te levantas con mucho esfuerzo y se sonríen cuando te ven tambalearte con la tripa llena. Aunque le expliques lo bien que has comido fuera, créeme, da igual..., ya puede ser un manjar de dioses o lo que sea, que acabará diciéndote: «¡Va!, seguro que usaron aceite de girasol recalentado, habría que ver la higiene que tenían en la cocina. Ya sabes, hijo, que el amor con que te hago yo la comida, nadie...».

—Muy bien. Así me gusta. Te has comido todo y ya sabes que odio que dejes poquitos.

Siempre tienes la costumbre de hacerlo, y lo odio. Ahora échate la siesta en la hamaca y cuando te despiertes te haré un cacao fresquito.

Dicho y hecho. Los ojos se me empezaron a cerrar. Es horrible el sueño que me entra después de comer. Me dejé caer en la hamaca y al medio balanceo ya estaba con la boca abierta.

A mi madre le encantaba cuidarme, y yo, que ya tenía mis veinticinco años, me sentía en ocasiones como un bebé en su presencia. En realidad, pienso que reprimía el deseo de colocarme el babero de nuevo, porque doy por sentado que si me dejara, me lo pondría. La verdad es que me sigue gustando mucho la papilla de cereales. Pero ese será mi pequeño secreto, solo le faltaba tener esa información. Porque de ahí pasaría a acunarme y a contarme cuentos por las noches, que, por cierto, eran muy buenos. Pero, en ese instante, lo que rondaba en mis sueños no eran precisamente fábulas maravillosas.

Sueños en almíbar. 15:45 h

Mi mente se tiñó de azabache y me visualicé flotando en el aire oscuro. Silencio absoluto, ausencia de aire y de ruido, tan solo el de mi respiración. A mis pies empezó a formarse un extraño agujero, que cada vez se hacía más y más profundo, adquiriendo apariencia tridimensional. Sin haber podido asimilar lo que estaba ocurriendo, la materia me absorbió. Viajé a una velocidad alucinógena, mis extremidades eran larguísimas, tanto que no alcanzaba a verme los pies. Mi cuerpo desbaratado y kilométrico llegó al final del recorrido, y al chocar contra el suelo, se dobló como un acordeón, rebotando cual pelota loca por todo lo que encontraba a su paso.

Ahí estaba yo, aturdido todavía por la experiencia. El final de mi espalda, o nalgas, glúteos o culo, reposaba sobre una montaña forrada de moqueta verde. Lo que en un principio me pareció confortable y acogedor, empezó a convertirse en una tortura. Montañas y montañas forradas de moqueta, con árboles de terciopelo, animales de almidón e insectos de pana. Todo plagado de ácaros hasta más no poder. Y yo con alergia al polvo.

Se apagaron las luces y un foco iluminó un punto en el cielo. Una enorme mano retiró una nube como si de una pelusa se tratase y apareció un termostato colosal. La mano ejecutora subió la temperatura hasta sesenta y cinco grados y yo no podía parar de estornudar. Me limpié con un ciempiés y aceleré el paso entre los árboles. Anduve con dificultad, ya que las enormes gotas de sudor me tapaban los ojos y cada orificio de mi piel. Desesperado, me tiré a un lago de cojines azul cielo y ahí sequé mis transpiraciones. Una vez más, un ruido atronador hizo que la luz se fuera de nuevo. Al volver la claridad, el escenario había cambiado. Me encontré en una calle empedrada y un niño muy pequeño caminaba con su padre de la mano. Me levanté del suelo y me acerqué a ellos por detrás. Ese niño me sonaba. ¿Quién era? Me acerqué más. Un poco más. Y el niño miro a su padre, y yo también. Di un paso atrás, entre sorprendido y aterrado, y entendí que la persona que caminaba era... ¿mi padre?

La figura del supuesto progenitor se giró bruscamente..., pero me asusté aún más cuando vi que era una silueta sin rostro, sin rasgos, tan solo una sonrisa desdibujada.

—¿Qué ocurre, Papi? —dijo el espectro en el sueño.

—Nada, hijo, nada. Pero recuerda que tu padre siempre te querrá, pase lo que pase.

—Y yo también a ti —dijo el niño con voz inocente.

Sin saber por qué, pensé que ese mensaje iba dirigido a mí. Cerré los ojos y al volverlos a abrir estaba tumbado en la orilla de un río. El agua tibia empezó a tornarse gris y cada vez más densa. Mis pies, codos, espalda y manos quedaron atrapados en esa especie de cemento. Agobiado, tuve un ataque de ansiedad y desperté con un grito a cincuenta metros de altura sobre mi casa, la altura exacta a la que se encontraba la gran hamaca blanca de la bruja Eloísa.

No entendí el mensaje de aquel sueño, tan solo sabía por Eloísa que era fruto de una fecundación in vitro. Recuerdo que me contó que en su juventud, por no encontrar a un compañero idóneo, fue por las ciudades abandonadas en busca de un centro de inseminación artificial, para cumplir el deseo de ser madre. Pudo entrar con suma facilidad, ya que solo había esqueletos custodiando el lugar. Le arrebató a un saco de huesos, con bata blanca y cabellos dorados, el dossier que contenía los candidatos posibles y después de mucho pensar escogió a uno. Eloísa observó la fotografía y vio algo interesante en la mirada de aquel chico, pero fueron sus credenciales las que captaron su atención. De repente, el esperma de aquel sujeto pasó a ser más que interesante. Un hombre de complexión perfecta, de buena estatura, con una preparación inmejorable y con ciertas habilidades especiales de las que apenas hacía mención. El esperma estaba cien por cien intacto, ya que a nadie le había interesado su ficha.

Una vez que tuvo claro lo que quería, se metió en el laboratorio y abrió los bidones de refrigeración líquida. Ahí estaba el frasquito que contenía el tan ansiado elixir. Lo cogió con unos guantes especiales, se sentó en una encimera y se inseminó allí mismo. Por esta historia que me contó supe cómo había llegado a este mundo. Pero mi último sueño me reveló ciertas contradicciones.

Israel Esteban. 30 de noviembre año 2012

No hagas ruido. Estoy intentando escuchar una discusión del piso de abajo. No sé si lo habéis probado alguna vez, pero si sumerges la cabeza en la bañera, se amplifican las voces. Se nota que se acerca la Navidad y el niño repelente del noveno no para de discutir con sus padres. Todo comenzó cuando, ya hace una semana, el progenitor le comentó al niño que este año los Reyes no tenían mucho dinero. El chaval captó el mensaje en el acto... y respondió que le importaba un pito, que él quería el nuevo iPhone. Desde entonces no paran de discutir. El niño es consciente de que solo tiene nueve años y que nada cambiará por mucho que se lo repitan. Lo único que le importa es que Carlos, su archienemigo de clase, tendrá uno antes del seis de enero.

Esto me hace recordar algo que escribí hace un tiempo:

Instrucciones para convertir a tu hijo en un inadaptable social

Todo está constituido para que encajemos a la perfección en la minúscula celda de una gran colmena; hemos sido dócilmente domesticados por nuestros padres, políticos, profesores, también amansados todos ellos en sus orígenes para ceder el paso a un semejante, parar en seco cuando el exánime títere del semáforo se pone en rojo, para decir buenos días, buenas tardes, buenas noches; ¿qué tal?, hola, adiós, hasta pronto, hasta nunca; pecado, cielo e infierno; bueno, malo, terrorista o ciudadano ejemplar. Pero os desvelo las claves para romper el círculo, para una ida sin retorno.

Claves para que tu hijo nunca acabe de encajar en el sistema

Primero tienes que separarle del grupo, para que no sea influenciado por los demás, al menos hasta que tenga su propia personalidad, y no sucumba a los movimientos de masas.

Te recomiendo que empieces en los primeros años de vida para que el experimento sea un éxito seguro. Aíslale de la televisión, sumérgelo en la lectura profunda, literatura con mensaje, evitando textos ligeros y de entretenimiento. Incúlcale el gusto por la música para exacerbar más la exclusión social. Tocar el violín, por ejemplo, es una actividad idónea, ya que eso le obligará a pasar muchas horas consigo mismo.

Provócale, mediante el método Pávlov, una aversión total a todo lo que tenga que ver con fútbol, Santiago Segura, Torrente, paella, sevillanas, folklore nacional, costumbrismo y fiestas populares, televisión, videoconsolas, móviles, tecnología (salvo excepciones), series españolas y latinoamericanas con contenido que propicie engancharse a la crónica rosa, toros, la Pantoja, etc. Por cada estímulo visual el niño debe ser sometido a una descarga para que cuando interactúe con cualquiera de esas opciones experimente una sensación de malestar y de dolor. Es preferible que ame a la extrema izquierda.

Se recomienda también aplicar la hipnosis para las influencias más corrosivas de la sociedad, haciendo desaparecer del subconsciente elementos como Gran Hermano, toda la programación de Telecinco, wasap, el juego de Candy Crush y derivados, redes sociales varias..., y ofreciendo compensaciones, como la ingesta controlada de chocoadores y gominolas, el uso inteligente del email, evitando el envío masivo e indiscriminado de cadenas de amistad y otras chorradas, que tan de moda se pusieron a principios del siglo XXI.

Después de todo eso, tu hijo será, sin duda, del todo infeliz, ya que no encajará en ningún sitio. Jamás se reirá cuando los demás lo hagan, pues tendrá un concepto distinto del humor. Tu hijo pensará por sí solo, sí. Tendrá su propio criterio, pero será inmensamente infeliz y acabará probablemente apoyando la quijada en alguna vía con la convicción de que así podrá ver, por fin, la luz al final del túnel.

Darío se desmereza. Sauna y yoga: 17:25 h

Antes de levantarme y hacer mi sesión de ejercicios, me quedé observando desde la altura el paso de los peregrinos por las calzadas, las ardillas voladoras intentando alcanzar las piñas más altas y una pulga vaga y enorme tratando de llegar hasta donde yo me encontraba. Una vez completamente despejado, fui bajando las escaleras de caracol que rodeaban el gran roble en busca de mi batido de cacao, que descansaba sobre una de las cinco mesas de madera.

Siempre se comenzaba con el saludo al sol, luego venían las extensiones: rodamiento de columna, estiramiento longitudinal, rotación de cuello, y cuando uno estaba preparado comenzaban las asanas, o posturas características del yoga. Mis conocimientos en esa disciplina vienen de un indio famélico que estuvo de paso por Cervatar. Por entonces, yo tenía quince años y Nimai Kaur vino hasta mi casa para pedir un poco de agua y de comida. Así es como lo conocí. Recuerdo que solía mirarlo durante horas haciendo esos ejercicios, extrañísimos para mí en esa época.

No tardé en hacerme su discípulo y en entablar una buena amistad. Muchas veces, cuando Eloísa cocinaba pollo con arroz basmati, me venía a la mente el recuerdo de Nimai. Su cuerpo rezumaba esencia de *curry* y su extrema delgadez le hacía tambalearse cuando apretaba el viento del cierzo. Me gustaba terminar con unas cuarenta flexiones chinas, levantamiento de pedruscos, sentadilla con la vaca nueva, que había sustraído mi madre del monte de la Pila. Con ello daba por finalizada la sesión. Y cómo no, después de una buena tanda de ejercicios qué mejor que un baño en agua caliente.

Cerca de la casa colgante teníamos una cueva que mi madre mandó alicatar sin permiso del Ayuntamiento, en realidad inexistente. Era de estilo mozárabe; un *hammam* con una puerta de media tonelada que impedía el escape del vapor. Nada de eso hubiera tenido sentido si no fuera por el río de agua termal que corría por el subsuelo, que tenía una temperatura constante de unos cuarenta grados. Aquella tarde arrojé unas ramas de menta y eucalipto a las aguas de los pozos.

Cuando te adentrabas en la cavidad, se podían ver dos pozas circulares en el suelo, en cada una de las cuales cabían quince personas. Junto a la poza fría estaba la caliente, ideal para los contrastes. Decía mi madre que alternar es bueno para la circulación. A veces le hacía caso. Sobre el techo había una cúpula abovedada con un ojo de buey por el que se podían ver las estrellas.

Tumbado en el ardiente círculo, contemplé el atardecer a través del cristal de la bóveda. Los vapores de menta inundaban todo el receptáculo, apenas había visibilidad. Sumergido en esa nube, me sentí una persona afortunada. Llevaba un control absoluto de mi propia vida, era joven y gozaba de muy buena salud; las preocupaciones eran algo desconocido para mí.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por una serie de ruidos extraños que provenían de la puerta. Me asusté y la adrenalina hizo que mis ojos se abrieran de golpe, ofreciéndome una mejor visión. Sabía que no era mi madre, ya que jamás había turbado la paz de mi meditación. Noté que algo se desplazaba hacia mí lentamente.

—¿Quién es? ¿Qué quieres? —pregunté a la sombra.

Nadie contestó. Un rostro cortó el aire con la frente y pude adivinar unos labios carnosos y una mirada penetrante. Era Carla.

—¡Ey!, ¿qué haces aquí?, me has dado un susto de muerte.

Ella no contestó. Se limitó a poner un dedo en su boca haciendo la señal de silencio. Luego se acomodó a mi lado muy despacio, para que pudiera ver como su camiseta empapada dejaba entrever el contorno de sus pechos. No hay hombre que en esos momentos sea capaz de mantener el tipo. Por muy macho que sea, es inevitable que sienta ese peculiar temblor, la mismísima fuerza cósmica, grabada a fuego sobre el vademécum de la genética humana. Me pilló de improviso cuando me besó

fugazmente, para momentos después esconderse en el fondo de la poza. Estuvimos así jugando un buen rato, hasta que la rugosidad de la piel de mis manos me hizo recordar a un octogenario.

Estábamos ya fuera, pálidos, medio moribundos por el vaho, y me agarró de la mano para que no me fuera; algo quería decirme, pero no lograba entenderla. Sobre un papel que guardaba en su bolso de cuero había escrito que la acompañara. Me volvió a coger de la mano y me llevó sendero arriba, hacia el monte Cantabria. No quise preguntar más, simplemente me dejé llevar.

Confidencias a las 20:14 h

Bajo el majestuoso manzano se podían apreciar los restos de lo que llegó a ser una gran civilización. A la derecha del valle había un gran edificio con forma de embarcación interestelar; según Eloísa, había sido una plaza de toros que a veces servía para otro tipo de eventos, como conciertos. Justo en esa hora podías ver el mundo como a través de un filtro fotográfico. Primero franjas cetrinas y después azafranadas, que bañaban la hondonada confiriendo al lugar un aspecto irreal. Eso era debido a que en nuestra época teníamos dos astros. El segundo era una estrella que se salió de su órbita y fue absorbida por nuestro sol habitual. Este se escondía instantes después, pero se diferenciaba porque era rojizo con un reborde azul superpuesto. Uno salía por el este y el otro por el oeste. Era al mediodía cuando se encontraban, y debía de ser en ese breve lapso cuando aprovechaban para mantener una conversación. Cuántos años tendrían que pasar para que llegaran a conocerse en profundidad, cuánto tiempo transcurriría hasta que el amor surgiese entre ellos.

—Te noto diferente, ¿algo va mal? Llevas mucho tiempo evitándome y ahora de repente te acercas a mí como si no hubiera pasado nada. ¿Me lo vas a contar?

Carla puso su mano en mi barbilla y me hizo girar la cabeza hacia el horizonte. Cogió sus pergaminos y se puso a escribir. Yo continué hablando.

—Antes solíamos vernos en este lugar y nos poníamos las botas comiendo mazorcas de maíz con mantequilla. Fue aquí donde me besaste, y a la mañana siguiente dejaste de hablar.

Carla dio unos últimos toques a la carta que llevaba escribiendo desde hacía años. Una carta que nunca tuvo fuerzas para entregar. Pero el tiempo se agotaba y no quería desaprovechar ni un segundo más:

Hola, mi amor. Llevo mucho tiempo esperando para poder entregarte esta carta. Aquí te explico todo con detalle, todas tus preguntas serán respondidas y tu curiosidad satisfecha. Y cuando comprendas, podremos vernos. Pero, por favor, no lo hagas ahora. Hazlo esta noche en la soledad de tu lecho. Y ahora mírame y bésame, que te prometo que mañana no volveré a hacer lo que hice, y de eso ya han pasado nueve años, tres meses, dos horas y cuarenta y dos minutos.

Nada más leer esas palabras, nos abrazamos con todas nuestras fuerzas y nos besamos con la pasión acumulada de esos nueve años. Recorrimos kilómetros de colinas girando sobre nosotros mismos y parecía que todo sucedía a cámara lenta. Algunas veces mandaba ella y otras yo. Interesante lucha de poderes, luchar por dar placer al otro —a esta guerra me apuntaría yo siempre—, la única que se debería haber librado.

Después de hacer realidad un sueño, descendimos por la ladera hasta llegar al pueblo. Sentí su mano apretando fuertemente la mía y nos despedimos con un largo beso, sin mediar palabra.

Empecé a adentrarme en la noche sin luciérnagas y de vez en cuando me giraba para poder ver la silueta de Carla, hasta que desapareció de mi retina, pero no de mi recuerdo.

Hacía una temperatura estupenda y decidí dormir a la intemperie, sobre la hamaca. Cogí una linterna y subí poco a poco. Me temblaban las piernas y me costaba coordinar los movimientos. Me moría de ganas de leer la carta.

Querido hijo de la luz:

Hola, mi amor. Te imagino leyendo esta carta con tu rostro risueño. Con los ojos bien abiertos para que no se te escape detalle alguno. Me encantaría estar ahí para poder ver la cara que pones.

Llevo guardando un secreto demasiado tiempo, pero ya no puedo más. Por mucho que he luchado contra mis sentimientos, empiezo a sentir que me estoy volviendo loca. Te tengo en mis sueños y estás presente todo el día. Ya no puedo concentrarme en nada de lo que hago. Estás tú, luego tú y solo tú. Y te voy a explicar por qué he huido de ti tantas veces, por qué desaparecí sin más aquel día.

Aquella noche bajo el manzano te besé y me asusté al sentir algo muy fuerte dentro de mí. Cuando nos despedimos insistí en que no me acompañaras. Insistí porque no tenía intención ninguna de irme a casa. Me apetecía estar sola y por eso bajé hasta el río. Quería encontrarme a mí misma y preguntarme muchas cosas. Dibujaba con mis manos

círculos en el agua sin percatarme de que estaba siendo observada. Incorporé un poco la cabeza y me encontré con unos ojos horribles clavados en mí. Una mirada que no podré olvidar jamás. Ahí estaba postrada la vieja roca parlante. La roca me habló:

—Chica adolescente, no te encapriches tanto de ese muchacho, ya que su destino está lejos de ti. Vienes aquí a aclarar tus dudas. Dudas que no existen. En el fondo me infundes lástima, porque sé que serás una desgraciada de por vida por ver tu sueño truncado. Ni tu desmesurada inteligencia ni tu fuerte personalidad podrán librarte de este desagravio. Pero hay algo en ti que me gusta y te voy a dar un consejo para que puedas ser plenamente feliz. Sé que no me lo has pedido. Tómallo o déjalo, haz lo que quieras, a mí me dará igual lo que elijas. Olvídate de Darío, ya que él deberá partir pronto. No te puedo revelar con exactitud cuándo, pero eso dependerá de ti. Está escrito que el día que llegues a enamorarte de él, algo cambiará y tendrá que iniciar su viaje. Entonces no podrás verlo, ni tú ni nadie que por esta zona habite. Por eso es mejor que hagas tu vida mirando hacia otro lado, o también puedes envejecer, escondida entre los árboles, observándole en cada paso. Estarás sola, aunque lo tendrás cerca. Pero, créeme, será doloroso ver como Darío irá haciendo su vida. Lo verás crecer, tal vez conozca a otra mujer, y tu psique no será infranqueable y acabarás totalmente perturbada.

Sin nada más que añadir, la roca guardó silencio, y ahí empezó mi cruzada. Estuve toda la noche dándole vueltas, estaba aterrada. Pero, después de mucho pensar, me di cuenta de que yo no era nadie para retenerte, no quise ser egoísta. No quería que abandonaras tu lugar de origen, ni que dejaras atrás las pocas cosas que aquí amabas. Por eso, cariño, he guardado silencio tanto tiempo. Pienso que hay una posibilidad de que la roca me haya mentido. Me aferraré a eso. Pero tengo miedo de perderte para siempre. Quiero estar a tu lado. No quiero que sufras nunca más.

Siempre tuya, Carla.

Aunque era ya de madrugada y estaba agotado por tanta información recibida, me sentí con ganas de responderle. Tenía mal cuerpo, estaba enfadado conmigo mismo y odiaba la roca. Maldije el día que se me ocurrió bajar a esa parte del río. Fui incapaz de luchar contra su magnetismo.

Alcancé mi estilográfica y me dispuse a contestarle. Antes de que pudiera terminar, mis brazos se relajaron y mi mano inerte se abrió, dejando caer la pluma. Se acunó en el aire y de vez en cuando hacía algún que otro giro; antes de que pudiese llegar al suelo, mi alma ya estaba acurrucada en una nube.

Bitácora de Darío Waltari. Día 20 de abril. 8:00 a. m.

Ya era un nuevo día. Eloísa corría con una red, cual niña, tras una bandada de pájaros exóticos. Se había encaprichado con la peculiar idea de hacer sopa de ave para comer. Ya de antemano había preparado un succulento desayuno rico en carbohidratos. Presidiendo la mesa había dos enormes huevos de avestruz, pasados por agua hirviendo previamente. Una enorme taza de barro contenía la sabrosa leche sacada directamente de la ubre de la pobre vaca; cuatro rebanadas de pan de centeno de dos palmos y medio cada una; mermelada casera de arándanos, mantequilla y unos brotes de zanahoria ricos en fibra.

Los pájaros, aturdidos por la incansable, fueron a parar hasta Darío, haciéndole balancearse.

—¡Joder!, ¿qué coño es esto?

—¡Darío!, como suba ahí, te voy a lavar la boca con jabón —dijo esgrimiendo amenazante una pastilla del de Marsella—, y baja, que se te enfría el desayuno.

Cuando intenté incorporarme, las piernas no quisieron moverse como es debido, y es que desde la rodilla hasta la ingle tenía una mancha gris que iba expandiéndose, y la piel dura. Pensé que sería debido a los golpes que me había dado por la montaña el día anterior y no le di más importancia. Además, desde ahí arriba pude contemplar los impresionantes huevos de avestruz que, como dos soles, me aguardaban para darme la energía.

—Madre, ¿qué haría yo sin ti? ¿Por qué me malcrías tanto?

—Porque prácticamente eres lo único que tengo, y si te pasara algo, no sé lo que haría. Por eso te alimento tan bien, para que siempre estés fuerte y sano. Adoro cuando se te ponen los papos rojos, da gusto verte. Anoche llegaste bien tarde y, por tu sonrisa de bobalicón, deduzco que estuviste con una chica.

—No empieces.

—Anda, no seas malo y cuéntame.

—No te lo vas a creer. Estuve con Carla.

Le conté todo lo que había sucedido; sin detalles escabrosos, por supuesto.

—Pobre muchacha. Algo intuía, pero esto lo corrobora todo. Siempre supuse que la aparición de esa roca no era por casualidad.

—De todas formas, no creo en eso del destino.

—No estés tan seguro, solo los tontos están seguros de las cosas.

—¿Qué pretendes decirme con eso? ¿No estarás insinuando que te crees sus amenazas?

—No seré yo quien te lo diga, sino el tiempo.

—Soy muy escéptico respecto a eso. Y el tiempo es un concepto muy abstracto incluso para mí. Me rijo por mi propio reloj interno.

—Eso será porque has vivido siempre como un marajá, en eso me siento responsable. Pero disfruta mientras puedas, que luego nunca se sabe.

—Pues dicho y hecho... Luego nos vemos.

Terminé de desayunar, metí la carta en un sobre y me fui directo a casa de Carla. No tenía ni idea de a qué hora iba a poder verla, porque acostumbraba a ir todas las mañanas con su padre al taller. Su padre era un magnífico relojero, y regentaba un taller de reparación especializado en antigüedades; sin embargo, era su hija la que manejaba el género digital y tecnológico.

Claudio Manzotti, de origen italiano, tenía la paciencia de una araña. Se mimetizaba con la mesa de trabajo con una quietud tan sobrenatural que en ocasiones parecía que estuviese muerto. Fruto de su empeño, había adquirido grandes cualidades. La tenacidad era su rasgo característico... La cabezonería más bien. Sus ojos, ligeramente aumentados por las lentes, le dotaban del poder de la observación, y del detallismo más absoluto, pero esa facultad solo la podía expresar entre los

mecanismos de los relojes. En cuanto a relaciones era un poco torpe, y en ocasiones frío. Su hija también tenía ese don, el de la observación, además de coquetear con la escultura y el grabado..., y, desde hacía poco, conmigo. Le dejé la carta por debajo de la puerta y salí al encuentro con Mario.

Atravesando los pórticos de la antigua concatedral, me detuve bajo su sombra. Era una pena el estado en que se encontraba, pero es que no había nadie que supiera de restauración, y mucho menos si la construcción databa del siglo XV. Mis ojos siguieron el recorrido de una caprichosa gota por el musgo, y puse la mano para hacerme su dueño.

—Maldito hijo de la gran... Eres un insensato, cacho puerco.

—¡Joder, Aren!, me has dado un susto de muerte. ¿Qué demonios te ocurre ahora?

—Buenos días, cabroncete. Siento haberme acercado por la espalda en silencio. Siento haberme puesto de puntillas al lado de tu oído y siento haberte gritado tan fuerte. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya susto que te has dado! Pobre insensato.

Aren tenía un problema evidente. Aparte de una mente sádica, le encantaba hacer bromas pesadas y, lo más importante, padecía el síndrome de Tourette. Su risa de hiena nerviosa hacía despertar en uno la cólera. Por no hablar de sus innumerables tics. Cuando hablabas con él le podía dar por saltar, tirarse al suelo o desencajarse la mandíbula.

Después del susto se había quedado satisfecho y se perdió en las callejuelas en busca de nuevas víctimas. Es lo único que hacía, desaprovechar su ingenio en zurcir ideas maquiavélicas.

*

Mario estaba en el porche tomándose un té blanco, había presenciado desde lejos la escena y sonreía.

—Aren te la ha vuelto a colar.

—Sí, pero no soy el único. Un día de estos le daremos de su propia medicina. Palabra de honor.

—A ver si pescamos algo hoy. Tengo muchas cosas que contarte.

—Eso espero, aunque las voces y espectros que se escuchan allí me ponen nervioso.

**

Mario había cogido una cesta de mimbre repleta de gusanos. Estos habitaban en el oscuro bosque de las luciérnagas Macabal, tenían los ojos grandes, desproporcionados con su cuerpo, y la capacidad de sacar de sus casillas a cualquiera. Me asombraba su inteligencia. Como estrategia de defensa habían desarrollado una serie de ruidos desagradables, tenían muchos registros y no paraban hasta encontrar el que menos soportabas. Si por la desesperación les mandabas callar a gritos, te ponían a prueba mofándose de ti. Su propósito era que los liberases, aunque cuando te encabritaban los tirabas contra el suelo y los pisabas..., pero eso tampoco funcionaba. Eran tan elásticos que si les aplicabas el peso de tu cuerpo, se expandían como una hoja de papel. Solo podías acabar con ellos con arma blanca o de fuego.

Nos dirigimos hacia los acantilados de Gorcas Negras y los gusanos empezaron a hacer ruiditos. Sabían dónde los llevábamos y no les hacía ninguna gracia. La vegetación empezó a escasear y el paisaje se redujo a un tono gris arena. Un abismo de roca pelada, un viento bipolar, fiero y esquizoide, hacía que tuviéramos que sujetarnos con cuerda a la cintura, para no someternos a sus desvaríos. Ya atados, nos asomamos poco a poco y vimos el agua de la cascada rugiendo, destruyendo la roca a golpes. Las piedras en forma de cuchillos se intentaban defender, sin éxito, de los bestiales ataques.

—Rápido, no tenemos mucho tiempo. El fondo empieza a oscurecerse, ya deben de

haber notado nuestra presencia —dije con los pelos de punta.

Cuando llegabas a aquel lugar y te asomabas, el fluido cambiaba de color y se podían atisbar ciertas sombras blancas que se movían en círculos.

—¡Dame la caña, rápido!

Saqué de un bolsillo dos figuras cilíndricas del tamaño de una bellota y accioné el mecanismo. Del interior surgió una estructura larga, con una longitud de unas ocho cañas de bambú, un prototipo que le saqué a un mercader hace unos años. Según él, última tecnología del mundo antiguo. El anzuelo reluciente pedía el cebo. Mario cogió un gusano al azar y este se desgañitó imitando el sonido de un violín desafinado. Ya ensartado, apretó un botón y la caña se accionó. Fue tan rápido el lanzamiento que escuchó un zumbido cerca del oído; la voz del gusano desapareció en una fracción de segundo. Cogí otro gusano, uno que me estaba mirando con rabia, ese que me había llamado imbécil más de tres veces, y lo ensarté. Ahora solo tocaba esperar.

Fue en aquel momento cuando aproveché para poner al día a Mario. Le conté la historia de la roca y lo que me había ocurrido con Carla.

Las voces del acantilado fueron ascendiendo. Los nervios iban en aumento a medida que se acercaban. Me daba miedo asomarme, ya que si hubiera visto los espectros, me habría quedado tieso. Sentimos como algo tiraba de la caña. Del mango salió una pantalla de cuatro pulgadas que estaba conectada a la cámara del final del hilo. Aunque no se veía muy bien porque había poca luz y el agua estaba muy revuelta, pudimos hacernos una idea de lo que había picado. Sin duda algo enorme, y posiblemente comestible.

—¿Qué es eso?

—Eso es enorme. Pero han pasado ya cincuenta y ocho minutos. En dos más nos largamos de aquí.

—Sí no lo sacamos de ahí, soltamos hilo.

—No pienso soltar el hilo —dijo Mario.

—Tú mismo, pero no te creo capaz de quedarte.

Las voces parecían sonar a unos seis metros de nuestros pies y estaba de los nervios. Tiramos con todas nuestras fuerzas. Era tan grande que nos arrastraba hasta el borde. El árbol al que estábamos amarrados empezó a doblarse. Las profundas raíces comenzaron a desprenderse y quedaron a la vista. Finalmente, asomados al precipicio, vimos lo que subía: un enorme pez negro con bigote y ojos albinos, y detrás de él las voces con cuerpo gaseoso. Salimos rápidamente con nuestro obsequio, muertos de miedo. Los espectros volvieron al fondo de las aguas y todo volvió a la normalidad.

El bicho se agitaba con fuerza. Tumbados en el suelo, aguantábamos a duras penas las embestidas. Saqué un pañuelo rociado con cloroformo y se lo pasé por las agallas. Poco a poco fue quedándose dormido y nuestros músculos comenzaron a destensarse.

—Vaya con el pececito. Vamos a recoger unos boletus y los dejamos en casa de Eloísa.

—Vale, tú carga con el pez y yo cojo las setas.

—Serás capullo.

—¡Ja, ja, ja!

La familia Dupont

*

Marlen Dupont, la esquizofrénica madre de Aren, limpiaba las juntas de las baldosas de la cocina meticulosamente. Estaba obsesionada con las bacterias y los microbios. Los veía por todas partes y ella aseguraba que eran del tamaño de una uva. Su diáfana cocina tenía un total de mil quinientos azulejos y dedicaba toda una mañana a este ridículo ritual. Cuando iba por el mil cuatrocientos, se percató de que había mucho silencio en la casa, y oyó una voz dentro de su cabeza:

—¡Marlen...! Marlen, tu hijo no está en casa. Tu hijo no te respeta. Enséñale quién manda y hazte valer.

Al escuchar eso giró la cabeza y, con la cara roja de rabia, fue hasta la sala de castigo. La silla electrificada estaba vacía y la lámpara del techo se mecía por el aire.

—¡Aren, mal nacido!

Se asomó por la ventana y vio como su hijo tiraba piedras a las ranas, mientras iba pisando todas las hormigas que veía.

Salió con un cinturón y comenzó a azotarle.

—Te dije que no salieras de casa, malparido.

—¡Cállate, bastarda!, eres una loca gorda de lengua azul. ¡Ojalá revientes!

La madre hizo una mueca de odio, cogió a su hijo por el pescuezo y lo arrastró hasta la silla.

Aren gritaba y blasfemaba a los cuatro vientos, pero nadie le escuchaba. Ató las correas a pies y manos, mojó la esponja en agua y se la puso encima de la cabeza.

El pobre chico miraba las envejecidas paredes. La pintura estaba desconchada y la humedad se propagaba por los muros. Bajo una luz de tungsteno, aguardó pacientemente.

—Has sido malo. Por eso hoy habrá doble sesión. Tu tratamiento no puede esperar.

Cubrió el rostro con una gasa negra y bajó la corona de metal.

—¿Estás preparado? A la de una, a la de dos...

—Tira de la palanca ya, ¡estúpida!

Las pocas luces que allí había comenzaron a parpadear. Una descarga eléctrica retorció el cuerpo de Aren. La espuma que salía por su boca resbalaba por su cuello hasta empaparle el suéter.

La voz del cerebro de Marlen retumbó de nuevo.

—Muy bien, así aprenderá. Déjalo ahí postrado durante dos días y no le des ni una miserable gota de agua.

Marlen volvió a su inútil tarea, había perdido la cuenta y tenía que comenzar de nuevo.

A media mañana, Carla llegó a casa y descubrió un sobre debajo de la puerta. Lo cogió rápidamente y se lo metió entre la ropa interior para que no lo viese su padre. Se imaginaba lo que era y se encerró en su habitación para poder leer tranquila.

Hola, amor mío:

Aún me cuesta creer lo que ha ocurrido. Sin buscarte, me encontré con tus labios, con tu cuerpo y con tu afecto. ¿Por qué no me contaste lo que ocurrió aquel día? Podría haberte ayudado, podríamos haber hablado. Podrías haber tomado entonces la misma decisión que tomaste ayer... Cuánto tiempo malgastado. ¿Cuántas cosas nos hemos perdido? ¿Qué mujer piensas que hubiese podido cautivarme después de conocerte? ¿Crees, acaso, que iba a dejar que una roca dirigiera mi vida? No, Carla, no.

Me habría conformado con tenerte solo en mis sueños. Ahí, en mi mundo imaginario, siempre fuiste mía, y jamás me hiciste daño. Ahora te puedo tocar sin que te desvanezcas, ya que eres de carne y hueso, y no de vapor inmortal.

Ninguna roca podrá derrotarme, porque soy el murmullo que se eleva con el viento, y tú la hoja que llevo conmigo. Si hace falta, tomaremos juntos un rumbo diferente. Existen vientos más cálidos que estos...

Siempre tuyo, Darío.

**

Débora no sabe cocinar. 14:05 h

Mario y yo íbamos de camino al pueblo y pudimos ver a Débora, algo raro a esas horas, ya que solía estar trabajando hasta bien entrada la madrugada y se despertaba muy tarde. Con una falda exigua y una camiseta que elevaba sus pechos, apretándolos, a modo de choque entre dos placas tectónicas. Nos hizo un gesto provocador con el dedo para que nos acercáramos.

—Hola, chicos, ¿adónde vais con tanta prisa?

—Pues a cocinar esto fresco.

Mario tartamudeaba, ya que no podía dejar de mirarla.

—Pues yo tengo una idea mejor. ¿Por qué no entráis a mi casa y os lo cocino yo? Si me dejáis lo que sobre, podréis venir a verme una vez por semana durante dos meses. Hoy mismo, si aceptáis, podréis empezar por el postre. Puedes empezar tú, o tú. O los dos a la vez, qué más da.

Débora solía alquilar su cuerpo para sobrevivir, no sabía hacer otra cosa y, por lo que me habían contado, era una pésima cocinera. Usaba diversos afrodisíacos para que todo el que se acercase a ella, fuera hombre o mujer, quedase prendado de sus encantos.

Vi como a mi amigo, después de escuchar gratis durante dos meses, se le hacían los ojos chiribitas y me sentí obligado a interceder.

—Comprendo que tengas hambre, entiendo que quieras seducirnos, pero ten en cuenta que con este ejemplar comemos toda la familia de Mario y yo. Si quieres te damos un trozo. ¿Quieres compartirlo?

—No. Lo quiero todo para mí.

Olvidaba decir que Débora era ambiciosa, egocéntrica, una mujer fatal en toda regla.

Mario abrió la boca:

—Lo siento, tío. Pero yo no tengo mucha hambre y, pensándolo bien, necesito esto más que el comer. Ahora que tienes novia puedes hacerte el fuerte y ni siquiera planteártelo. Pero compréndeme a mí. Yo también quiero ver en mi cara una sonrisa de satisfacción.

La decisión estaba tomada. Era inútil intentar convencer a alguien que no estaba pensando con la cabeza precisamente. Así que pedí un machete a Débora y lo partí por la mitad.

—Haz lo que quieras. Pero yo me llevo mi parte.

—De acuerdo. Ya nos veremos.

—Bueno. Pásatelo bien y ojito.

Mario cogió de la cintura a la muchacha y se metió en la casa de madera prefabricada que estaba entre la arboleda.

De nuevo solo, seguí caminando hacia mi casa acompañado de mis reflexiones. Pensé que la humanidad no había cambiado prácticamente nada.

—Hola, señorita Eloísa, ¿a que no adivinas lo que te traigo?

—Pues déjame pensar... Algo de pescado, ¿verdad?

—¡Oh!, me dejas perplejo, tu poder es inconmensurable —dije con ironía.

—Pues veo algo negro y grande con bigotes y mal carácter.

—Me alegra que te guste. Por cierto, mañana por la tarde llega el mercader al pueblo, puede que traiga alguna cosa interesante.

—Necesito unas ollas nuevas, me pasaré sobre las seis.

El mercader era uno de los pocos que se atrevía a salir al antiguo mundo civilizado. Nuestra generación nació con los anticuerpos necesarios para sobrevivir a las nuevas bacterias. No obstante, por miedo, mucha gente no salía a explorar. Me seducía la idea de viajar por todo el mundo. Al mercader, que era así como le llamaban, no se le conocía nombre alguno. Tan solo viajaba y traía objetos fantásticos e historias increíbles. Por la noche narraba, bajo los atentos ojos de todos, sus aventuras.

Después de guisar y comer el escurridizo pez, quise ver a Carla, y para tal menester me lavé los dientes a conciencia. Usé hilo y enjuague bucal, me puse ropa alegre y un buen chorro de fragancia de mar.

Como buen cotilla que soy, me asomé a la ventana de la casa para saber lo que sucedía dentro. El padre descansaba en el sillón con las piernas cruzadas y degustaba un cigarrillo de mentol. Detrás de él estaba ella, puesta en pie, comiéndose una manzana de la manera más sexy. Debió sentirse observada, ya que al poco rato le dio por levantar la cabeza... y me encontró sonriendo. Me hizo un gesto indicándome que no me fuera.

—Papá, me voy a dar un paseo. Luego vengo.

—¿Adónde vas, hija? Es pronto.

—Pues voy a dar una vuelta, que he quedado con María en la plaza del Parlamento. No me esperes despierto, que vendré tarde.

—Vale, hija. Pero cógete un chal, que luego refrescará.

—Sí, padre.

Carla le dio un beso en la frente y salió a mi encuentro. Por entonces, Claudio era viudo. Su mujer había muerto a causa de una rara enfermedad. Nadie pudo ayudarla, ni siquiera Eloísa. Por eso, cuando Alba se marchó a buscar ayuda en otros lugares, Claudio culpó a mi madre directamente. Su mujer se fue sin avisar a nadie porque, supuestamente, se sentía una carga, pero yo no lo tenía del todo claro. Había varias versiones que corrían por la aldea, pero se evitaba sacar el tema, convertido en tabú. Solo sé que una noche se internó en el oscuro bosque de las luciérnagas Macabal y nadie la volvió a ver nunca. Desde entonces, mi suegro en funciones me cogió ojeriza. Por suerte, de momento no sabía que me veía con su hija.

—Hola, preciosa. Te he echado de menos.

—Hola, cariño. Ven y abrázame fuerte.

—Por fin escucho tu voz. Ya me había acostumbrado a tus silencios. Pero dime más cosas, quiero escucharte, mantén ese susurro.

—En realidad..., ahora solo me apetece besarte. ¿Tienes algún inconveniente?

—Ninguno.

Nos escondimos detrás de la casa y nos besamos apasionadamente.

*

Unas cuerdas más allá, Mario reposaba en el sofá, satisfecho, mientras Débora recogía la mesa. Pensó por un momento que le gustaría tener a esa diosa del placer para él solo.

—¿Nunca te has enamorado? ¿No te gustaría tener pareja estable, o hijos quizá?

—dijo Mario inocentemente.

—Y ¿para qué? ¿Para estar todo el día encerrada en casa cocinando para mi marido y mis hijos mientras veo como él se vuelve vago y gordo? ¿Para ver como se marchitan mi juventud y mi estado de ánimo día a día?

—Para, para. Veo que tienes una visión bastante particular sobre la pareja y la descendencia. No tiene por qué ser así.

—Los hijos son como parásitos y la pareja acaba convirtiéndose en un hijo más. En definitiva, no quiero obstáculos ni responsabilidades en mi vida. Me gusta ir por libre. Además, soy muy cara de mantener y dudo que exista alguien a la altura de mis expectativas.

—Vaya, vaya. Pues es una pena, la verdad.

—¿Por qué lo dices?

—Me da pena ver lo que piensas sobre el amor. Para mí sería una suerte encontrar a una persona, una compañera.

—Qué cursi eres, chaval. Yo soy realista. El enamoramiento es una fase estúpida del

ser humano. Es un juego de feromonas para que la especie humana perdure. Si has tenido la oportunidad de documentarte un poco, sabrás que, a partir del cuarto año, el hombre pierde el interés por su compañera, como tú la llamas, y empieza a tener deseos de copular con otras hembras, ya que la sabia naturaleza programa al sexo más débil, o sea el masculino, para esparcir la semilla. Es lo único en lo que piensa, esparcir y esparcir, fornicar y fornicar.

—¡Débora, ya vale!, no te irrites tanto, que tan solo te he hecho unas preguntas. Tú piensa como quieras, pero llegará un día en que te mirarás al espejo y no serás tan sugerente como lo eres ahora. Te verás sola, tal vez necesitarás cariño de alguien. ¿No querrás acabar como esas ancianas que viven solas con treinta gatos, verdad?

—Mira, Mario, yo vivo el presente, no me preocupa el futuro. Y la visión de los gatos es un cliché tonto utilizado por simplones como tú.

—Bien, haz lo que quieras. Por cierto, ven aquí, que te voy a enseñar un baile horizontal.

—¡Eres un capullo!

**

Tiempo actual, Israel Esteban. Año 2012. 6 de diciembre

Estoy más que sorprendido por esta historia, pero de tanto leer me han entrado ganas de escribir. Estoy decepcionado y entristecido por la situación económica, que nos envuelve en una especie de pesimismo fétido. Por ello hoy he escrito en mi blog un texto acompañado de una foto. En la imagen se ve a un hombre hurgando en la basura vestido de Papa Noel. Y el texto reza así:

Crisis Navideña. En el paro por Navidad

No tienes trabajo, ni puedes permitirte el lujo de encender la calefacción. Duermes con las manos dentro de los bolsillos de tu pijama, bajo toneladas de mantas, porque hace frío y las partes que quedan descubiertas, como la frente y las orejas, sufren las inclemencias del dormitorio.

Cuando exhalas, un rumor vaporizado se escapa de tu boca y por un momento piensas que estás viviendo un fenómeno poltergeist. Pero la realidad es bien diferente, no hay nada que dé más miedo que afrontar el invierno junto a radiadores fríos e inertes. No hay nada que produzca más temor que enfrentarte a un frigorífico deshabitado y minimalista.

El cartero es el único que te visita para entregarte esas cartas certificadas. Cartas encriptadas con palabras ininteligibles; una jerga farragosa utilizada probablemente por los agentes del MI-6 en la Primera Guerra Mundial. Eres insolvente, pero no estúpido, sabes que esas cartas te coaccionan para que desembolces la pasta que no tienes. Te han debido ver cara de pomelo, y es que su especialidad es la de hacer zumos. Tienen que amortizar el exprimidor, saben que si malvendieras esa cadena de oro que te regaló tu padre, o esa radio vieja que tienes por casa, tal vez podrías hacer frente a la cuota mensual.

Quieres salir del sistema. Con todas tus fuerzas lo deseas, pero no sabes cómo hacerlo realmente.

Al menos no eres como esas personas que se revuelven desde el confort que les proporciona el sofá. Tú eres consecuente. Nada tienes que ver con ese porcentaje de moradores que dispone de memoria selectiva; y que se ha dejado lobotomizar por el fútbol psicotrópico y por la prensa rosa, y ahora cada vez más por la prensa seria, con la que tanto me río. Son tipos listos porque saben aprovechar las mejores ofertas del Media Markt, pero ahí se acaba.

España: duerme. Grecia: duerme. Planeta: duerme. Ahora no es momento de pensar. Ahora es Navidad y hay que comprar sucedáneos de marisco, turrón del duro y algún que otro cordero destartado. Hay que comprar regalos a los que más quieres para que sepan que, efectivamente, los quieres y visitar a esas personas que no has visto en todo el año, tus familiares.

No se te ocurra ir en hora punta al centro comercial; la perso-nas caminan nerviosas, enfebrecidas. Regalos para el día de Reyes, para el día de Santa Claus, para el Día de la Madre, del Padre y del Espíritu Santo. Amén.

Hazme un favor, cuando tengas un hijo, rompe la cadena. Dile que los Reyes Magos no existen y cuéntale que el origen y propósito de la Navidad no es comer como si se acercara el Apocalipsis, no es ir al centro comercial. La Navidad es otra cosa, algo que ya ni siquiera recuerdo.

Feliz Navidad.

Seguimos en el tiempo actual. Año 2012, día 20 de diciembre

No sé si habréis escuchado algo, pero el mundo acaba mañana según los mayas. Yo sé que no puede ser, ya que ha venido Darío del futuro y conozco la auténtica versión del fin del mundo. Aun así me queda la duda. Por eso he dejado este testimonio en mi blog:

Mi último día en la Tierra

Solo queda un día para que acabe el mundo. Llevo dos meses haciendo uncastingmental para saber con quién disfrutaré de mis últimas veinticuatro horas. Lo malo es que entre ellos se llevan mal, por eso he comprado mucho vino.

Estos días estoy regalando mis libros. Para lo que queda, es tontería cobrarlos. Ahora miro a los indigentes directamente a los ojos, sin reparo y les doy limosnas generosas, hasta para tabaco o para el lupanar. Que se desfoguen, por qué no. Compró rosas y gafas de colores a todos los que se me acercan en la noche. Me he vuelto muy generoso estos días, quiero morir con la conciencia tranquila.

Justo ahora que estaba empezando a desarrollarme como persona y como escritor, justo ahora que empezaba a controlar la técnica y a encauzar mi imaginación..., va y resulta que tengo que morirme. Vaya por Dios. Malditos mayas.

P. D.: Estoy dando los últimos retoques a mi lápida. Alguna que otra palabra ingeniosa quedará impresa en la piedra. Será un recuerdo sutil para la próxima especie que repueble el planeta. Solo espero que ellos lo hagan mejor.

Tiempo actual. Año 2012, día 25 de diciembre

Nada, estoy despierto y no ha ocurrido nada. Lo comento en el blog para que todos sepan que sigo vivo:

La vida continúa a pesar de todo

Acabo de salir del ataúd. No lo entiendo, pero sigo vivo. Hoy es día veinticinco y huele a cordero asado. Malditos mayas. Me gasté una pasta en aderezar el féretro para nada.

Me he asomado a la terraza y casi no hay gente por la calle. Es normal. Es Navidad. Mañana es día laborable y tendré que devolver el crédito que me ofreció el banco amigablemente. No me molesté en leer la letra pequeña. Daba por sentado el fatídico final.

Dadas las circunstancias, voy a retomar la escritura donde la dejé. La vida me ofrece otra oportunidad y pienso aprovecharla. Sin duda, el café con Cortázar y Bolaño puede esperar. Que tiemble Zafón y *susombra del viento*, que tiemble el libro breve y conciso de los jodidos *pilares de la tierra* y las malditas *sombras de Grey*. Porque he retomado la escritura; porque he vuelto.

Bitácora de Darío. Cervatar, 21 de abril

*

Un hombre con una gran túnica surcaba el valle con un cuerno colgado del cuello. Vio la aldea tranquila y se alegró por ello. Llevaba días caminando y llegar a Cervatar lo reconfortaba. Alzó el cuerno y sopló para avisar de su presencia.

La gente empezó a salir de sus casas. Todos estaban alborotados. Pero se miraron con extrañeza, pues parecía venir con las manos vacías. Solía llevar un gran carro tirado por longevos caballos. Podría haber cogido cualquier otro tipo de vehículo, pero tenía claustrofobia. De ahí que lo hiciera como en tiempo de los romanos.

—Humildes ciudadanos de Cervatar. Me alegro de volver a pisar vuestras tierras. Oigo lo que decís entre dientes. No os preocupéis, tengo muchas cosas que ofrecer. Me dan miedo vuestras ansias de posesión.

**

El mercader levantó su manto, sacó una cápsula metálica y la mostró a los espectadores, que se contaban por cientos. En ese preciso momento me encontraba detrás de la multitud.

—Os traigo todas estas cosas —dijo con una sonrisa.

—¡Yo solo veo una cosa, y muy pequeña! —exclamó un campesino.

—Entonces deja de mirar en tu entrepierna y mírame a mí.

Hubo un estallido de risas. El mercader apretó la cápsula y la lanzó contra el suelo provocando una nube de humo. Una mesa de veinte metros por tres de ancho llena de objetos imposibles quedó delante de la asfixiante multitud. Un «¡oooooh!» general se oyó como si de fuegos artificiales se tratase. Le habían colocado una silla con una mesa camilla repleta de alimentos y bebida fresca. Se sirvió una buena copa de vino tinto de la antigua tierra de La Rioja y se dispuso a hablar. La gente se lanzó como loca a tocar todo y, cómo no, a probarlo.

En esta época lo único que funcionaba era la ley de la oferta y la demanda, el trueque puro y duro. No había moneda ni billete de ningún tipo. Jamás supe el verdadero nombre de aquel comerciante, pero a fuerza de verlo le había cogido cierta simpatía. Su verdadera edad era también todo un misterio; aparentaba cincuenta años pero tenía la sospecha de que era mucho mayor. Supongo que era conocedor de ciertos bálsamos para retrasar el envejecimiento.

Una señora se había encaprichado de un vestido verde pistacho que, aparte de tratarse de un traje de fiesta bastante decente, incorporaba un termostato digital que permitía modificar su temperatura. Se convertía así en traje apto para cualquier estación. Pero la cosa no acababa ahí; el color también era modificable. La mujer, al descubrir tantas utilidades, hubiera sido capaz de hacer lo que fuera por conseguir esa prenda.

Vi a mi madre al fondo, enredando entre las ollas. Iba totalmente cubierta, ya que le gustaba pasar desapercibida. Después de hacer alguna compra, pensé que no me vendría mal un masaje, pues tenía unas contracturas en la espalda que me estaban matando. Me vino entonces a la cabeza el señor Ichiro, el mejor masajista que había conocido.

Ichiro tiene un excelente paladar

Ichiro era la persona más elegante que había conocido hasta la fecha. Acostumbraba a llevar corbata las veinticuatro horas del día, incluso se había confeccionado una de neopreno para bañarse en el río.

Cogí a Carla de la mano y me fui directo para su casa, calle La Palma. La puerta estaba abierta y subimos las escaleras; dejamos atrás a unos niños negros que estaban armando gresca con una pelota.

Nos lo encontramos atusándose el bigote. Se había comido una manzana y estaba de buen humor. Muy meticuloso con todo, el orden de las cosas, la pulcritud, los horarios, no necesitaba demasiados motivos para refunfuñar. Pero su dura fachada ocultaba un gran corazón, que mostraba, por ejemplo, cuidando de su mujer, que no tenía muy bien las piernas, como si de una reina se tratase, con mucha dulzura y entrega.

—Pareja, ¿qué tal? Dadme dos besos.

—Buenos días.

Nos pinchó con su blanco bigotillo y después fuimos a besar a su mujer; llevaba con ella cincuenta y un años, sin contar los de novios, y pensé que me encantaría poder llegar a eso con alguien..., o tal vez no.

—Llevas mucho tiempo sin venir por aquí. Siéntate en el taburete, junta las rodillas y estira los brazos hacia arriba. Dame los meñiques y...

—¡Argg! —grité sin poder evitarlo.

—Te noto cierta rigidez en varias zonas. No deberías tardar mucho en volver.

Ichiro me estiró la columna vertebral y me alineó los brazos. Usaba una técnica japonesa que le enseñó un médico yakuza más de noventa años atrás.

—¡Qué alivio!, muchas gracias. Te he traído las mejores botellas de vino rosado que he encontrado. Solo para paladares entrenados como el tuyo. Quién mejor que tú para apreciar la sutil diferencia.

—Interesante, déjame que pruebe...

Sacó una araña robótica del bolsillo, que apoyó sobre la mesa. Rápidamente escaló el vidrio transparente y, haciendo uso de una de sus largas patas, sacó el corcho de cuajo. Del armario de las copas, Ichiro extrajo su preferida, una de ámbar gris que usaba en las grandes ocasiones. Se dispuso a hacer la cata.

—Para una degustación en condiciones hay que estar en un ambiente sin ruido, sin olores de ningún tipo y poniendo en juego todos los sentidos.

Se sirvió una pequeña cantidad, le dio vueltas con giros suaves de muñeca para que se oxigenase un poco y, después de observarlo con atención como si pretendiera conquistarlo, se la llevó a la boca sin mancharse los bigotes blancos.

—¡Excelente! Tiene una textura un tanto densa; la barrica es antediluviana, diría que del nordeste del Pacífico sur, con un incipiente sabor a alga marina hiziqui, rica en calcio. Dejad que pruebe otra vez... Muy afrutado, le veo cierta tonalidad arcoidal; sin duda debe ser por el fruto arcoseno colorinche, muy usado a mediados del siglo pasado. Probad vosotros a ver qué os sugiere.

Nosotros no sabíamos nada de vino y teníamos dos alternativas: darle la razón, que es lo que hace la mayoría, y vanagloriarlo por su místico y exacerbado entendimiento, o bien ser sinceros. Esta última opción solo es válida para gente con personalidad, sin miedo a una posible burla colectiva.

Mientras reflexionaba sobre esta cuestión, logré alcanzar dos copas para probar. Probamos.

—¡Qué bueno! Mmm..., me sabe a vino. —Hubo risas generales.

Ni me sabe a madera de chopo, ni a néctar de kiwi ni a nada de lo que has mencionado antes —le dije.

—Darío, qué malo eres... —comentó Carla.

—Pero es verdad...

—Queridos amigos, estáis en lo cierto, quería ponerlos a prueba. Normalmente, cuando hago catas en público, la gente enloquece si dejo fluir mi imaginación, siempre exagerada. Me han colocado el título de entendido no porque realmente lo sea, sino por lo que soy capaz de recitar. Sé apreciar y distinguir este arte desde que mi padre me enseñó a la temprana edad de nueve años. Aun así, nadie me prestaba la suficiente atención ni el suficiente respeto. Por eso tuve que adoptar esa forma de hablar tan lírica... Que este sea nuestro pequeño secreto. Sigo siendo racional y la estupidez la dejo para los demás. Buen vino de Rioja, sí señor. Me alegro mucho de haberos visto y sobre todo de haberos visto juntos. ¡Darío, eres un granuja!

—¡Ja, ja, ja! Gracias igualmente. Cuidaos mucho.

—Hasta pronto.

Ya no era de día, habíamos pasado un rato agradable junto a Ichiro, pero me dolía mucho el estómago, supuse que era por el hambre. Y qué mejor sitio para llenar el buche que el «Palacio del Olvido». Carla lo llamaba así, ya que era un negocio familiar donde todos compartían una nefasta virtud: la mala memoria y la falta de entendimiento o entendimiento confuso.

El restaurante 36 sillas

Atravesamos el pueblo cruzando por la zona pastelera, para que nos entrase más apetito, y seguimos colina arriba hasta llegar al gran Palacio del Olvido. El restaurante se llamaba 36 Sillas, pues este era exactamente el número de asientos de que disponía. Cada mesa tenía sus dos sillas y cada piso sus tres mesas de diez metros de largo y tres de ancho. Una silla en cada punta. El Palacio tenía seis pisos en total, el último una terraza gigante llena de pálidos divanes, antorchas, frutas aromáticas y música ligeramente instrumental. Mis manos estaban a diez metros de las de Carla; aun así merecía la pena acudir por los manjares que allí se servían.

—¡Oh, *mon amour!* Buenas noches, qué jóvenes tan encantadores. ¿Qué va a ser?

Randy Donato era el nombre de quien regentaba aquel lugar. Le gustaba hablar con acento francés, sin llegar a conseguirlo. Resultaba un poco bochornoso y eso me deprimía un poco.

—Buenas noches, Randy, una mesa para dos.

—De acuerdo, os instalaré en el piso de arriba para que disfrutéis de las formidables vistas y podáis estar más tranquilos.

Subimos la gran escalera central, dejando atrás la enorme lámpara de techo que presidía el vestíbulo. Se podía apreciar todo Cervatar. Me sentía muy contento.

—Bueno, las novedades de hoy son: purrusalda de avellanas mezclada con trigo de sarraceno y tempe, con puerro caramelizado y confitado previamente, sopa de marmitaco embellecida con tréboles rojos de cosecha biológica, patatas cilíndricas con lecho de huevo de oca batido, croquetas cuadradas de carne de alce con virutas de cuerno ahumado, acompañado de unas sutilezas de escarabajo tropical.

Mil nombres rebuscadamente rimbombantes, en ocasiones esotéricos, absurdos, abstractos e imposibles, resonaban en nuestras cabezas.

Después de cuarenta y cinco minutos de reloj recitando las maquiavélicas recetas de cocina, nos dejó solos para que de algún modo pudiéramos decidirnos. Aparte del recital, nos dio la carta con los platos de siempre y la de vinos.

Randy disponía de una inmensa cocina de titanio en el sótano, con ciento treinta robots a su servicio. Se los fue comprando poco a poco al mercader. La ambición de amasar muchas riquezas de cualquier tipo le habían hecho exigirse mucho a sí mismo. Su mujer, Dulce Donato, pasaba muchas horas sola y prácticamente no se movía del sofá. Hace muchos años empezaron el negocio muy ilusionados. Pero Randy se obsesionó con su trabajo, no paraba de experimentar y se preparaba a conciencia para los concursos de tapas que se celebraban trimestralmente a nivel comarcal.

En esa época consiguieron un hermoso *cheslong* atigrado de gigantescas medidas. Hoy, el sofá parece minúsculo, ya que poco a poco Dulce se fue apoderando de él. Sus carnes lo iban abarcando a modo de raíces de pino. Tenía ocho mandos con los que controlaba prácticamente toda la casa y para llamar a su marido le era suficiente con un berrinche. Los gritos en esa casa eran lo usual. La mejor inversión de Randy fue el robot grúa, ya que para pasar al baño y llevar a la cama a Dulce hacía falta una máquina hidráulica de última generación.

—¡Robot estúpidoooooooooooooo! —gritó Dulce.

—Sí, ama —contestó el robot con voz resignada.

—Tráeme un batido de chocolate en la pecera de veinte litros, con cuatro litros de nata líquida, cuarenta cucharadas de azúcar de caña y un kilo de virutas de chocolate indio..., y que todo esté a nueve grados y medio. Lo quiero en mi mano ya. Si tardas, mañana serás chatarra, ¿me explico?

A los cinco minutos, el robot obediente colocó en el suelo el capricho de la señora. Una gran manguera succionadora iba del batido a su boca, así tenía libres las manos para señalar, gesticular, subir las persianas y cambiar de canal. Ahora sonreía satisfecha.

—Ya sé qué voy a pedir —dijo Carla, sentada a la mesa en el comedor de la sexta

planta—. De primero una ensalada esquivosa con mortadela de ñu, de segundo una pechuga de pavo normal y corriente con la salsa especial 36 Sillas, y para terminar un suflé de algas de doscientos gramos.

—¿Qué pasa, es que en tu casa no comes? Sinceramente, no sé dónde te lo guardas, pero sé en qué lo quemas —dije suspicaz y entre risas.

—Serás...

—Bueno, pues yo algo ligero, normal, para no llamar más la atención. Una crema de champiñones, *carpaccio* de segundo, y de postre, tú encima de una bandeja con una manzana en la boca...

—Me parece bien que el postre sea yo, pero olvídate de la bandeja y de la manzana.

—Vale, y tú olvídate de dormir con ropa.

Randy, como de costumbre, se había olvidado por completo de los comensales que esperaban en la sexta planta. Nos había olvidado. Estaba por entonces sumergido en una nueva tapa surrealista que le absorbía la mollera. «Triple textura, triple contraste», así pensaba bautizarla.

—Amo, los clientes esperan.

—¡Pardiez!, no me interrumpas cuando estoy en trance creativo. Cuántas veces he de repetírtelo, saco de tuercas.

Una vez anotada la fórmula y el diseño, fue piso por piso buscando a los únicos clientes de la noche. Sin éxito, por supuesto.

—Ya podéis disculpar, estamos hasta los topes de trabajo.

Nos miramos a los ojos, miramos a nuestro alrededor..., una pelusa del oeste cruzó por el medio del pasillo.

—¿Qué historia nos estás contando, Randy?... que nos conocemos...

—¡Oh, *va bene bambino!*, ¿qué pediréis?

—El número veintitrés y el quinientos catorce.

—Excelente decisión. ¿Y de beber?

—El mejor vino tinto que tengas.

—Dicho y hecho.

Sabiendo de antemano que iba a tardar lo suyo, pedimos que nos subiera el vino antes, para ir alegrando los corazones.

—Tienes los ojos tristes a pesar de que me encuentro a tu lado, parece que cambien de forma y de color —dijo Carla.

—Pues o mis ojos se equivocan o los tuyos se confunden, ya que ahora mismo estoy donde y con quien quiero estar.

—Voy a pedirle al Robot Dj que nos ponga un tema. Te lo dedico.

Un robot con cara de cafetera y camiseta de tirantes medio sonreía a un público inexistente. Una especie de sudor aceitoso resbalaba por su axila metálica. Accedió sin reparo a ponerme *No ordinary love*, de Sade. No obstante, me pidió propina descaradamente. Por suerte aún me quedaba en el bolsillo alguna bujía garrapiñada.

—Me encanta esta canción, me recuerda tanto a ti.

—Luego te dejo que me dediques una, a ver si me sorprendes.

Pasaron los minutos y las horas, y Randy se dignó a subir, no sin antes haberse equivocado tres veces de piso. Nos sirvió lo que le dio la gana, ya que nunca apuntaba nada en la libreta, alegando que tenía una memoria envidiable.

En multitud de ocasiones habíamos llegado a discutir por esto mismo, pero, como había bebido tanto vino, me daba todo un poco igual. A Carla tampoco parecía importarle mucho. Además, le habían subido cuatro platos en vez de tres. De ahí su enorme sonrisa. Era tragaldabas.

Randy nos hizo un rato de compañía durante la cena. Después nos llevó a la terraza para que tomáramos unos chupitos, gentileza de la casa. El cielo parecía un montaje hecho con Photoshop, pero los chupitos distrajeran mi atención.

Vasos de diez centímetros de diámetro y una pulgada de altura. Se esparcía una capa de caramelo con pincel y se dejaba reposar un rato. Después, licores con microorganismos vivos que cambiaban de color según la música y de tamaño según la mezcla. Delicioso al paladar, brutal para el cerebro. Si antiguamente fueron capaces de añadir calcio a la leche (después de quitárselo por el proceso de pasteurización), actualmente se le añadía al cóctel una fórmula de neuronas sintéticas para la reposición. El cóctel añadió más magia a la noche, la conversación se volvió incontenible. El robot puso de fondo una bachata mientras miraba de forma lasciva a una sandwichera rosa.

—Nena, caliéntame la tostada —dijo el robot con tono obsceno.

—¡Calla, cerdo! —lo increpó la calientarrebanadas.

Bailamos toda la noche sin hablarnos. Bailamos como si el tiempo no importase. Una bachata vertical, preludio de un sueño horizontal.

Un rayo de sol nos hizo abrir los ojos, amanecía de improviso. Eran más de las siete y media de la mañana. Carla volvió a la realidad y pensó en su padre. Se lo imaginó despierto en la silla-balancín del porche, fumando, con gesto malhumorado, esperándola. ¡Esperándola!

Salió corriendo escaleras abajo como una cenicienta desquiciada; sin dejar zapato alguno.

—Me voy corriendo, que mi padre me mata.

No me dio tiempo a pronunciar ni una palabra. Cuando logré abrir bien los ojos, ya no estaba allí.

El robot cafetera se reía entre chapas. Al final fui yo el que se fue sin zapato a casa, ya que se lo acabé estampando en la cara.

—Te tengo ganas desde ayer, maldito robot.

Aren se despierta

*

En el río, a esa misma hora, un pájaro fue a estacionar en el lomo de la gran roca gris. Con ansía, con prisa, el pajarraco engullía veloz por miedo a compartir —comportamiento digno de un ser humano—. La roca abrió los ojos. Las plumas se tornaron rojizas, se balancearon en el aire y el graznido fue disipándose. Duerme roca, duerme ahora.

Mientras tanto, dentro de una de las casas de la aldea se podía ver la dilatada pupila de Aren reflejada en un charco de vómito. Postrado en el suelo, boca abajo y con la silla atada a su espalda, a duras penas podía respirar. Le suponía un gran esfuerzo, ya que el suelo sellaba sus labios, de los que emergían burbujas nauseabundas, una por cada intento de llevar algo de aire al pulmón.

Marlen Dupont estaba sentada en el porche de su casa. Llevaba un par de horas con la mirada fija en la rodilla, ensimismada, la boca abierta... Despertó de repente al sentir su propia saliva deslizándose por antebrazos, codos y muñecas. Recordó que su único hijo pernoctaba en la sala de castigo.

—¡Aren!, ¡oh, Dios mío!, ¿qué he hecho? Mi pequeñín. Con lo que te quiero yo. ¿Por qué me obligas a hacerte esto? —gritó Marlen.

La pupila de Aren se contrajo del sobresalto y miró a su madre a través del reflejo del vómito. «Así parecía más guapa, el verde bucólico de la bilis quizás», pensó en ese instante.

Su madre, angustiada, le dio la vuelta. Le limpió la cara con un paño y besó sus mejillas. Una sonrisa extraña escapó del rostro de Aren.

Marlen, entre sollozos, berrinches y vahídos, fue a preparar la bañera. Unas ramas de sándalo, romero y canela rompieron el hedor. El agua caliente recorría el mapa maltrecho de su piel, vejada en mil ocasiones. Cubría parcialmente los profundos cortes, ya cicatrizados, de la cara interna de la muñeca, hechos a cuchilla. Un recordatorio de los viejos tiempos.

Desde la pulcra cocina de Marlen, un olor a sopa de apio reconfortaba las fosas nasales.

—Hijo, no te preocupes, deja que te cuide. Con esta rica sopa te sentirás como nuevo. El maquiavélico niño se dejó querer un rato, el suficiente para coger fuerzas, para que de la semilla del rencor brotara un hermoso fruto sanguinolento.

**

Víctor espera

*

La nube de humo flotaba por el salón a su antojo. Una gran mancha de nicotina amarilla había carcomido la pintura de casi todo el techo. Claudio Manzotti succionaba la pipa como si cada calada fuera la última. Nervioso, agresivo y preocupado, esperó a que llegara la indomable Carla. Ya había experimentado algo parecido cuando Alba decidió abandonarlo y por ello era muy susceptible a esa clase de situaciones. Los restos de ceniza iban acumulándose sobre su tripa, formando pequeños montículos que recordaban el paisaje volcánico de Lanzarote. Aun así, él seguía observando la puerta sin pestañear, sin perder detalle. El ruido del reloj, ahora ensordecedor, delataba la hora. De fondo, un forcejeo de llaves hizo que se incorporarse de golpe.

—¡Padre! —exclamó Carla, sorprendida.

—¿Dónde has estado? Y no me mientas.

—Me quedé dormida en la colina, lo siento.

Una bofetada desproporcionada alcanzó su cara. Carla quedó aturdida y cayó encima del sofá.

—Te dije que no me mintieras, sé qué has estado haciendo. Te has estado viendo con el hijo de la hechicera. No quiero que le vuelvas a ver. ¿Ha quedado suficientemente claro?

Carla, dolida por el grotesco y retrogrado comportamiento de su padre, le contestó con ironía y se fue a su refugio, su dormitorio.

—¡Como el agua cristalina, señor!, ¡tan claro como el azul radiante de una mañana de verano!

Dicho esto, se encerró en su habitación dando un portazo. El reloj de cuco de la sala quedó esparcido por el suelo en mil pedazos.

La pobre Carla sollozaba entre las telas que recubrían su camastro. Como un escenario de cualquier película de Bollywood, se disponían por la habitación colores vistosos, velas e inciensos. Aún se podía escuchar a Claudio recriminándola de fondo. Que si le pasase algo jamás se lo perdonaría, que si era igual que su madre... Pero a ella eso le daba igual, hacía ya varios minutos que su mente estaba viajando.

**

Darío, Cervatar. Día 22, 11:50 h

Una mosca peluda y enorme fue a posarse sobre mi nariz. Su diminuta lengua estereoscópica penetró un poro de mi piel. En mi mente, la repulsiva imagen daba vueltas una y otra vez. Al menos no era verde, las verdes son las que más asco me dan.

Al intentar moverme no pude, mi cuerpo era como una escultura malograda de Botticelli. Tampoco sentí nada de cintura para abajo. Cuando me arremangué el pantalón comprobé asustado que el aspecto era gris y duro. No estaba seguro, pero juré que mis piernas eran de sílex. También me dolía la quijotera a rabiar.

Vi a Eloísa alzar la vista hacia la copa del robusto árbol y subir a toda prisa por la pétrea escalera de caracol.

—Hijo, ¿qué ocurre?

—Nada, madre.

—No me mientas, ¿por qué tienes la cara desencajada?

—Nada, un mal sueño, no te preocupes. «Es imposible mentir a una madre», pensé.

Mi cuerpo pesaba como un cadáver, apenas podía moverme. Eloísa aprovechó entonces para arremangarme el bajo del pantalón y ver la palidez grisácea que envolvía mis piernas.

—¡Mira lo que te está ocurriendo!

Al desabrocharme la camisa pude ver un enrevesado mapa sobre mi torso. Un punto rojo parpadeante mostraba mi situación geográfica exacta.

—Madre, ¿qué me está pasando?

—Darío, siento que si no haces lo que debes, correrás la suerte de la gran roca. Mis conocimientos se quedan cortos para comprender lo que te está ocurriendo... No sé si podré ayudarte esta vez.

Eloísa inclinó la cabeza, abatida, y descendió hasta la despensa en busca de algún remedio que me pudiera aliviar. Momentos después trajo una cataplasma de baobab que logró calmarme momentáneamente.

—Tal vez deberías bajar al río para hablar con la roca, cada día que pasa es peor. Tu cuerpo se muere lentamente, incluso la calidez de tu piel ha comenzado a desaparecer.

—¡Joder, madre! Eres cojonuda dando ánimos.

No supe qué más decir y me quedé callado.

Las ensoñaciones de Carla

*

En aquel momento, Carla miraba las molduras de yeso que circundaban el cuadrilátero de su alcoba. De forma involuntaria, su mano derecha, que se le antojó entonces ajena, como si no pudiera pertenecerle, palpaba las violentas huellas que le había dejado su progenitor sobre la mejilla. En realidad estaba enredada de forma consciente en los hilos de sus propios pensamientos, como una mosca atrapada en las decisiones de una irresoluta araña... Hasta que de repente lo tuvo claro. Pensó en dejarlo todo. Cogería una mochila y se presentaría en casa de su amado. Poco a poco empezó a despedirse de su vida. Besó los vestidos que le había confeccionado su madre. Besó todo lo que le traía buenos recuerdos. En el fondo, Claudio le daba pena porque la desaparición misteriosa de Alba lo había dejado tocado. Pero ella ya no aguantaba más, al fin y al cabo también tenía derecho a disfrutar de su propia vida.

**

Darío: «a rastras conmigo mismo»

Después de una hora, pude deslizarme por las escaleras de caracol con ayuda de unas muletas de madera. Me miré en el espejo que colgaba de una rama; el gris invasivo subía por los hombros y amenazaba con apretar mi cuello, el dolor era insoportable. Juntos, madre e hijo, decidimos caminar hasta la playa fluvial.

Ahí estaba la roca, en silencio absoluto, inerte sobre barro y lodos. Me postré ante ella y mis lágrimas de dolor cayeron sobre su lomo. A los pocos segundos empezó a despertarse y aumentó varias veces su tamaño.

—¡Bienvenido, muchacho! ¿Qué es lo que quieres?

—¡Quítame esto, maldito!

—Ya sabes las respuestas. Aquí solo hallaras la muerte.

—Pero ¿adónde he de ir? —grité enfadado.

—Te ayudaré hoy, pero deberás partir mañana. Ahora respira, cálmate, que haré que tu piel vuelva a ser piel, que tu sangre fluya y tu mano vuelva a ser cálida. Pero si mañana no partes, si por algún motivo decides quedarte, te convertirás en maciza roca; sin otro cometido que el de observar el paso del tiempo y de las gentes.

Poco después, mi piel se convirtió en piel y la voz de la roca se desvaneció como una cortina de humo. Abracé indefenso a Eloísa, cual niño, como si pudiera salvarme de algún modo.

De pronto, la arena de un reloj imaginario empezó a deslizarse, el proceso había comenzado; tenía tantas cosas que hacer y tan poco tiempo... Corrí a casa para organizarme, tenía que avisar a los pocos que quería.

En el fondo, Mario es un gandul

*

A Mario le tocaba hacer la limpieza de la semana. Para poder llevar a cabo esa tarea tuvo que tomarse unas gotas de visión lumínica e infinita. Pasó el plumero por los ejemplares de repostería que descansaban en lo alto del mueble del salón y se sintió fatigado. Cuando hacía algo que le producía malestar, siempre le entraba hambre. Rebuscó en la nevera una y otra vez, con la esperanza de ver algo diferente en cada intento. El milagro de la aparición y multiplicación no se produjo y optó por ir a la mejor pastelería de Cervatar.

Ya en la calle, pasos firmes, todo nariz, siguiendo la azúcar quemada, canela en rama y nata batida. Sobre el adoquinado se levantaba firme un inmenso escaparate de cristales templados. Unas enormes barras de pan chapata hacían de puerta, mientras al otro lado de la calle unos perros aullaban y los gatos salivaban. Después, los perros salivaban y los gatos maullaban. Así durante toda la mañana, la tarde y la noche. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró de bruces con unos inmensos y redondos ojos verdes y una modesta sonrisa enmarcada por una barba de tres días. Ricardo, el pastelero, con la nariz y los pómulos manchados de harina y piñones, reía arqueando la espalda hacia atrás.

—Buenos días, Mario, te vuelve tocar limpiar en casa, ¿eh?

De todos era sabido que cuando tenía que hacer algo que no le gustaba, Mario mareaba la perdiz con cualquier cosa.

—Esto, bueno... Pues sí. —Mario tartamudeó y se quedó con una risa sardónica en el rostro.

—Tranquilo, seré una tumba. No entiendo para qué tanta limpieza, teniendo doncellas robóticas.

—Calla, calla, no me digas nada. Desde que la última vez se intentó cortar los cables por un ataque de ansiedad, mi madre prefirió volver a las antiguas costumbres. ¿A quién se le ocurriría la idea de utilizar inteligencia artificial para las doncellas? Muchos días no querían trabajar porque se sentían indispuestas o apenadas por algo. Cada dos por tres, visitaban la consulta de algún psicobot (robots psicoanalistas) para pedir la baja por depresión, alegando estrés o vete a saber qué.

—¡Tal vez aprendieron a escaquearse de ti! —dijo Ricardo riéndose.

Las palabras se fueron diluyendo para que los olores empezasen a recobrar importancia. Las magdalenas, las pastas y la tarta de escarabajos con miel eran sus viandas favoritas. Cogió un poco de aquí y un poco de allá, y Ricardo le invitó a pasar dentro para que viera el local.

Con un enorme mantecado en la boca, admiraba las montañas de nata sobre las mesas metálicas. Mares de confitura y almendrados hojaldres decoraban la estancia. Sobre las cintas mecánicas se encontraban los cocobots esparcidores, que sacudían sus cabezas para espolvorear las diferentes materias. Eran robots casposos que meneaban la cabeza frenéticamente a ritmo de jazz. Con los ojos entrecerrados, Mario observaba todas las máquinas: amasando, cortando, envasando. Ricardo seguía usando leña para conseguir el inigualable sabor que ésta le proporcionaba y, de vez en cuando, para no perder la costumbre, amasaba con sus gruesos dedos las bolas de pan crudo.

Mario, con la canción de *So what*, de Miles Davis, en la cabeza, tenía la sensación de flotar sobre los adoquines que le conducían hacia casa. Estos eran de las pocas cosas que quedaban de la antigua ciudad, junto con la concatedral. Mucho antes del surgimiento de Cervatar, en la época de la epidemia, se levantaba una ciudad próspera que llamaban Logroño. Los ciudadanos de entonces intentaron conservar ese pavimento como símbolo del tiempo. Un enlace con el pasado; rudimentario, poco

funcional, pero mágico de algún modo.

Faltaba poco para el crepúsculo. Lo sabía porque las cigarras del valle callaron al unísono. Y es en ese momento del día cuando descubres que aquella mala hostia era por algo. «Prefiero la horripilante y peluda procesionaria, que al menos va en silencio», pensó Mario.

**

Darío: «tengo que contárselo a Carla»

Con el tacto recuperado y mi recién adquirida elasticidad, corrí al encuentro de Carla, y al girar la calle nos chocamos, impregnando el aire de incorpóreas feromonas.

—¡Ey! ¿Adónde vas? —me espetó Carla.

—Tengo que hablar contigo.

—Yo también.

Dejamos las maletas en mi casa y fuimos hacia el mirador. Detrás de unas zarzas un cartel metálico anunciaba el Camino de Santiago. Allí, en lo alto de la colina, nos contamos nuestras preocupaciones, nuestros anhelos; recuerdo que el miedo se palpaba en las palabras. Yo tenía la intención de partir solo, sin poner en riesgo su vida; otra cosa es que ella quisiese verlo del mismo modo. En cierta manera, si yo me marchaba, su vida podía carecer de sentido si se quedaba en Cervatar, pero si me ocurría una desgracia, Carla permanecería siempre con el sabor agridulce del recuerdo.

Su rostro, después de haber recibido la noticia, era una mezcla de rabia y comprensión, ya que sabía de la existencia de la roca y la temía sobre todas las cosas. De modo que se mordió los labios y se guardó las ganas de protestar.

Bajamos la ladera en silencio, entrelazando las manos con fuerza, mientras las luciérnagas intermitentes pedían su dosis de agua y comida. Cuando llegamos a casa nos aguardaba una cena sorpresa, tal vez la última en la que pudiéramos estar todos juntos.

Eloísa había preparado una hoguera delante de la mesa, el calor pegaba con fuerza en la frente, en el labio y en alguna que otra espalda; la luz llegaba hasta el cielo. Las mejores telas y la cubertería robótica (filamentos metálicos que adquieren la forma que necesitas y se activan por voz) revestían el bufé. Un poco estresante, ya que en medio de las comidas escuchabas conversaciones como: «Ayer hizo mucho calor: tenedor, cuchillo». «Sí, es cierto, hoy se está mucho mejor: cuchara, tenedor».

No faltaba nadie. Thomas el carnicero acariciaba la mano de su mujer por debajo de la mesa y esta le correspondía con miradas cómplices. Mientras, Malcon, el hijo de los susodichos, avergonzado por la situación, permanecía de pie junto al gran árbol y con un frasco iba recogiendo todos los insectos que veía, amigos temporales que en cierto modo creía que le correspondían.

Mario García y su familia aguardaban sonrientes; ya que sabían de la buena mano de Eloísa en la cocina. El hambre empezó a notarse en los estómagos y la conversación se fue haciendo más monótona, casi forzada, gutural. Los comensales, ya nerviosos, giraban la cabeza hacia la cocinera, impulsivamente, cada vez más rápido, cada vez más con más insistencia. El aroma a tomillo, laurel, chorizo y patata hizo que las bocas se entreabrieran y que las fosas nasales aletearan cual mariposas.

—¡Tachán! —gritó la cocinera dejando una gran cazuela humeante en la mesa—. Aquí tenéis la cena. En esta cazuela tenéis patatas a la riojana. Aquí, pescadito frito, pimientos rojos, col lombarda con botillo, chuletillas de cordero al sarmiento. No os quejaréis, ¿eh?

—¡Viva la cocinera! —gritaron todos al unísono.

Con sonrisas bobaliconas, fueron prestos en busca del pimiento y del chorizo. A modo de épica cruzada, sorteaban los obstáculos de brazos, hombros, cabezas y codos. Tenían tanta hambre que nadie pedía nada a nadie. Bastaba con coger, morder, empujar y gruñir. Carla observaba, y no me cabía duda de que pensaba lo que suelo pensar yo a menudo: no somos tan diferentes a los chimpancés.

Mientras Carla cavilaba, yo la sonreía con una pierna de cordero en la boca y una barbilla reluciente, recién encerada. Creo que le dije: «Tú piensa, que ya como yo por ti». Lo siento, pero cuando tengo hambre, no estoy para tonterías.

Fue avanzando la velada y los allí presentes, a medida que se iban llenando los

estómagos, empezaron a recordar levemente la razón de esa cena tan especial. Pensativos, me miraban de soslayo con la esperanza de que no me diese cuenta. Estaban preocupados por mi inminente partida. Brindaron por mí, me llenaron de elogios, abrazos, regalos y besos. Hasta Aren, el trastornado, permanecía oculto entre los árboles en señal de duelo.

Alargaron la noche, intentaron estirarla hasta rasgarla... Las voces fueron desapareciendo junto a sus invitados. Solo Carla quedó a mi lado y juntos dormimos en silencio, abrazados. Dulces sueños.

ÉXODO

Éxodo. Día 23 de abril del 3014

Un histérico cacareo me despertó de madrugada. Llegó la hora. Un día cálido, sin lluvia, nada acorde con los acontecimientos venideros. Me incorporé de golpe, sin cansancio —algo inusual en mí—. Al bajar me encontré mi maleta hecha y a Mario y a Carla de pie con las suyas en el suelo.

—¡Nos vamos contigo!

—Ya habíamos hablado de eso, chicos. Agradezco todo lo que habéis hecho por mí, pero debo partir solo —alcancé a decir medio dormido.

—De eso ni hablar —gritó Mario apretando el puño.

—Prometo volver pronto, todo va a salir bien. Sabéis que cuando tomo una decisión, no hay vuelta atrás.

Resignados después de media hora de tira y afloja, vinieron a abrazarme con la cara empapada en lágrimas. A este coro singular se les unió mi madre, y entre todos llenamos varios cubos y un par de zanjas.

—Hijo, dentro de la mochila tienes algo de comida y algo de ropa. Adminístralo bien, nadie sabe lo que puedes encontrarte ahí fuera. Eres lo más importante para mí, te quiero mucho.

— Gracias, madre, yo también a ti.

Abracé a mi fiel amigo Mario y besé a Carla como si fuese mi último día sobre la tierra. Y para no hacer más dolorosa la despedida, cogí la mochila y comencé a caminar. Me giré una, dos, hasta tres veces... Intenté hacer una fotografía mental de todo aquello. Quería acordarme de las personas que más me importaban del lugar que me vio crecer, con sus bosques, con su gran árbol de escaleras marmóreas, con sus gentes. Intenté respirar hondo para que todos los olores quedasen en mis entrañas, para que si un día quería sentirme en casa, pudiera acceder a ellos como si de recuerdos se tratara.

Caminé por senderos desconocidos durante horas, me abrí la camisa para seguir el mapa impreso en mi pecho. El punto rojo me indicaba que estaba en el lugar correcto, pero la abundante vegetación me impedía ver con claridad. Adiviné rótulos de antaño bajo hiedras rojizas y con paciencia limpié uno de ellos para poder leer: «Estación de tren soterrada del Ayuntamiento de Logroño. Fin de obras, mayo de 2100».

Por lo que deduje, tenía que coger un tren. Ricardo, que era un coleccionista de trenes en miniatura, me habló sobre el abandono de la estación y me aseguró que el Maglev llevaba decenios sin funcionar.

Me encontré con la gran máquina de metal suspendida levemente en el aire por el magnetismo. A las afueras de la estación encontré un folleto tirado en el suelo que hablaba de las proezas del modelo Maglev, una bala capaz de transportar pasajeros a más de seiscientos kilómetros por hora, un artilugio adquirido a una empresa de Tokio.

—Señor, para acceder a los andenes debe abonar el correspondiente importe en la máquina.

—¿Quién habla? —pregunté extrañado.

—Señor, en caso de conflicto ocasionado por usted, los agentes procederán a su detención.

—Pero ¿qué dices? No tengo con qué pagar.

Antes de que el robot de megafonía cerrase el micro, se escucharon los ladridos en estéreo de unos dóberman robóticos que salieron de las oficinas. Perros sin saliva, de ojos rojos, arañaron el asfalto para dar cuenta de mí. Acojonado y con la respiración entrecortada, salté por encima de las vallas. Mi cabeza golpeó varios rótulos luminosos. Me sentí un tanto estúpido huyendo de esa manera, pero no podía enfrentarme a ellos. De fondo, alguien o algo manipulaba el micrófono.

—Atención, intruso en la vía tres. El escáner ha detectado que porta líquidos inflamables, armas de metal y un bocadillo de jamón. Atendiendo al artículo 546.3, no

se permite comer jamón a bordo por respeto a los clientes que lo tienen vetado por motivos religiosos.

—Mis cojones treinta y tres —grité indignado.

Por un momento, no presté mucha atención al abandono del lugar, ya que había por todas partes robots con porras eléctricas y perros. Los cadáveres infectados permanecían sentados cerca del andén. Un rastro de telas y cuencas oculares vacías era lo único que quedaba de ellos. Por suerte, alcancé a meterme en un vagón antes de que se cerrasen las compuertas y, como por arte de magia, este se puso en marcha. Los autómatas golpearon los cristales, los perros mordieron las vías. Luego, los autómatas mordieron las vías y los perros golpearon los cristales. Así hasta que, de repente, se quedaron quietos y me miraron de manera inquietante, casi humana. Eso me dio que pensar.

Aquello corría que se las pelaba. En serio, tendríais que haber estado allí: paisaje cambiante, montañas conocidas como el León Dormido, bosques donde fui repetidamente a coger niscalos e insectos de todas las clases, edificios que no había visto nunca. (Apunte mental: como a partir de aquí todo es nuevo, doy por hecho que será la primera vez que me encuentre con ello. Que quede constancia).

El ferrocarril me alejaba de Carla a gran velocidad. Sentado, y ya más relajado, observé el vagón vacío. Todo estaba impoluto. Asientos azules con techos de nácar blanco, todo muy elegante y con un concepto minimalista.

—Bienvenidos al tren. La empresa Zentravel cuenta con los sistemas más avanzados de seguridad y confort. Esperamos que tengan un viaje agradable. A continuación, pasaremos una película por el proyector holográfico. Les recordamos que queda terminantemente prohibido comer morcilla y jamón durante el viaje. Gracias.

Dicho esto, me entró hambre y, con una sonrisa irónica, abrí mi bocadillo de jamón. Qué rico estaba, con su tomatito untado y su aceite de oliva virgen extra de primera presión en frío.

Un zumbido dio paso a un holograma gigante que abarcaba desde mis pies al techo. A veces, en Cervatar, habíamos visto películas en alta definición en las salas de los cines Moderno, ya abandonadas, pero ese era otro paso más en la escala evolutiva. Te metías en la película de verdad, quisieras o no.

Con el estómago lleno y después de aguantar el tostón padre con aquella maldita película que me hicieron ver, me fui abandonando al suave vaivén de la locomotora de cristal hasta quedar profundamente dormido.

Cervatar sin Darío. 23 de abril

*

Los dos astros se juntaron en el cielo y parecía que observaban, desde la posición privilegiada en la que se encontraban, los pasos del uno y del otro. A un lado estaba Carla, encaramada a la rama de un árbol, y bajo su falda, a escasos metros, había un agujero socavado a lágrima viva. Mientras tanto, Darío, cada vez más lejos, dormitaba por el suave vaivén.

Por otro lado, Mario se fue a pescar solo, para matar el tiempo. Pero no al acantilado de Gorcas Negras, sino al pantano que estaba cerca de su casa. Un sitio tranquilo que le dejaba tiempo para la reflexión.

Eloísa estuvo dando vueltas a un caldo lleno de letras. Intentando descubrir mensajes ocultos, pasó la mañana dibujando el número ocho con la cuchara de palo que usaba para cocinar. Todos en Cervatar, de un modo u otro, parecían recordarle.

**

25 de diciembre del año 2012. Israel Esteban: tiempo actual

Sigo impresionado por este manuscrito. Cuando salgo de casa me tiembla el pulso, mientras aguardo mi turno en la cola del supermercado. Quiero terminar pronto y comer lo primero que alcance mi mano. Necesito seguir leyendo. De todas formas, siempre he sentido una aversión especial por las esperas, ya sea en el médico o en el parque de atracciones.

Tal y como esperaba, en el día veintiuno no se acabó el mundo. Todos los supersticiosos que se instalaron en la opulencia de sus búnkeres, con conexión satélite y televisión por cable, han quedado —cómo decirlo— en evidencia. Pero, por otra parte, no lo han hecho del todo mal, ya que el verdadero final está cerca. Fue una buena inversión a fin de cuentas. Lo que pasa es que todavía nadie lo sabe. El día que estos papeles vean la luz me tacharán de loco. Pero yo debo cumplir mi función, contar al mundo lo que va a ocurrir. Mañana he pedido el día libre en el trabajo, debo seguir leyendo. Pero antes voy a cenar algo de cordero que me ha sobrado del mediodía.

Viaje en tren. Libro de Darío. Día 23 de abril

La voz de traspase que se escuchaba por la megafonía avisaba que habíamos recorrido más de trescientos kilómetros. Pero no sabía exactamente hacia dónde. Abrí los ojos lentamente y advertí a una persona que estaba sentada varios asientos detrás de mí. Intenté que mis ojos se encontrasen con los suyos, debía saber si tenía algún motivo para ponerme nervioso. El tipo me devolvió la mirada, aunque no tardó en apartarla para seguir contemplando el paisaje. Pensé que era un poco extraño. Vamos solos en un tren y lo mínimo sería que hablásemos, así que me levanté y me senté a su lado.

Iba embutido en una gabardina con un pañuelo anudado al cuello. Tenía muy mal aspecto. La barba ennegrecida y el olor que despedía su ropa dejaba ver que llevaba días sin darse una ducha. Sus prominentes orejas me hacían pensar que le había estado robando horas al día.

—Hola, me llamo Darío Waltari. —Silencio en el vagón. Estaba claro que el pendejo no iba a colaborar—. ¿Eres mudo? Podrías responderme.

—Me llamo Samuel y voy a Ecocity —dijo malhumorado.

—Yo me llamo Darío y no sé adónde voy. ¿Qué hay en Ecocity?

—¿Crees que estoy aquí para hacer amigos? Ve a sentarte y no me molestes.

En ese momento me pareció un borde de mierda, y ocupé de nuevo mi asiento. No tenía sentido perder más el tiempo.

De repente, cuatro robo-azafatas se desplegaron por el vagón con un carro lleno de refrigerios. La primera me puso una servilleta alrededor del cuello, otra me bajo la bandeja, otra me sirvió un zumo de naranja, y la última me puso un plato caliente, cubierto con una tapa metálica. Al levantarla vi como un gusano deshidratado permanecía estático sobre un hueso de pollo. Esas máquinas no tenían noción de lo que había ocurrido y seguían sirviendo lo que tenían. Por suerte, el zumo contenía cientos de gasificantes y de emulgentes y estaba como recién salido de la fábrica.

Volví a abrir la mochila y saqué un trozo de bizcocho de harina de espelta. Mientras los dientes se hundían en la masa esponjosa, me encontré con que Samuel se había sentado a mi izquierda. De repente se mostró simpático y sonreía. Deduje que su falta de ánimo era directamente proporcional al vacío crepuscular de su estómago, irrefutablemente deshabitado, desértico.

—¿Sabes una cosa, Samuel? Este bizcocho casero, hecho con productos naturales y frescos, tiene un sabor único. De donde vengo es costumbre compartir con los amigos lo que se tiene. Es una lástima que tú no estés aquí para hacer amigos. Tú solo viajas a Ecocity, ¿no?

Samuel se quedó inmóvil, apretando los labios, hasta que su cara roja explotó liberando la risa contenida. Yo también me eché a reír y estuvimos así durante un largo rato. A partir de ese momento nos caímos bien.

—Te voy a dar un trozo de esto, aunque sabes bien que no te lo mereces. Has sido un capullo.

—Tienes razón, llevo días viajando en este tren y no he podido encontrar nada de comida. Me he recorrido todos los vagones y, como no había nada para llevarme a la boca, he acabado sucumbiendo a los empalagosos cócteles. Cada día me despierto en un compartimento diferente y con asombro compruebo que no siempre llevo la misma ropa. Me la debo de cambiar cuando voy borracho. El alcohol me hace olvidar el hambre y por eso bebo, de ahí mi mal aspecto.

—Pero supongo que habrá duchas y máquinas expendedoras, ¿no?

—Sí que las hay, pero es que no sé qué porquería llevan esas botellas... que me cuesta mucho recuperarme.

—De acuerdo. A partir de ahora no vuelvas a probar la bebida. Te voy a dar unos complementos alimenticios y vas a dormir unas horas.

—¿Por qué no? Aún tenemos tiempo. Faltan horas para llegar a la ciudad. Samuel se tomó las pastillas y en quince minutos se quedó plácidamente dormido. Mientras tanto, aproveché para inspeccionar el tren.

A pesar de ver como el horizonte cambiaba a una gran velocidad, la sensación desde dentro era de una quietud sobrenatural. Los vagones eran muy amplios y los bloques de asientos se distribuían en seis a la derecha y otros seis a la izquierda, con un gran pasillo central. No era el típico tren que pude ver en las revistas del siglo XXI.

Los ronquidos de Samuel, que se oían de fondo, se solaparon con mis pisadas. Había muchos cuartos cerrados y recordé que cuando subí al tren vi un cartel que decía «cuarto del vigilante». Di marcha atrás con la convicción de que me encontraría con un arsenal de llaves.

Al abrir la puerta, un aire fétido me hizo respirar por la boca. Una gran mesa ocupaba el margen derecho de la pared y los papeles, manchados de mostaza y ketchup, decoraban el suelo como cualquier obra de arte contemporáneo.

El vigilante permanecía recostado sobre el escritorio y la parte derecha de su cara reposaba sobre un iPad 4856, sin batería desde hacía tiempo. Sus brazos, abiertos sobre la mesa, parecían ejecutar alguna maniobra de baile. No era un replicante. Era humano y, por el aspecto de su cuerpo, llevaría muerto varios años. Una tarjeta identificativa colgaba por un hilo de su bolsillo, haciéndome recordar a una araña. Su nombre, Andrés.

—Bueno, Andrés, creo que ya no necesitarás llevar esta tarjeta.

Pasé la identificación por los armarios de la pared y las luces se tornaron verdes.

—Bienvenido, don Andrés. No olvide poner una contraseña de seguridad. Lleva trabajando seis años y todavía no lo ha hecho. Disfrute de su jornada.

Cogí un manojito de llaves, otro de tarjetas, una linterna led y me dispuse a investigar todas las estancias selladas.

Samuel seguía traspuesto y sonreía en sueños. Sin hacer ruido, pasé de nuevo por su lado. Fui directo a la puerta colindante al bar para tratar de conseguir, con un poco de suerte, algo de comida. Al pasar la tarjeta por el sensor, volvió a oírse la voz del control:

—Ha abierto el vagón congelador, tiene diez minutos para retirar el producto. Después de ese tiempo, los alimentos corren el riesgo de perder sus propiedades. Las puertas se cerraran automáticamente en nueve minutos y cincuenta y nueve segundos.

Crucé la puerta atravesando con la nariz una cortina de agua. La sala estaba llena de arcones anclados a la pared. Fui abriendo uno a uno y comprobé que rebosaban de comida ultracongelada. Sin duda era nuestro día de suerte e iba a tener la deferencia de preparar un succulento plato para los dos. ¿Haría él lo mismo por mí? Lo dudo.

—Quedan dos minutos...

—Me apetece comer pollo campero a la Lucietto, con sus patatas y su relleno.

—Cuatro, tres, dos, uno...

—Sí, prepararé ese pollo.

Cuando se cerraron las puertas, yo ya estaba en la cocina haciendo el relleno de pasas, almendras y verduras.

*

Mientras, a tres vagones de distancia, Samuel soñaba con un plato de sopa caliente, con croquetas caseras y con un refresco de cola.

**

Después de una hora vigilando el horno, me acerqué al armario de sonido del bar y pulsé un botón para activar el reconocimiento de voz.

—Diga o teclee la canción que desea escuchar.

—Canción *Non, je ne regrette rien*, interpretada por Édith Piaf.

—Activando pista de audio.

Jamás podré olvidar la secuencia de imágenes que se dieron a continuación. El volumen de la música estaba tan alto que las trompetas del principio de la melodía sobresaltaron a Samuel, que no tardó en entrecerrar los ojos de nuevo. Entonces aparecí por la puerta del vagón y este volvió a abrirlos lentamente. Fui avanzando despacio, como un novio que se dirige al altar, pero sosteniendo una bandeja humeante. La sonrisa de Samuel empezó a expandirse, a cámara lenta, y sus ojos, totalmente abiertos, no volvieron a pestañear.

Antes de que el enorme pollo llegase a la mesa, el enigmático viajero había alcanzado un muslo en el aire; y entre mordiscos y cartílagos me dijo algo que no llegué a entender del todo..., como que me quería como a un hermano o así.

—Querido Darío, definitivamente te has ganado mi amistad de por vida. Esta comida me ha devuelto a mi ser.

—Me alegro. Ya se nota que tienes mejor cara. Ya no pareces tan siniestro y tus ojeras, prácticamente, han desaparecido.

—Bueno, ahora me toca a mí devolverte el favor. Voy a enseñarte mi ciudad y así podrás descansar unos días. Soy dueño de una gran corporación, una persona influyente. Todos me consideran un poco excéntrico, y puede que tengan razón. Tres veces al año tengo la necesidad de escapar de esta ciudad que en el fondo odio con todas mis fuerzas. Una ciudad llena de imbéciles programados de los cuales dependo. Cuando conozcas lo que ocurre en ella, lo entenderás. Podrás percibirlo rápidamente porque eres de otro lugar. Los que viven allí no tienen la visión y la inteligencia necesarias para darse cuenta de la realidad a la que se enfrentan.

De repente las luces del vagón se pararon y el tren fue disminuyendo la velocidad. Samuel no dejó de comer, a pesar de estar en la oscuridad más absoluta.

—Pasajeros del tren, hemos llegado a Can Velmonte. Se va a efectuar una parada de dos días. Después, retomaremos el camino con destino a Ecocity. Les recordamos que el tren partirá a las ocho de la mañana. Buenas tardes.

En ese momento me fui al baño para comprobar el mapa de mi pecho; sin duda había alguna razón para que el tren se parara en ese preciso lugar. Pronto lo descubriría.

—Vaya engorro. Ahora debemos permanecer aquí dos días. Es muy probable que mi gente empiece a preocuparse. Jamás me ausenté tanto tiempo.

—Bueno, algo me dice que teníamos que parar aquí. Así podremos aprovechar para explorar la zona.

—Lo que tú quieras —dijo un poco disgustado.

Breve apunte en el diario de Carla. Cervatar

*

«Mi padre está contento porque sabe que no estás aquí. Porque sabe que tus labios están lejos de los míos. Por eso lo odio. A veces me pregunto qué razón es la que le mueve para seguir viviendo. Sinceramente creo que no tiene ninguna. Me siento sola, vacía. No sé dónde estás. Pienso en ti a todas horas. Hace días que no veo a Mario, ni a nadie que me recuerde a ti. No puedo seguir escribiendo. Las lágrimas me nublan la vista. Te quiero».

**

Tiempo presente. Israel Esteban. 2013, 1 de enero

La Nochevieja se repite como un bucle perpetuo, como una eructación previsible por haber bebido agua con gas. Pero en realidad nunca es igual. Se repite, pero nunca es la misma. Del mismo modo que cada mañana, al levantarte, ves en el espejo la cara de alguien que te resulta familiar; que no es otra cosa que tu yo adormilado, tu esencia al cincuenta por ciento.

Este año, para variar, empecé a cenar a las doce en punto. Una docena de aceitunas ecológicas que, por supuesto, no me dio tiempo a terminar. Después, con más calma, degusté una cena sencilla, propia de un día habitual.

Puede que en el futuro no sea consecuente con lo que pienso y me sorprenda a mí mismo montando el Belén con un hijo que, irrefutablemente, habrá sido fruto del acto carnal que desemboca en una tripa llena; con esa mujer que, indudablemente, me quiere un huevo y por eso está conmigo. Sí, puede que no sea consecuente y compre una televisión que no quepa en la pared, o puede que se me cruce el cable y me meta en una hipoteca. Mientras tanto, aprovecharé la lucidez presente para afrontar los retos que se me vayan planteando en la vida. Y siempre recordaré que, al menos por un tiempo, fui consecuente.

Can Velmonte con Samuel y Darío. Día 23 de abril, 17:00 h

Cuando descendimos del tren tuvimos que sortear los maizales que habían invadido la estación. Ese ecosistema improvisado daba una calidez inquietante a aquel lugar. Can Velmonte siempre había sido una ciudad pequeña de ganaderos y agricultores, que pasó a ser el espacio elegido para la práctica de proyectos secretos.

Sobre el vestíbulo permanecían colgados varios carteles donde se podía leer: «No a los transgénicos». Seguimos caminando, sin hacer demasiado ruido, por los pasillos de mármol que daban al exterior y entre los maíces se podían adivinar las antiguas máquinas de refrescos.

Antes de rebasar la estación, nos encontramos que en la salida, bajo tres arcos, un chico sonreía. Estaba sentado en el suelo y sostenía en las manos un taco de folletos. Al acercarnos vimos que la aparente energía que se vislumbraba en la distancia no era más que una ilusión óptica. Estaba muerto. Su cuerpo no se había descompuesto, posiblemente gracias a una mutación del virus. Sobre su camisa un pin proclamaba que pertenecía a Greenpeace. Leímos el folleto:

Los estudios de investigación demuestran que cultivos genéticamente modificados tienen efectos nocivos en animales de laboratorio en pruebas de alimentación, y afectan el medio ambiente durante el proceso de cultivo. Han incrementado el uso de pesticidas y no han logrado aumentar los rendimientos. Nuestro informe concluye que hay alternativas más seguras y eficaces para satisfacer las necesidades mundiales de alimentación.

Dr. Antoniou.

La ingeniería genética de los cultivos, tal y como se llevan a cabo estos hoy en día, aporta una tecnología imprecisa, cruda y anticuada. Puede crear toxinas o alérgenos inesperados en los alimentos y afectar su valor nutricional. Los avances recientes apuntan a mejores formas de utilizar nuestro conocimiento de la genómica para mejorar los cultivos de alimentos, que no utilizan los OGM. Más del 75% de los cultivos transgénicos permiten ser rociados con herbicidas. Esto ha dado lugar a la propagación de supermalezas resistentes a los herbicidas, lo que resulta en un aumento masivo de la exposición de los agricultores y las comunidades a estos productos químicos tóxicos. Los estudios epidemiológicos sugieren un vínculo entre el uso de herbicidas y los defectos congénitos y el cáncer.

Estos hallazgos desafían fundamentalmente la utilidad y seguridad de los cultivos transgénicos, pero la industria de la biotecnología utiliza su influencia para bloquear investigaciones realizadas por científicos independientes y utiliza su potente maquinaria de relaciones públicas para desacreditarlos si las conclusiones de estos desafían su enfoque.

Doctor Fagan

Por otra parte, se tiene información sobre experimentos siniestros con animales. Experimentos secretos, es decir, ocultos por el Gobierno.

Greenpeace

Al salir de la estación, vimos sobre los cultivos a cientos de cuervos que picoteaban desafiantes las chapas destartadas de los espantapájaros de aluminio. Estos, de vez en cuando, emitían algún ruido y movían un brazo. Gestos inútiles para cuervos resabiados, mutados y genéticamente perfectos. Posiblemente debido a los ya conocidos experimentos. Cuando nos vieron, los graznidos se fueron apagando uno a uno y sus cabezas siguieron la progresión de nuestros pasos. De forma inconsciente empezamos a acelerar el ritmo. Eso y el miedo que, sin duda, interpretaron en nuestros ojos hicieron que se precipitaran en bandada hacia nosotros en un silencio sepulcral. «¡Socorro, otra vez me veo corriendo!», pensé. Desde que empecé esta aventura no he hecho otra cosa que correr. Qué fastidio. Corriendo hacia el primer edificio que se puso a nuestro alcance, un centro comercial; corriendo en una carrera de obstáculos y perseguidos por una nube negra de pájaros psicóticos. El premio por llegar a la meta: sobrevivir.

Samuel pudo alcanzar un extintor y sacudió la base sobre una fisura de la puerta acristalada. Accedimos al interior de forma precipitada dejando muestras de piel en las límpidas astillas.

—¡Corre, Samuel, sella la puerta! Me he herido en el brazo.

Los cuervos se quedaron adheridos al cristal, como las moscas aletargadas del verano, y unas lenguas parduzcas salieron de sus enormes picos. Lamían con el nerviosismo

de un vampiro que lleva mucho tiempo sin probar la sangre. Por suerte, esa distracción inusual nos dio el tiempo suficiente para colocar varios muebles en la puerta.

—Informaré de esto a la cúpula política. Si esta plaga llegase a Ecocity, la sumiría en un caos. Habrá que mandar un equipo especial para exterminar toda clase de animal peligroso. Vamos a buscar algo con lo que curarte.

Empezaba a acostumbrarme al abandono de los lugares. Desde que salí de casa solo veía desolación y muerte. Dentro del centro comercial pude ver los pasillos limpios, como recién encerados. Los robots de limpieza seguían haciendo su trabajo día tras día. No tardamos en toparnos con una farmacia que disponía de máquinas de diagnóstico.

—Siéntese y póngase cómodo. Activando el escáner. Escaneando. Heridas profundas en brazo derecho e izquierdo. Procediendo a desinfectar. Puntos de sutura. Heridas cicatrizadas. Que pase un buen día.

Eso nada tenía que ver con la magia y las curas que practicaba Eloísa. Agradecí por un momento no tener que tomar los caldos pestilentes que me preparaba ella, siempre hartos desagradables en caso de herida. Este suceso facilitó que el recuerdo de Cervatar aflorase en mi cabeza. Y cerré los ojos por un momento para seleccionar el instante en que partí; extraje de la memoria la suave brisa de Cervatar, el aroma del cabello de Carla, la sonrisa bobalicona de Mario y la fotografía completa de las montañas que circundaban el valle.

Los cuervos habían dejado el cristal impoluto y empezaron a revolotear en torno a las puertas para buscar una posible entrada. Samuel y yo nos precipitamos por los almacenes subterráneos en busca de una nueva salida. Anduvimos sin noción del tiempo por túneles mal iluminados; las goteras caían sobre nuestras cabezas, enfriándonos. Casi todas las puertas que nos encontramos estaban herméticamente cerradas, pero dimos con una diferente a las otras, una muy envejecida que no aguantó ni el segundo embate. Caímos al otro lado con los hombros doloridos por los impactos. Olía como a templo o a catacumba.

—Cerramos la puerta de nuevo. No quiero estar todo el rato vigilándome las espaldas —masculló Samuel con la voz entrecortada.

La arquitectura del sitio me hacía recordar a la iglesia románica de Cervatar. Varios siglos la contemplaban. Pero cuando vi la cantidad ingente de libros, caí en la cuenta de que estábamos en una de las bibliotecas antiguas más grandes que existían..., o eso me pareció a mí. Al subir las escaleras nos encontramos en el vestíbulo principal. Sobre nuestras cabezas los mosaicos translúcidos formaban una gran cúpula central. Las diferentes alturas se solapaban, una encima de otra, en óvalos asimétricos, haciendo que el lugar tuviese un aspecto mutable.

Noté que algo vibraba en mi pecho y me desabroché los botones de la camisa frente a un cristal. En el mapa que corría por debajo de mi piel habían aparecido dos puntos verdes, por lo que deduje que debía aproximarme a ellos y averiguar a qué correspondían. El ascensor estaba averiado y subí andando para acercarme a las coordenadas del mapa. Samuel estaba un poco asustado, apenas hablaba y miraba de forma compulsiva detrás de cada puerta, de cada cortina, debajo de cada mesa. No se sentía seguro y siguió sin decir nada. Pasamos a una sala en cuya entrada un cartel indicaba: «Departamento de Prensa. Archivo periodo 2000-2800».

Mi pecho volvió a vibrar. Estaba justo en el punto exacto y empecé a buscar documentos de relevancia. La verdad es que a esas alturas del viaje estaba un poco perdido y no sabía por dónde empezar realmente. Con el tiempo iría descubriendo pistas que me encaminarían a un final inverosímil, pero tan real como el sabor de una pila podrida en el paladar.

Año 2046, Palma de Mallorca. Se realiza el primer trasplante de cerebro con éxito. El paciente Miguel C., herido gravemente en un accidente de tráfico, llevaba veinte años postrado en una cama ortopédica y tan solo podía articular el cuello. Con el trasplante se le otorga al paciente otro cuerpo y la posibilidad de reanudar una nueva vida.

Los médicos aconsejan que el organismo donado sea de otro país para evitar que la familia y allegados al difunto puedan encontrárselo. De esta forma se intentan evitar los posibles traumas que ocasionarían dicho encuentro.

Miguel se despertó un ocho diciembre dentro de un cuerpo nuevo. Ese mismo día se levantó y pudo caminar por su propio pie. Lo más difícil de este tipo de operación es que el cerebro tiene que acostumbrarse a verse en otro tipo de envase. Una metamorfosis que lo cambia todo menos una cosa: el destello imperceptible que brota de la retina y que muestra una mirada diferente. Una mirada de socorro, de pánico, atrapada tras pupilas ajenas.

La misma noche, después de que se pasaran los efectos de la medicación, se miró en el espejo y se precipitó por la ventana al vacío. Los médicos tuvieron que estudiar otros programas para adaptar a los posibles receptores.

El breve diario de Miguel se adjuntaba a la nota de prensa:

Me llamo Miguel Collado y llevo veinte años con una sola idea en la cabeza: suicidarme. He soñado con ese momento tantas veces que ahora que tengo el poder de hacerlo por mi propio impulso, ahora... no me siento preparado. Sí que es cierto que estoy agradecido. Puedo pasear sin ayuda y disfrutar de la brisa de una ciudad que apenas conozco, ya que todo ha cambiado. Puedo saborear la comida como si fuese la primera vez, incluso se me activa cierto impulso sexual cuando veo a esas chicas despreocupadas tomando café en las terrazas del paseo marítimo. Hoy estreno este diario de papel, pero durante todos estos años he ido escribiendo en mi mente las fatigas y privaciones de una vida exánime.

Siento que en parte soy yo..., soy el dueño de mis pensamientos. Pero hay ciertos impulsos que no puedo controlar. Mi nuevo cuerpo, mucho más joven que el que tenía, me pide emprender una carrera y mi estómago requiere una ingesta de proteína a la que no estoy acostumbrado. El terror me invade, y esto es lo más complicado, cuando me enfrento a mi nueva imagen. Solo veo a un tipo joven que me habla al otro lado del espejo, alguien que se molesta en mantener una conversación y que lo único que hace es repetir todo lo que digo, porque en el fondo soy yo... Pero no es así.

21:00 horas. Ya es de noche. Mi familia está triste porque he querido pasar el día sin su compañía. Les he dicho que tenía que pensar y saborear la soledad, algo de lo que había estado privado durante tanto tiempo.

22:00 horas. No puedo evitarlo. Albergó desde hace tanto la idea de quitarme la vida que no puedo luchar contra ese irrefrenable impulso enfermizo.

22:45 horas. Hace una noche estupenda. Puedo ver las estrellas mientras fumo un cigarrillo y toso, porque mi donante no lo tenía por costumbre.

23:59 horas. Siento de antemano lo que va ocurrir, pero no puedo continuar. No de esta forma. Te quiero, madre; te echo de menos, Marlene. A ti también, a pesar de que te casaste con otro hombre, a pesar de que dejaste de visitarme hace más de quince años. Tú no lo sabías, pero yo podía escucharte a pesar de estar en coma. Adiós.

La historia de Miguel me había llenado el corazón de tristeza y la guardé en mi memoria para poder compartirla algún día. Mi mente estaba ávida de lectura y seguí viendo documentos.

Año 2001. *Este documento contiene información clasificada.* El 15 de enero de 2001, un objeto desconocido impactó de madrugada en la laguna del pico de Urbión. Cuando llegaron las fuerzas especiales encontraron el agua en ebullición, cosa extraña teniendo en cuenta que a esas alturas la lámina superior estaba siempre congelada. Una veintena de hombres se introdujeron con el traje de buceo, provistos con sofisticados focos. La luz hizo que el ser saliera de las profundidades y el miedo, que se alojaba en sus corazones, se apoderara de los agentes, que hicieron volar las balas... Fueron recriminados duramente por acabar con la única prueba de la existencia de vida en otros planetas. El sujeto fue criopreservado para ser sometido a multitud de pruebas.

La luz de mi pecho se apagó. Por alguna extraña razón debía leer ese documento. Sin duda, una pista de algo verdaderamente importante.

Recorrimos la biblioteca y dimos con la puerta principal. La luz del sol nos hizo entrecerrar los ojos para, paulatinamente, ir enfocando el paisaje. A continuación nos encontramos con una plaza redonda que albergaba una sociedad de animales inteligentes. Vivían con el típico ajeteo de cualquier ciudad humana. Había chimpancés conduciendo y gritando por las calles. Parecían tener prisa por llegar, vete a saber a qué sitio, y hacían temblar los cláxones.

Ajenos a toda esa algarabía, unos bonobos ancianos permanecían sentados sobre sus sillas entregados a una sosegada partida de ajedrez. Nos miraron, pero no parecieron sorprenderse. Confiados, nos sentamos junto a ellos con la intención de conversar.

—Buenas tardes, ¿nos podéis entender? —dijo Samuel tímidamente.

—Perfectamente. Debo de reconocer, muchachos, que sois valientes al venir por aquí. Hace décadas que ningún humano se atreve a pasearse por esta ciudad olvidada.

—Ya podéis disculparnos. No somos de esta zona y solo hemos oído leyendas de estos lugares. No tenemos la intención de molestar.

—Tranquilo, no has de temer de nosotros. Somos animales civilizados.

—Estoy deseando saber lo que ocurrió aquí.

—Será un placer contaros parte de la historia que se vivió en Can Velmonte. Al fin y al cabo soy un anciano que vive preso de sus recuerdos. Mírenme, mi cuerpo ya no está para saltar de rama en rama.

El bonobo más longevo se sirvió un vaso de whisky, evitando ofrecernos. Muy civilizado no debía de ser, ya que nos vio mirar el vaso con desazón y pareció no importarle.

—Cuando el virus empezó a matar a los humanos —siguió el anciano—, el nivel evolutivo de los animales era tan grande que los propios científicos se empezaron a poner nerviosos.

»Había un chimpancé llamado Axel que razonaba igual o mejor que ellos. Después de él vinieron muchos más. Animales con una inteligencia proverbial que les permitía resolver en cuestión de segundos cualquier fórmula compleja. El miedo de los humanos estribaba en que llegase un día en que los animales acabaran rebelándose. Ese temor fue el que hizo que la comunidad de científicos tomara finalmente la decisión de exterminarlos a todos, con el fin de ocultar tales descubrimientos. Si al menos hubieran entendido que nosotros, animales muy superiores en inteligencia, hubiésemos sabido perdonar... Nosotros estábamos capacitados para olvidar tantos siglos de maltrato animal, teniendo en cuenta que todo era para fines científicos. Pero ese miedo irracional humano les hizo desconfiados.

»Unas semanas antes de que se produjera el holocausto, llegó un tren de mercancías a la ciudad. Se paró en seco, haciendo chirriar las vías, pero las puertas permanecieron cerradas durante un largo rato. Cuando empezaron a sospechar que algo no iba bien, forzaron la puerta. Varios cadáveres salieron despedidos sobre los trabajadores de la estación. Allí dentro no había ningún superviviente.

»Al día siguiente, los operarios que habían presenciado aquella escena se levantaron con cierto malestar, con los ojos inflamados, y todo ello les hizo pensar en una gripe, pero no en un contagio; y si no hubiera sido por las abundantes flemas negras que anidaban en sus gargantas, lo que les hacía expectorar con angustiosas toses, hubieran ido corriendo a la farmacia a por unas cápsulas de vitamina C.

»Antes de que iniciaran su jornada laboral, se despidieron de forma efusiva de sus parejas; haciendo coincidir los cuatro pies en el vetusto felpudo que preservaba la puerta. A partir de ahí cada pareja de pies se fue diseminando por la ciudad, tomando cada cual una ruta diferente. A lo largo del corto peregrinaje, el de una jornada laboral, se fueron sucediendo una cadena de acontecimientos que degenerarían en la tragedia final: jarras heladas rebosantes de cerveza iban pasando de mano en mano, manos que se estrechaban para cerrar un trato en algún callejón, otras que giraban manillas de baños públicos, que manipulaban portarrollos de papel vacíos y dispensadores de jabón deshabitados... Esa misma noche, la dueña de la peluquería fue al cine y estuvo tosiendo durante toda la proyección. En una semana toda la ciudad estaba infectada, y en dos, los cadáveres cubrían la ciudad como si de una alfombra macabra y surrealista se tratara.

»Nosotros entendimos la situación y, después de ver que nadie nos alimentaba, abrimos las jaulas, que desde siempre habíamos sabido abrir y que por respeto jamás lo hicimos, y empezamos a vivir tal como nos habían enseñado, como humanos. Pero mejorados y realmente civilizados.

—Es increíble esta historia, parece fantasía. Pero hemos visto cuervos asesinos en la entrada. ¿Qué clase de comportamiento cívico es ese?

—Sí, es cierto. Nosotros también tenemos que protegernos de ellos. De hecho hacemos turnos de vigilancia y hemos puesto sistemas de detección para poder estar tranquilos. Son una raza de cuervos diseñados con fines militares y tienen predilección por la carne humana. Imaginaos que soltasen miles de cuervos en una ciudad. En un

ataque sorpresa acabarían con todos los seres vivos en cuestión de días. Pero nosotros siempre estuvimos al tanto de todo.

—¿Y sabéis algo sobre los documentos de la biblioteca? He leído algo sobre inteligencia extraterrestre.

Los bonobos se miraron de forma extraña y se dedicaron una leve sonrisa.

—Hubo un humano que sobrevivió, alguien con altos conocimientos que se llamaba Jesús Reddin. Guardamos muy buenos recuerdos de él. Siempre nos trataba con respeto y nos alimentaba debidamente. Podríamos llamarle padre. Fue el único que logró escapar con vida. Era un gran estudioso de esa materia y también un viajero del tiempo. Posiblemente esté muerto, pero si lo encuentras responderá gustoso a tus preguntas. Dile que vas de parte nuestra, de parte de los viejos bonobos ajedrecistas. Desde que amenazó con revelar al mundo los experimentos que aquí se practicaban, fueron muchos los que se propusieron matarle. Pero hoy día ¿qué importa eso? Posiblemente no quede nadie a quien le importe lo que aquí ocurrió, tal vez estén todos hambres. Aun así, se muestra en ocasiones desconfiado con las personas que le hacen demasiadas preguntas.

—Por cierto, ¿quién gobierna este lugar? Porque supongo que tendréis algún tipo de organización.

—Hay alguien que hace de mandatario. Le llamamos Z. Pero no puedo decirte mucho de él. Antes de que llegara, cada animal vivía a su libre albedrío. Recuerdo que por entonces había dos gorilas blancos, hermanos con un minuto de diferencia, que se habían atribuido el control de la ciudad. Era lo más parecido que había a la ley. La llegada de Z produjo un enfrentamiento que acabó con la muerte de los hermanos, asesinados de forma despiadada a manos de este misterioso hombre. En aquel momento todo ser que viviera en Can Velmonte tendría que obedecer sus órdenes.

—Pero ¿quién era ese hombre? ¿Alguien sabe de dónde vino?

—Nadie conoce su procedencia, pero una noche fui capaz de ver su cara y te puedo asegurar que es humano. Parece que vive atormentado con sus recuerdos, incluso comentan que se le escucha gritar en sueños.

Estaba anocheciendo y los bonobos, a los que, según nos dijeron, les habíamos caído en gracia, nos ofrecieron alojamiento en el hotel Savoy, el único de la ciudad. Nos despedimos y un chimpancé gruñón, que portaba un sombrero ridículo y un traje con botones, nos llevó a la recepción.

El hotel, de estilo colonial, había sido reformado infinidad de veces y todas las luces permanecían encendidas, tal vez en nuestro honor. Pero en las calles colindantes apenas había farolas iluminadas.

Antes de tocar el timbre para ser atendidos, el chimpancé se giró mostrando su mano abierta, para recibir alguna clase de propina. Por suerte llevaba unos cacahuetes y un par de plátanos, que este recibió con desprecio. Sigo pensando que estos animales se parecen demasiado a nosotros, civilizados solo hasta cierto punto.

Samuel pulsó el timbre y una mona con vestido escotado nos enseñó, de forma involuntaria, parte de sus pechos; sin duda una imagen harto desagradable que nos impediría conciliar el sueño aquella noche.

Mientras hablaba no podía dejar de mirar esos enormes labios rojos, enmarcados por el hirsuto vello.

—Buenas noches, queridos. Veros aquí, a unos chicos tan galantes, me hace muy feliz. Es la primera vez que atendemos a humanos, por eso seréis los huéspedes de honor esta noche. El alojamiento será totalmente gratuito, porque lo que queremos es que os llevéis buena impresión de este sitio y que allá donde vayáis contéis que el hotel Savoy es un lugar donde se recibe un excelente trato.

—Vale, muchas gracias. Cuenta con ello.

—La cena se sirve de 21:30 hasta las doce de la noche, y el desayuno, de 8:00 a

11:30. Si queréis animales de compañía para amenizar la noche, solo tenéis que llamarme a recepción. Dispongo de un catálogo de monas sumisas para vuestro deleite.

—Muchas gracias, pero no será necesario. Estamos muy cansados del viaje —dije con una sonrisa forzada.

Con la llave de la habitación 923 colgando de mis dedos, subimos al noveno piso; a pie, porque estaban reparando el ascensor.

Entramos en la habitación y nos dejamos caer sobre las camas, derrotados. Demasiadas experiencias condensadas en tan poco tiempo. Al cabo de una hora nos despertamos porque un mono golpeó la puerta para avisarnos de que el ascensor estaba arreglado. Nos volvimos a dormir.

21:30 h. Samuel piensa en voz baja

Soy incapaz de seguir durmiendo si no logro llevarme algo a la boca. Tengo hambre, joder. No sé si despertar a Darío o bajarme yo solo al restaurante. Debe estar nervioso porque no para de roncar. Tiene clase hasta para eso, porque lo hace sin abrir apenas la boca. Odio a las personas que lo hacen de manera descontrolada, me resulta indignante.

La mona de recepción me ha puesto a cien. No lo entiendo, tal vez es porque llevo muchos meses fuera de casa, pero si la tuviese delante, se iba enterar. La asustaría con mi lado animal. Para animal, yo.

Creo que lo mejor será despertarle, tengo miedo de estar ahí solo. ¿Y si me raptan y luego hacen experimentos conmigo? No, no. Lo mejor será despertarle.

—¡Darío! —Siguen los ronquidos—... Darío, ¿estás despierto? —insistí elevando algo la voz.

—¿Tú qué crees? Ahora sí.

—Tengo hambre.

—Y yo, sueño.

—Por favor, acompáñame abajo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —observé con malicia.

—Qué va, en absoluto. Lo que pasa es que me gusta comer en compañía.

—Mientes, tú tienes miedo.

—Joder, pues sí. Todo me parece muy extraño, y si nos duermen y luego nos despertamos en una camilla llenos de agujas... No, no. Es mejor que bajemos los dos.

23:30 h. Darío

Me reincorporé con el cuerpo dolorido y me di una ducha. El agua que salía de los grifos era de un marrón intenso, se notaba que hacía tiempo que nadie los abría. Animales civilizados que no tienen unas normas básicas de higiene... No me lo creo, de civilizados nada. Me mire en el espejo y recorrí mi cara. Nunca había tenido tanta barba. Tuve suerte de encontrar unas cuchillas, gentileza del hotel, en el armario del baño.

No hay nada mejor que una ducha y un afeitado cuando llevas días lejos de tu casa. Me sentí como nuevo. Minutos después bajamos en un ascensor antiguo, de rejilla metálica. Dentro estaba el chimpancé, que me miraba mal. Volvió a increparme por la propina que le había dado horas atrás. No me molesté en contestarle, no estaba de humor.

La visión de una gran sala repleta de mesas con manteles blancos fue del todo gratificante. Éramos los únicos clientes. No sé si fue preferible así; si me hubiera encontrado el restaurante repleto de animales, me hubiera sentido peor.

Unos primates adolescentes, eventuales trabajadores del hotel, nos contemplaron de pie junto a nuestra mesa. Llevaban traje negro, camisa blanca y pajarita.

—Siéntense, señores, ¿qué desean beber?

—Yo una botella de vuestro mejor vino —acertó a decir Samuel sin apenas meditar.

—Y una botella de agua a temperatura ambiente —añadí momentos después—.

No sé por qué, pero Samuel se echó a reír. Uno de los jóvenes se fue a la cocina y el otro nos recitó la carta con cierta dificultad.

—De primero, podéis elegir entre alcachofas estofadas con escarabajos negros, sopa de cangrejo ermitaño o crema de verduras de temporada. Y de segundo, cuervo al horno sobre salteado de hormigas gigantes, cochinitillo o entrecot de vaca.

No está de más decir que evitamos pedir cuervo.

—Yo quiero las alcachofas, pero sin la ración de escarabajos, y de segundo, cochinitillo

—dijo Samuel precipitadamente.

—Yo de primero lo mismo, y de segundo, el entrecot en su punto.

El primate se retiró con una reverencia.

Nada tenía que ver con el 36 Sillas. Qué maravillosa cena tuve de la mano de Randy y con la compañía de Carla, la mejor posible.

Tengo que reconocer que las alcachofas estaban deliciosas; las habían hecho a la brasa, tal y como me gustan. Pero la carne estaba reseca, muy pasada. Sospechamos que no era realmente de vaca. No habíamos visto ni una desde que llegamos y, como estábamos siendo observados de cerca, nos costó mucho trabajo camuflarla entre las servilletas. No estábamos dispuestos a comernos esa aberración, pero tampoco queríamos tener problemas. Lo mejor era no llamar la atención. Samuel se bebió dos botellas de vino, y cuando estaba a punto de empezar la tercera, dijo que yo era un tipo agradable y mejor persona. Es gracioso, pero algo parecido me decía mi amigo Mario cuando iba borracho: «Eres un tío de puta madre».

Tenía ganas de irme a dormir, pero Samuel no paraba de hablar. Me contaba el éxito que tenía con las mujeres en Ecocity, que en su ciudad no existía el concepto de dinero... Pero yo me harté y le dije que me largaba a la cama. Estaba incómodo porque los monos no apartaban la mirada y solo se escuchaba la voz de Samuel irrumpiendo en el restaurante, ya que no había música ambiental que nos acompañase.

—Vamos, levántate.

—Por favor, un poquito más. Lo estamos pasando bien.

—No, lo estás pasando bien tú solo. Vas borracho.

—Está bien, está bien. No te enfades. Pero ayúdame a levantarme, que no puedo.

Tuve que ponerle el brazo sobre mi hombro y lo arrastré por todo el pasillo hasta la puerta. Mientras, los chimpancés reían, tapándose la boca con las manazas.

Recuerdo que eran las dos y media de la madrugada cuando volvieron a llamar a la puerta. El sonido cesó por unos momentos. Al rato insistieron de nuevo, tres veces o más. Samuel roncaba de forma explosiva. Odio los ronquidos, menos mal que yo no hago nunca ese tipo de cosas, nunca, o eso creo. Me tuve que levantar a abrir la puerta y cuatro monas entraron dejando una peste a colonia por toda la habitación.

Al encender las luces, vieron el cuerpo macilento de Samuel tendido sobre la cama, a medio cubrir. Sin mediar palabra se abalanzaron sobre él. Este se despertó de golpe, pero extrañamente no opuso resistencia, y eso que le mordieron de una forma salvaje llenándole el cuerpo de una baba densa, como de caracol. Yo rechacé por tres veces a una mona rubia y me encerré en el baño todo lo rápido que pude. Por suerte, acerté a agarrar un edredón y una almohada. Sin apenas meditarlo, decidí dormir en la bañera. Fue una noche larga en la que permanecí con los ojos abiertos, por miedo a que me mordiera el miedo, ese que habita en la oscuridad. Y así fueron pasando lentamente los minutos, con la convicción de haber estado viendo durante horas un interminable fundido a negro; posiblemente el castigo de un cineasta contemporáneo que sostiene lo sombrío como único argumento insustancial.

Can Velmonte. 24 de abril. Darío

Las primeras luces de la mañana inundaron la bañera y los destellos sobre los grifos acabaron por despertarme. La humedad había traspasado las barreras de la carne haciendo languidecer los huesos. Caminé de puntillas hasta la puerta y abrí el pestillo con suma delicadeza, para no despertar a las monas, que suelen tener el oído muy fino. Un olor hediondo invadía la habitación; las monas, aún borrachas, habían vomitado sobre la alfombra y las cortinas y las botellas de ron yacían vacías entre las sábanas.

Diario de Mario, Cervatar. Marlen coge ranas

Desobedecí el consejo de Darío y entré solo en el oscuro bosque de las luciérnagas Macabal. Que esté aquí hoy escribiendo estas palabras es casi un milagro, ya que temí perder la vida.

Ayer, como de costumbre, me levanté muy temprano y me tomé medio frasco de visión lumínica e infinita. La ballesta electrónica siempre va conmigo y estaba convencido de poder cazar algo para comer.

Me adentré en el bosque con valentía, pero no con esa clase de valentía innata que alberga el corazón de un verdadero guerrero, sino una hecha de fantasía y adrenalina que por su brevedad resulta un poco patética. Las copas de los árboles se apretujaban en el cielo haciendo crujir las ramas, para no dejar pasar ni un rayo de luz. Mi intención era llegar hasta el lago. Un sitio con menos vegetación, aunque renegrido, posiblemente por algún pacto de las nubes con el espíritu esperpéntico de la arboleda. Cuando llegué al lago, el efecto de la pócima empezaba a disiparse, era como asistir a un lento atardecer de verano que tan solo yo podía ver. En el margen derecho del pantano estaba Marlen cazando ranas. Hablaba sola, como de costumbre, y de vez en cuando insultaba a su propio reflejo.

—¡Vieja inmunda!, ¿qué es lo que quieres? Me has arrebatado mi juventud y me hiciste traer a este un mundo a un despojo, a un horrendo muchacho. No, no me mires así. Deja de gesticular con rabia.

Me escondí entre los matorrales para observar la escena. Marlen sacudía el agua con los puños para destruir su imagen. Varios metros más atrás apareció Aren, que intentaba contener la risa. Cuando la última onda se desvaneció, confiriendo de nuevo al lago el efecto de espejo, Marlen reconoció el rostro de su hijo justo detrás del suyo y, por su mirada, dedujo que sería la última vez que lo vería.

El muchacho, trastornado, sujetó la cabeza de su madre y la giró bruscamente en el sentido de las manecillas del reloj. Ahora solo se podía ver el cuerpo arrodillado de la mujer con la cabeza sumergida en el agua; el cuello blando se dejaba llevar, sin oponer resistencia, al albur de la corriente. No pude reprimir un gemido de horror y Aren me descubrió. Torpemente, intenté huir, pero el elixir, debido al estrés, se había desvanecido y quedé atrapado entre las zarzas.

Convertido en presa fácil, sentí la respiración de Aren sobre mi cara. Todo era oscuridad. Volví a ver el mundo como solo yo podía hacerlo: el olor a musgo y a roca, la tierra húmeda llena de lombrices, el fétido aliento de Aren, sonidos de coleópteros sesgando el aire cerca de mi oído. Me abandoné, resignándome a mi final, pero las caricias de Aren sobre mi pelo y el calor de sus manos hicieron que me calmase. Parecía que la vida me otorgaba una nueva oportunidad. Justo después, me lamió la mejilla y se alejó por los matorrales maullando como un gato.

Tuve la sensación de haber estado durante un largo periodo de tiempo al paradójico resguardo de las zarzas. Mientras, los animales se acercaron indiscriminadamente haciendo turnos para olisquearme. Hasta que a media noche sucedió algo que me impidió volver a conciliar el sueño. Pude oír como una enorme y extraña criatura había emergido a la superficie, tal vez atraída por la cabeza basculante de Marlen. El chasquido de los huesos al romperse, el desgarrar de la carne, me ayudó a comprender lo que ocurría. A partir de ese momento guardé silencio absoluto, a pesar de los picotazos con los que me gratificaban los numerosos insectos que poblaban aquel lugar.

Visualicé en mi mente los minutos, travestidos de fichas de dominó, cayendo desmayados consecutivamente uno tras otro en una espiral eterna; sentí una vez más los flashes que reverberaban en mi retina como vómitos, y justo en la última franja de luz del día, antes de que la oscuridad fuese absoluta, apareció Carla como un arcángel, como la pintura al fresco de una iglesia, y sin entender qué hacía allí me dejé rescatar

en silencio.

Diario de Carla. De cuando fue al bosque a rescatar a Mario

Ayer estuve especialmente atareada, ocupé toda la mañana en ensamblar un motor nuevo para alimentar las placas fotovoltaicas del tejado. Mientras tanto, mi padre, en vez de ayudarme, se había ido a desayunar al 36 Sillas. Ya habíamos hablado el día anterior de que hoy le tocaba hacer la comida, y son más de las tres y ni rastro de él. Este hombre piensa que por ser mi padre tiene derecho a tratarme como una criada, pero las cosas no son así. Un día seré lo suficientemente fuerte para romper los lazos que nos unen, aunque reconozco que soy una sentimental y puede que jamás sea capaz de hacerlo.

Cuando entró la madre de Mario preocupada porque no encontraba a su hijo, me alegré, pues eso indicaba que algo me iba a abstraer de mi realidad, aunque fuera por unos momentos. Clotilde llevaba toda la mañana buscando a su hijo, que había salido muy pronto hacia el bosque de las luciérnagas Macabal. Desobedeciendo a mi padre, como de costumbre, cogí una mochila y partí de inmediato.

Encontrarlo en el bosque sería complicado, pero su torpeza haría las cosas más fáciles, ya que nada más adentrarme en el camino encontré un trozo de su camiseta enganchado en la rama de un árbol. Estaba claro que Mario desconocía aquel lugar, ya que las prendas y las huellas que descubrí cerca de los lodazales componían constantes bucles.

Entre círculos concéntricos fue transcurriendo la tarde, hasta que acabé llamando la atención de una manada de lobos de mechón blanco. Sigilosos, me rodearon en uno de los pocos claros del bosque; parecían amigables porque uno se me acercó y se dejó acariciar. Después, me escoltaron durante todo el camino. Era una sensación mágica porque me hicieron uno de los suyos, un miembro más de la manada.

Cuando la fuerza de la luz empezó a mitigarse, el entorno se volvió inestable. Todo pareció cobrar vida y dejé de saber qué ruido pertenecía a qué animal. Las leyendas que me contaron de niña resurgieron de nuevo en mi cabeza. Se contaba que de noche las luciérnagas, por influencia de la Luna, experimentaban una metamorfosis. Durante el día, suelen recorrer los montes en solitario, pero cuando llega la noche, un deseo magnético les obliga a encontrarse, y en ese momento son capaces de convertir la noche en el día.

Pronto comencé a ver los haces de luz en la lejanía; los objetos proyectaban cientos de sombras, como si estuviesen en un estado cuántico temporal. Los lobos comenzaron a gruñir y se me fueron acercando cada vez más, ofreciéndome su protección. De repente, una luciérnaga Macabal salió de la nada y se alzó sobre sus patas, intentó intimidar a los lobos mostrando unas tenazas repugnantes que segregaban una viscosidad cremosa. Sus enormes ojos negros, desprovistos de movimiento, reflejaban como un espejismo todo lo que había a su alrededor. Sin pensarlo, comencé a correr junto a la manada; las luciérnagas dominantes salieron de sus escondites desplegando las alas. Desde los árboles me lanzaban esa viscosidad repugnante, densa y maloliente que se solidificaba a cada paso. Hasta que di con el lago y las luciérnagas se fueron en desbandada, volviendo a dejar el bosque como al principio, en la más oscura indiferencia. Pronto comprendería, gracias a Mario, que la extraña criatura que vivía en las profundidades del pantano se alimentaba de esos seres de luz y por ello siempre evitaban el encuentro. Aunque son muchas, nada pueden hacer contra un ser colosal que arrastra al fondo todo lo que atrapa.

Encontré a Mario. Estaba enredado en las zarzas y por un momento me temí lo peor, pero cuando me acerqué pude oír su respiración y suspiré de alivio. En cuanto supo de mi presencia, abrió los ojos todo lo que le dieron los párpados y con una sonrisa se adentró en el mundo de los sueños. Antes de desmayarse me preguntó una y otra vez si era un ángel que había venido a salvarle. Aunque seguía protegida por los lobos, no quise aventurarme otra vez en el bosque y decidí pasar la noche allí.

Con las primeras luces pude comprobar que los lobos habían desaparecido. En el lago, que permanecía impasible por la falta de viento, flotaba un vestido azul diluido por la sangre. Levanté a Mario y fuimos caminando lentamente hasta Cervatar, momento que aprovechó para contarme que Aren se había vuelto peligroso.

Al entrar en el pueblo, estaban casi todos esperándonos. Debatían nerviosos sobre los riesgos que entrañaba vivir tan cerca de un bosque tan peligroso, ya que habían sido muchos los que no habían podido regresar.

Cuando Mario contó lo que había sucedido, hubo un revuelo general y convocaron una junta con carácter de urgencia. La primera decisión que se tomó fue formar a un equipo de vigilancia que salvaguardase la integridad de todos los vecinos, y la segunda, organizar un entierro digno para Marlen, porque antes de que empezase a mostrar los primeros atisbos de locura, había sido una mujer ejemplar que había contribuido al desarrollo de Cervatar. Sin duda, la máxima prioridad era coger vivo al chico y encerrarlo. Nadie dormiría tranquilo mientras eso no ocurriese.

Época actual, 4 de julio de 2013, Logroño. Diario de Israel Esteban

Hace tiempo que no miro el televisor. Bueno, a veces sí, pero solo cuando está apagado. Me distraigo fácilmente mirando el polvo que se acumula sobre la pantalla. El solo hecho de pensar que pronto tendré que limpiarlo me irrita profundamente. Sé que justo después tendré que hacerlo con todo lo demás. Por eso considero que cada objeto que acumulas te esclaviza, te roba algo de tu tiempo: como los espacios muertos entre que llamas al ascensor y llega, o el tiempo que consumes en cualquier trayecto, o el que tardas en marcar un número de teléfono, o el que tardan en contestar desde el otro lado, o el que consumes pelando patatas, o el de espera hasta que el aceite se calienta para poder cocinar, o el que dedicas a desvestirte antes de la ducha, o el que pasa hasta que el calor del agua se transmite a la alcachofa, o el que consumes para mandar una carta con una declaración de amor, o el que transcurre hasta que recibes la respuesta. Una respuesta que en ocasiones nunca llega.

El paro ha descendido. Llegó el verano. Las terrazas de los bares están llenas de alienígenas y de extranjeros. Desde el Gobierno lo celebran. No veo una pronta recuperación de esta situación. Al revés.

Nuestro cerebro ya no reacciona ante la masacre que nos venden en los medios de comunicación. Nuestra mente se desparrama, se sobra por los cadáveres anónimos que golpean las puertas de nuestros sueños. Hemos aprendido de los engaños, por eso no confiamos —alguno insiste en poner una cuarta mejilla—. Espían nuestras conversaciones desde mucho antes de que nacieras; poco importa que lo revele ahora Edward Snowden. El mundo es virtual. Puede que esté casi todo inventado y la palabra novedad sea tan solo un truco publicitario, pura estrategia de *marketing*. Tal vez se escriba sobre lo mismo pero deformado por la óptica de la vanguardia del momento o por la de cada época concreta: hay que tener en cuenta que compartimos los mismos anhelos que nuestros antecesores. A veces el camino se termina de forma abrupta y no te dan tiempo para despedirte; un fiambre más en remojo dentro de tu subconsciente.

Diario de Darío. Can Velmonte, día 24 de abril

Me levanté cauteloso, dejando a Samuel durmiendo, abrazado dulcemente a una mona. Nadie había considerado la idea de que pudiera rechazar la bacanal de la pasada noche, así que aproveché para descender por la escalera de incendios, que estaba totalmente abandonada por desuso. En ningún momento había dejado de estar en alerta desde que pisé aquella ciudad; hasta el aire que respirábamos me resultaba insólito, ya que me parecía percibir trazas de formol y de compuestos químicos que, seguramente, usaban en los laboratorios de genética. Mi mano fue deslizándose por la barandilla oxidada que discurría por cada piso. La escasa luz intermitente me permitía ver lo suficiente como para evitar el impacto contra las intrincadas telas de araña. A cada paso, los sonidos espeluznantes de los insectos, que aún no podía ver, provocaban en mí un estrés que se fue acrecentando a medida que bajaba. Un paso, oscuridad; al siguiente, luz tenue; mi zancada se adecuaba al ritmo de los impulsos eléctricos.

Con tantas distracciones en mi cabeza, no supe cuántos pisos había bajado. Me pareció ver unos mechones como los de la crin de un caballo, largos y duros, entre el techo y la pared que conducía al siguiente piso. Tuve un escalofrío. Creí estar seguro de lo que era, pero quise controlar el miedo. Mi mano temblorosa extrajo del bolsillo un cuchillo que había robado del comedor la pasada noche. Alargue el cuello todo lo que pude, los pies pegados al reducido espacio del peldaño. La fobia olvidada resurgió ante la evidencia de encontrarme con un ejemplar único.

El arácnido me observó sigiloso desde sus incontables ventanas asimétricas y brillantes. La quimera de mis pesadillas ante mí, mucho más grande que en mis sueños. Estaba colocada de forma estratégica; sin duda había notado mis vibraciones y esperaba paciente para abalanzarse. Cuando se percató de que la había descubierto, comencé a retroceder de forma involuntaria escalón a escalón, sin apartarle la mirada. Lanzó un chorro de tela caliente como si quisiera vestir mis brazos. La velocidad y propulsión del chorro orquestaron zumbidos en el aire, pero por más que proyectó hacia mí su pegajoso tegumento no fue capaz de atraparme. A tientas, logré encontrar la salida de emergencia y cerré la puerta, atrapando una de sus patas, que crujió rompiéndose como la de un cangrejo adormilado en una fuente de mariscos y cayó al suelo, justo al lado de mis pies. Después, se escuchó un corretear de muchas patas alejándose, junto a un alarido. Nota mental: no volver a usar las escaleras de incendios. Me sequé el sudor con la camiseta y al girarme me encontré con una distribución diferente a la de cualquier otro piso. Una placa en la pared indicaba que me encontraba en la planta tres y medio. Ni tres, ni cuatro. No había forma de llegar hasta allí en ascensor y descarté, después de la experiencia vivida, la escalera de emergencia por el estado en que se encontraba. Sin duda, había un acceso secreto.

Los pasillos blancos y las puertas metálicas permanecían en penumbra y la única luz que había era la que salía de una puerta entreabierta, justo al fondo del ala derecha. Me arrastré por el suelo y, a medida que me acercaba, empecé a escuchar algo que me pareció una conversación. Decidido, me lancé al suelo como un soldado y fui aproximándome hasta que la franja de luz, que bañaba parte del suelo del pasillo, coincidió con la punta de mi prominente nariz.

En la sala de operaciones había ocho primates con batines blancos y un individuo, mucho más alto que el resto, que tenía la cabeza totalmente cubierta por una gasa negra. Estaba claro, hablaban de Samuel y de mí. Juntos rodeaban una camilla sobre la que se advertía una silueta bajo una sábana que resplandecía a causa del plasma sanguíneo. Las gotas se deslizaban creando diminutos charcos. La sala, de azulejo blanco, estaba provista de toda clase de utensilios que me recordaron, más que a una sala de operaciones, a la carnicería de Thomas en Cervatar.

—Todo marcha según lo previsto —dijo uno de los presentes.

—Sí, ahora mismo deben estar dormidos. Los efectos de la droga tardarán unas horas en disiparse; es el momento de actuar.

—Pero el estudio todavía no está concluido, puede que la transformación no llegue a completarse. Mira lo que ocurrió la última vez.

El hombre del turbante negro se descubrió el rostro haciendo que el resto del equipo retirase la mirada por miedo a mostrar alguna mueca de repulsión.

—¡Mírame bien!, ¿tú crees que a estas alturas me importa lo que pueda sucederme? ¡Mírame cuando te hablo!

El cirujano, de constitución delgada y que contrastaba con los demás por el escaso vello facial, que le recorría la cara como una hilera de hormigas moribundas, le miró con sus labios finos de primate. No pudo reprimir un gruñido de pánico, el mismo que emitiría un miembro de su especie, dejando en evidencia su verdadera naturaleza, la del mono. Tal desliz no hizo otra cosa que irritar a los presentes, también monos. Una de las leyes de esa nueva sociedad consistía en evitar, de forma irreductible, cualquier manifestación de su condición salvaje, pues, dado el estado de evolución en el que creían encontrarse, se consideraba un auténtico sacrilegio.

El supuesto líder, al que llamaban Z, era una simbiosis entre humano y antropoide. Aunque tenía el cuerpo tapado, se le adivinaba corpulento y su rostro era una suerte de collage que recordaba al Picasso de *Las señoritas de Avignon*.

—¡Me es indiferente!, probaremos primero con Darío. Y si sale bien, con el único que importa, Samuel. Todo es poco para derrocar uno de los últimos vestigios de la raza humana. Estando Ecocity en mi poder, tendré opción de usar su tecnología para geolocalizar a todo ser viviente que camine por la faz de la Tierra; y después podremos propagarnos con libertad. Por fin podremos salir de esta pajarera.

La conversación, que devino en discurso propagandístico, se alargó de forma molesta, haciendo que los secuaces de Z carraspeasen inconscientemente, al tiempo que movían los pies para disipar la energía que se iba acumulando en sus cuerpos. Aunque nadie lo comentase en público, era usual que estos nuevos «hombres», al llegar a sus respectivas casas, se arrancaran la ropa y saltaran y gritaran apoyando las palmas de las manos en el suelo para aliviar el martirio de tener que caminar erguidos, algo que se habían impuesto como seres supuestamente superiores.

Por lo que entendí, Z era un hombre resentido que se había acabado convirtiendo en un villano. En los tres últimos años, había raptado a cinco hombres y había fracasado en el experimento, que según interpreté consistía en que podría mutarse en cualquier forma, una conversión dolorosa que le conferiría todos los rasgos de la víctima en cuestión. Por eso tenía tanto interés en apresar a Samuel. Resulta, cosa que no supe hasta ese momento, que era el líder de Ecocity. Si consiguiera su apariencia, sería una catástrofe.

Sin más tiempo que perder, decidí descubrir cómo salir de ese lugar y encontrarme con Samuel para largarnos lo antes posible. Evitar la escalera de incendios era mi máxima prioridad.

Al darme la media vuelta, noté una fisura en la sábana, justo a la altura de la cabeza del cadáver. Me esforcé en enfocar algo que brillaba entre los pliegues, que se movieron de forma casi imperceptible. Fue entonces cuando el brazo del último experimento fallido de Z resbaló para delatar mi presencia. Después, sentí como si muriese de nuevo.

Me encontraron en la posición del atleta que se dispone a comenzar una carrera: arrodillado, el cuello tenso y las gotas de sudor meciéndose en mi apéndice nasal.

—¡Rápido, tras él!

Pronto se echaron a correr, enfurecidos. No había tiempo para pensar. Tampoco pude encontrar un lugar para huir con cierta comodidad. Por lo tanto, sin vacilar, me lancé de nuevo por la escalera de incendios. Tenía un plan, o más bien la esperanza de que

ocurriera lo que había trazado en mi mente en apenas un segundo. Mi vida iba a depender de que aquello funcionase.

Las puertas quedaron abiertas y el olor a humedad entró por mis bronquios. La adrenalina me proporcionaba una zancada fácil, sentía como mis pulmones aumentaban de tamaño para absorber el exceso de oxígeno; frío en la piel, espasmos calóricos que contrastaban con la sensación glacial anterior. Mientras, oí detrás de mí dieciséis pasos asíncronos. Siempre detrás de mí. Para no cometer el error de caerme en plena persecución por mirar hacia atrás, subí con la convicción de que llevaba ventaja. Nada más lejos de la realidad. Después de tres pisos, me giré un segundo y comprobé que estaban tan cerca que casi podía sentir el jadeo de su respiración en mi nuca. Eso me desanimó; la adrenalina sucumbió ante la decepción de la evidencia y relajé el ritmo. Pero aún quedaba mi plan «maestro», todas mis esperanzas estaban puestas en él. Fue en ese momento cuando la encontré delante de mí: la enorme araña abarcaba toda la puerta y sus patas se extendían por las paredes. Al verme se tensionó para protagonizar el salto que, sin duda, me proporcionaría el billete para viajar a la próxima vida. Los primates, cegados con una única idea, la de alcanzarme, y la araña, más obcecada que ellos, se habían puesto de acuerdo, sin saberlo, en un mismo propósito. Por suerte para mí, ninguno detectó la presencia del otro.

Fue en ese momento cuando la araña abandonó la puerta, quedando suspendida en el aire. A mi espalda, el cirujano blandía un analgésico inyectable. Todos flotamos en la pestilente atmósfera de aquella fotografía temporal. Lo tuve claro, me lancé al suelo y rodé hasta traspasar la puerta. Al incorporarme, malherido, vi como el enorme arácnido había colisionado con el doctor, llevándose consigo escaleras abajo, y junto con él a todos los demás. Los gritos de los primates, que luchaban por sobrevivir, me pusieron el vello de punta. Segundos más tarde, las puertas dejaron atrás los quejidos y el inquietante silencio de la planta número nueve volvió.

La puerta de nuestra habitación se encontraba abierta. Entré asustado, temiéndome lo peor, pero pronto comprobé que Samuel estaba de pie frente al espejo, abotonándose la camisa con delicadeza. Las monas se habían ido poco antes, todavía podía olerlas, y al apoyarme en la cama noté el calor de su presencia.

—Darío, ¿qué es lo que te ocurre? Tienes un aspecto lamentable.

—¿Acaso te has visto? Sobre lo de ayer preferiría que no lo comentáramos.

—¡Da igual!, ahora eso es lo de menos, coge tus cosas y larguémonos de aquí inmediatamente.

—¡Pero qué cojones te ocurre, relájate! Son mis vacaciones y quiero bajar a desayunar.

—Tendrás que confiar en mí, tu vida depende de ello. O vienes ahora mismo al tren conmigo o jamás sabrás lo que ocurre aquí. Tienes cinco segundos para decidirlo.

Samuel me miró muy serio, haciendo retroceder el último botón para insertarlo en el ojal. Algo de mi cara, probablemente mi figura descompuesta o mi palidez, le hizo recapacitar. Entonces cambió de actitud. Mi miedo se convirtió en el suyo; lo contagié con solo mirarlo.

—¡Corre, corre, corre, vamos! —dijo horrorizado.

—¿Pero no querías desayunar?

—¡Y una mierda! —dijo totalmente fuera de sí.

Por suerte el ascensor funcionaba, todo parecía tranquilo, como si no hubiesen dado aún la voz de alarma. Entramos y pulsamos el botón que nos conducía al vestíbulo. Samuel estaba intranquilo y durante el descenso, que se nos hizo eterno, no pronunció ni una palabra. Solo queríamos bajar cuanto antes, salir de ese habitáculo minúsculo que nos asfixiaba.

En la recepción no había nadie —de fondo se escuchaba una canción de Nat King Cole— y avanzamos por el vestíbulo de ocre marfil recién encerado, camino de la

puerta. Nada, nadie..., solo periódicos antiguos rodando a merced del viento. Caminamos a paso rápido y llegamos a la plaza, esa en la que vimos el ajetreo de una gran ciudad pero que ahora parecía abandonada. Las mesas de los bonobos también permanecían solitarias. Avanzamos, ahora más rápido, mostrando una media sonrisa. Cuando nuestros dedos acariciaron los metálicos pomos de la puerta de la estación, un griterío hizo que los cuervos salieran en bandada hacia el horizonte. Cientos, miles, toda la comunidad de antropoides venían en nuestra dirección. Uno de ellos sacudía al aire una pata de la araña en señal de victoria. Miré el reloj de la estación, era la hora exacta. La megafonía robotizada se activó en ese momento.

—Pasajeros con destino Ecocity, suban al tren.

La máquina estaba situada de tal forma que solo era posible acceder a través del último vagón. Los restantes estaban situados en la parte soterrada de las vías y no se podían franquear. Eso evitaría que los animales subiesen por otros sitios. Yo fui el primero en entrar y, cuando lo hizo Samuel, pulsé el botón de cerrado automático.

—Diez segundos para la salida.

Piedras, puntas de metal, todo tipo de objetos arrojados, impactaban contra el doble cristal de la puerta. Cientos de encías permanecían pegadas al vidrio impregnándolo de saliva, de vaho y de grasientas huellas dactilares.

—Tres segundos para la salida. Acompañantes, sepárense del tren.

Los propulsores de hidrógeno hicieron que la máquina saliera impulsada hacia adelante. Pronto alcanzó la velocidad punta. Mientras, los monos salieron despedidos en todas direcciones; momento que aprovecharon los cuervos para darse un festín.

—Oye, Darío, ¿están bien?

Veía todo borroso, tuve la impresión de que los labios de Samuel se movían a cámara lenta. Su idioma me pareció indescifrable y me desmayé.

Cuando volví a recuperar el conocimiento, solo podía ver mis talones arrastrándose por la moqueta central del vagón. Me llevaban a algún sitio. Estaba tan cansado que no podía articular palabra. Cuando Samuel abrió la puerta del baño, se encontró con un homínido que se había colado por la ventana. El mono no contaba con ayuda y era ridículamente pequeño respecto al resto, sin contar con que Samuel era un tipo grande. El forcejeo duró unos pocos segundos. En la vitrina del pasillo destinada al material de emergencia relucía un hacha. Se podría decir que ese era el momento... No tardó en seccionarle el cráneo por la mitad. Noté cómo un líquido caliente empapaba mi ropa. Después, volví a desmayarme.

Diario de Carla. Cervatar

En las noches que siguieron a aquel macabro asesinato, los aldeanos durmieron intranquilos; sudando enroscados en sus sábanas. Se había instaurado el toque de queda, que comenzaba con la puesta de sol. Luego, por las noches, un grupo de voluntarios hacía guardia. Las pelusas de los chopos seguían invadiéndolo todo, y el calor era cada vez más intenso debido a los dos soles.

El equipo de vigilancia se iba turnando. Habíamos decidido capturar a Aren vivo y para ello contábamos con armas especiales que arrojaban redes a propulsión. Con el crepúsculo se escuchaba un eco de risas en el horizonte. La demente voz de Aren entre las montañas hacía temblar los dedos entre los fríos gatillos.

Un día, Thomas, el hijo del carnicero, horrorizado al escuchar un gemido, accionó el percutor atrapando de forma involuntaria a Randy, que estaba al acecho entre un muro y un arbusto. Mientras tanto, durante el día, los habitantes del pueblo iban acudiendo, uno a uno, a la casa de los García. Entre mantas, Mario, enfebrecido, repetía una y otra vez el nombre de Marlen..., acariciaba el delirium trémens. El estrés y la sensación de tener los huesos embebidos por la humedad le hacían balancearse de un lado a otro de la cama. Su madre le pasaba un paño húmedo por la frente y las sienes; y no tardó en traer a un perro para que durmiera con él, ya que tenía la convicción de que de esa manera pronto entraría en calor. Esa noche estuve muy preocupada, pensaba en ti y en lo mucho que te echaba de menos. En momentos como este, es cuando más se nota que no estás. Decidí quedarme hasta la madrugada cuidándolo, vigilando la fiebre. A la mañana siguiente, todo transcurrió con normalidad. Las calles olían a pan recién hecho y Randy, ojeroso, manoseaba las verduras del mercado mientras Sergio le gritaba desde su puesto. Siempre había odiado que le toquetearan el género. Pocos recordaban su nombre, a fuerza de llamarle frutero.

Todos se sabían la historia del chico. Cuando los padres de Sergio se encontraban en una expedición para buscar supervivientes en Rumanía, su madre rompió aguas. Por eso también le solían llamar «rumano», cosa que le irritaba muchísimo, lo que hacía que aprovecharan cualquier oportunidad para recordárselo; y, como siempre, entraba al trapo... Era bastante divertido. Lo más curioso es que sus rasgos atípicos le daban un aspecto de extranjero en su propia tierra, con su desmesurada altura, blanca piel y enormes manos; unas manos que parecían las de un mago porque cuando agarraba las desmesuradas calabazas de Cervatar, parecían convertirse en melocotones rugosos, ridículos y pequeños.

Mario se despertó por los lametazos insistentes de la mascota de los vecinos. Me apresuré a darle un zumo de naranja con unas gotas de poción, para que pudiera verme. Todo parecía volver a la normalidad..., todo excepto tú. Al menos hasta que llegó, rauda, la noche.

No doy crédito a la última invención de Eloísa. Por su cuenta, se había atrevido a usar sus conocimientos de hipnosis para someter a dos luciérnagas Macabal. Las tenía durante la noche delante de la puerta y seguían obedientemente sus instrucciones como perros. Si alguien se aventuraba cerca de las escalinatas que daban acceso a la residencia del árbol, se ponían de pie activando su haz de luz deslumbrante, y si con eso no bastaba, tenían orden de atacar, aunque, como no les daba de comer por las noches, se encontraban en un estado de bulimia agresiva constante.

Cada uno se protegía a su manera. Yo, por mi cuenta, diseñé, con ayuda de Brian, un dron rudimentario con reconocimiento facial para que vigilara el pueblo. Tengo que reconocer que en estos días he trabado una buena amistad con él. Aunque no habla mucho, me siento tranquila en su compañía; detrás de esas gafas con las que pretende esconderse, hay un chico bondadoso. Sin duda, por su aspecto y gran envergadura, se podría decir que es un descendiente directo de los antiguos normandos. Por lo demás, y a mi manera de ver, pasaba demasiadas horas blanqueándose con los ledes de la

pantalla del ordenador, provocando que su palidez natural e innata se intensificase, si eso llegara a ser posible, varios grados, lo que le confería un aparente estado de fragilidad. Y aunque últimamente le había dado por salir a correr, prefería tomarse una buena cerveza en la plaza del Parlamento, o en lo que quedaba de ella.

En la escuela..., qué contar de la escuela... Desde que «recuperé» la voz, decidí formar parte como profesora de la única escuela de Cervatar. He descubierto en el arte de enseñar a otros un placer que desconocía. Aunque a partir del año 2455 se proclamara el español como lengua internacional, sigue habiendo personas que mantienen el interés por aprender otros idiomas, ya en desuso. Se las podría llamar lenguas muertas. Clotilde, antigua bibliotecaria del pueblo, me enseñó la carta escrita por la extinta ONU. Estaba plastificada y en perfecto estado. A fines del siglo XXI, la lengua castellana ya estaba por delante del inglés y el chino en número de hablantes. La ONU, asociada con otros estamentos de alto poder, apoyó la idea de que la población usara un único idioma, una barrera menos para el entendimiento. Pero cometieron un grueso error de cálculo cuando sugirieron eliminar las religiones del planeta, que, según su teoría, amenazaban la paz mundial. Mientras que con el idioma se había sucedido todo de manera lenta y con base en la libre elección, la fe vino impuesta, algo con lo que millones de habitantes no iban a transigir.

Pero ese es otro tema. A mí lo que me ha apasionado desde siempre es Francia, con su idioma, su cultura. Por eso decidí compartir mis conocimientos en el centro. La parte de la historia que más me interesa es la del siglo XXI hacia atrás, debido a que sobre el 2035, por la inmigración y otros factores, Francia ya no era Francia, sino otra cosa. Se convirtió en un conglomerado de argelinos, italianos, griegos y franceses que cambiaron el país de forma radical. De hecho, encontrar apellidos como Dupont, Durand o Le Noble era casi imposible con ese fin de siglo. Aunque la etapa dorada, y la que más me gusta, fue antes de que la insustancial y frívola burguesía irrumpiese en el mapa. Francia no volvió a brillar tanto como cuando estuvo Napoleón.

Diario de Samuel. Llegando a Ecocity

Estamos acercándonos a Ecocity, a la tranquilidad de lo conocido. Amo esta ciudad, pero en el fondo me parece abominable. Es como una prisión sin reclusos, sin delincuencia. Previsible, aséptica y precisa como la maquinaria de un reloj. Una fortaleza que mantiene siempre las puertas abiertas, pero de la que nadie desea salir. A veces me pregunto si he hecho las cosas demasiado bien o, por el contrario, demasiado mal. Me siento responsable de todas esas personas, al fin y al cabo son mis creaciones. Darío duerme, se merece descansar. Le ofreceré la perspectiva de este mundo y le invitaré a quedarse, si eso es lo que quiere.

Diario de Darío. Descubriendo Ecocity

Una vez más los reflejos de la alborada propiciaron mi desvelo. Me sentía descansado, pero no quería despertar —¡todavía no!— para saborear mis últimas ensoñaciones. Sueños que empezaban a diluirse en los ácidos del estómago del olvido. Sueños tan reales que parecían la vida misma, sueños donde sangras, donde lloras, pero que de repente desaparecen en el momento exacto en que tu mente comprende que no es así; entonces, en ese instante, explotan como una pompa de jabón que segundos antes había estado suspendida en el aire, flotando gracias al capricho de un niño con mucha imaginación.

Abrí los ojos, alguien apuntalaba el día: zumo de naranja, zumo de pomelo. Contrastes de colores atravesados por barras de cereal, que no eran otra cosa que rascacielos. Concierto gratuito en mis entrañas. Dejaré mis visiones para después del desayuno.

Samuel estaba de espaldas, pensativo, aún nervioso, con el cuello tenso y la respiración irregular.

—Buenos días.

Samuel se giró sonriéndome.

—Buenos días, cervatiano. Llegamos en unos pocos minutos, ¿cómo te encuentras?

—Hambriento, sediento de ducha.

—No te preocupes, mi querido amigo. Allá donde vamos tendrás todo lo que necesites. Vas a llamar mucho la atención. No solo por la ropa andrajosa que llevas.

—¿Acaso te has visto tú? Pareces un mendigo del siglo XX. En mi casa tengo un libro de fotografías en el que aparece un tipo del que podría decirse que es tu clon.

—No me refería solo a eso. Los habitantes de esta ciudad se comportan según las leyes establecidas, leyes de las que nunca has oído hablar.

—¿Por ejemplo?

—Para que me entiendas, tú, al igual que yo, naciste de forma natural. Pero hace cinco generaciones... Pásame las galletas y así voy comiendo algo.

—Eres incorregible. Cállate y escucha. Un poco de cultura no te vendrá mal.

—¿Insinúas acaso que mi formación y conocimientos son insuficientes? ¿O que mi intelecto es el de un pastor de cabras que no aspira a otra cosa que mirar hacia el cielo?

—Para nada, la verdad es que hasta la pasada noche no tenía el menor interés en ti, ni siquiera te pregunté qué hacías en este tren. Pero después de esta “forzada” convivencia, se han estrechado, cómo decirlo, unos lazos que han hecho que te tenga en consideración y, por lo tanto, ahora siento algo de curiosidad.

—Si no te he contado nada es porque no mostraste el mínimo interés en saber nada de mí. Cuando te encontré, estabas malhumorado, terco. Me pareciste un imbécil.

—Bueno, pero...

—Pero todo cambió cuando tu hocico olió aquel trozo de bizcocho de espelta.

Cuando conseguía hacer reír a Samuel, este me contagiaba la risa con suma facilidad. Los rizos de su pelo rebotaban contra su frente como las patas de un pulpo al sentir el calor de una cazuela con el agua en plena ebullición. El rostro, demasiado brillante, se contraía enseñando todos los dientes, en una especie de mueca de dolor.

—Sí, entendido. Lo reconozco, ya basta. Pasemos página, borrón y cuenta nueva. Avancemos, ¿vale?

—Continúa.

—Bien. Hace cinco generaciones, un muchacho llamado David tuvo una visión. Marcado en la adolescencia por la incertidumbre, por la vida trashumante a la que le sometieron las circunstancias del holocausto mundial, se prometió diseñar un mundo perfecto, un mundo feliz. Sus padres, Enrique Amador y María Villarejo, eran relevantes personalidades de la investigación médica y David, a muy pronta edad, se interesó por la ingeniería médica especializada. También contaron con un grupo de amigos, cada

uno experto en una materia.

Caminaron de ciudad en ciudad buscando un terreno propicio para comenzar de nuevo. En cada lugar que paraban se abastecían de todo tipo de maquinaria moderna, para lo que contaban con grandes camiones donde iban almacenando todo. Hasta que vieron una hermosa colina bordeada de ríos limpios, una zona antaño desértica pero que en ese momento, debido a los caprichos meteorológicos, se había convertido en un oasis único.

Pronto se pusieron a trabajar, con la fuerza y la ilusión del principiante. Primero construyeron un laboratorio de una planta, después y, como medida de seguridad, ya que a veces trabajaban con sustancias altamente peligrosas, siguieron construyendo hacia el subsuelo. Otro grupo se encargó de diseñar la ciudad, una gran urbe que se iría desplegando en círculos concéntricos cada vez mayores. El primer edificio sería donde se alojarían los constructores de este nuevo mundo. Un cilindro colosal, que se elevaba hasta los mil ochocientos metros. Al principio tuvieron el inconveniente de la mano de obra. Pero gracias a las máquinas modernas y a la clonación modificada de obreros, las construcciones avanzaron a una velocidad increíble. Los científicos lograron diseñar seres obedientes, que en el momento de abrir los ojos, en las incubadoras herméticas, contaban ya dieciocho años. Vivían solo para trabajar y morían de envejecimiento prematuro. No sería hasta años después cuando se pudo depurar la técnica.

La ciudad fue creciendo, expandiendo sus círculos. Entre círculo y círculo se extendieron vías de tren que comunicaban toda la ciudad; la idea era que nadie necesitase un transporte propio, todo sería ecológico y funcionaría con energías naturales. Uno de los arquitectos decidió construir un estadio de fútbol por pura nostalgia de tiempos pasados; a pesar de que a los demás miembros del grupo no les pareciera buena idea, ya que, según su criterio, ese tipo de deporte fomentaba la agresividad. Aun así le dejaron hacer, pero con ciertas restricciones, que se verán más adelante.

Y ese, mi querido amigo, fue el principio. Yo soy el último descendiente de ese grupo de creadores que compartieron una fantasía. Todos intentaron concebir hijos de forma natural, pero les fue imposible. Se volvieron tan radicales en su idea que no quisieron acudir a la tecnología para llevarlo a cabo. Resulta paradójico, ¿verdad? Soy la última persona que nació de forma natural. Este es mi legado. Todos los demás fueron concebidos en máquinas según la normativa.

—Vaya, estoy impresionado. Me muero de ganas de ver eso que llamas “tu mundo”.

Después de la última historia que me contó Samuel, no tardé en hacerle saber los motivos de mi viaje. Le llamó especial atención y me afirmó que pronto conocería a alguien que podría arrojar luz a ese tema. Pero no me dijo más al respecto, solo que tenía que ver con una persona que, curiosamente, mencionaron los bonobos que jugaban al ajedrez en Can Velmonte: Jesús Reddin. Era la segunda vez que oía hablar de él y ya tenía ganas de conocerlo.

El tren se paró antes de penetrar en la metrópoli. Había un gran control de seguridad.

—Darío, ahora no te muevas y haz todo lo que te diga. Tenemos agentes de seguridad robotizados que protegen todas las entradas. Si haces alguna tontería, te aniquilarán al momento.

Las puertas se abrieron y cinco drones escanearon todos los departamentos en busca de vida. Cuando llegaron al último vagón, uno de ellos se plantó delante, proyectando una luz sobre mi retina.

—Retina escaneada, miembro desconocido. Identifíquese o diga la palabra clave.

—Hola, pues yo...

—¡La burocracia en una máquina gigantesca manejada por pigmeos! —gritó Samuel.

—¡Contraseña correcta! Fase uno completada. Fase dos en marcha: ¿Quién escribió

esa frase?

—Honoré de Balzac, por supuesto —acertó a decir Samuel a tiempo.

—Contraseña y escaneado de retina correctos. Bienvenido, Samuel Amador.

Varios robots con uniforme militar metálico nos custodiaron hasta el final del trayecto. El tren continuó hasta el corazón de la ciudad y desde las calles miles de personas se giraron para observarnos en perfecto silencio. Nada de gritos, nada de correr. Todo transcurría en una perfecta armonía. Hasta los viandantes caminaban sincronizando los pasos.

La estación estaba atestada de gente que esperaba a Samuel. Había muchos que se desmayaban a su paso. Para ellos era más que un líder, era puro amor lo que sentían por él. Horas después comprendería por qué muchos de esos rostros se contraían de forma extraña. Resulta que cada ciudadano llevaba encima un chaleco transparente y ajustado, casi invisible. En ese contenedor tan inusual, se almacenaban diversas sustancias que servían para administrar al huésped lo necesario para mantener una paz artificial. Del chaleco, que llamaban *laicus*, brotaban como raíces translúcidas que se conectaban al sistema nervioso y tenían conexión directa con el cerebro y con una red central. Una especie de mente colmena. Disponían de toda la información en cualquier momento. Por eso, a veces, y esto era algo que me daba bastante repelús, se desconectaban del mundo real para consultar lo que fuera: una noticia, el significado de la palabra «decápodo», por poner un ejemplo, o incluso visionar un documental. Y, así, había muchos ciudadanos que permanecían con la quietud de las cosas muertas. Por ello la estación estaba repleta de rostros convulsos, mentes agitadas, corazones latiendo más rápido que de costumbre, razón por la que los *laicus* se sobrecalentaban, al trabajar más de la cuenta. Los cuerpos, sobre todo los más sensibles, los más emotivos, se colapsaban.

—Ya está bien. Calma. Sé que he estado retirado más tiempo de lo normal, pero no me ha ocurrido nada. Haré un comunicado más tarde. Ahora hay que descansar, y, como veis, no vengo solo.

Cuando Samuel pronunció las palabras «no vengo solo», y ya con la tranquilidad suministrada de forma artificiosa, se centraron en mí, ignorado hasta el momento. Todos se me acercaron y empezaron a palparme tímidamente con cara de sorpresa. El tono de sus comentarios era tan bajo que ni siquiera podía oírlos. No era frecuente la presencia de un invitado, y aún menos de alguien tan ajeno a ellos.

Esto también lo averiguaría más tarde, porque otra de las condiciones para vivir allí era tener una apariencia lo más cercana posible a la de la mayoría, con el fin de evitar cualquier agravio comparativo. Ni morenos, ni pelirrojas, ni ojos azules, ni negros: una población castaña, de ojos avellana con toques verdemar; de estatura idéntica, tanto en hombres como mujeres. Un intento más para que el hombre no se revele contra el sistema. Con este tipo de detalles y con la ayuda de *laicus*, vivían en una sociedad aparentemente perfecta. Pero mi sola presencia allí cambiaría la concepción de las cosas hasta límites insospechados. Podría llamarlo efecto mariposa.

Aunque todos disponían de dientes perfectos, cabello denso y proporciones áureas, empezaron a amarme a mí también. Porque ellos, aburridos en su fuero interior de su perfección impuesta, añoraban lo que yo tenía. Sí, con mis imperfecciones, mis dientes ligeramente asimétricos, mi cabello oscuro, puro negro azabache y brillante, los dos centímetros de diferencia de altura entre un hombro y otro, consecuencia de una caída de infancia desde el árbol de Cervatar... Todo eso, incluso mi forma de hablar o de mirar, esa libertad aparente de cada uno de mis movimientos, era lo que admiraban. Me amaron porque era un ser imperfecto y espontáneo.

Atravesamos un gran vestíbulo, iluminado en exceso, y nos metimos en el ascensor. El elevador era muy amplio, de unos diez metros cuadrados, como un pequeño salón en movimiento con bebidas refrigeradas. Para ascender había que sentarse en un sofá en

forma de C. Al hacerlo, unos cinturones que brotaban de unos pequeños compartimentos te sujetaban al asiento para garantizar la seguridad durante el veloz recorrido por las 350 plantas de que constaba el edificio. Para no derramar ningún líquido, habían diseñado recipientes herméticos con pajita que te permitían hidratarte, si así lo querías, durante el breve trayecto.

Samuel vivía en la planta más alta, desde donde podía disfrutar de unas vistas espectaculares sobre la ciudad. En mi opinión, una forma más de aislarse del mundo que había heredado. La altura del ser «omnipotente».

—¡Samuel!

—Dime.

—Estás bastante ausente. ¿Te preocupa algo?

—No, tranquilo. Me pasa siempre los primeros días. Me cuesta adaptarme. Aquí tengo bastantes responsabilidades y se espera mucho de mí.

—Pero si acabas de venir de vacaciones.

Se lo dije con ironía, pero la mirada de Samuel se ensombreció recordando lo recién acontecido, aunque no tardó en sonreír, al percatarse de que lo decía en broma.

—Tengo que organizar un grupo de ataque para preservar Ecocity. Me preocupa lo que ocurrió en Can Velmonte. Ese loco nos puede traer problemas.

—De todas formas me siento bastante seguro en esta fortaleza. No creo que ese homínido se deje ver por aquí.

«Ha llegado a la última planta», dijo el ascensor imitando la voz del antivirus Avast.

Rodeando el piso de Samuel, había una galería acristalada, un pasillo que mi anfitrión usaba para correr, pasear o andar en bicicleta, al tiempo que contemplaba la ciudad y meditaba. Cada diez metros había una puerta para acceder a una parte de la vivienda. Era impresionante, su familia había pensado en todo.

La gran puerta que había frente al ascensor era de madera antigua, posiblemente restaurada junto con sus pomos de bronce. Dentro, un séquito de mujeres desnudas permanecía de pie, con el cuello flexionado hacia el suelo. Inmóviles. La sala estaba en penumbra.

—Activando secuencia de inicio —dijo Samuel al aire, en una suerte de palabras mágicas.

Las ventanas, que permanecían oscuras debido a un agente químico, comenzaron a clarear arrojando luz al rostro de las chicas.

—¿Qué es todo esto?

—Tranquilo, son solo robots diseñados para mi confort.

—¿Diez mujeres robotizadas para su uso y disfrute?

—Mira, tú no lo entiendes. Hace años estuve con una humana, pero éramos muy dados a discutir. El problema es que ella vivía enganchada al sistema central. Muchos de sus pensamientos estaban conectados con su familia más cercana. Por ello la población empezó a ser partícipe de nuestros problemas conyugales. La privacidad al traste, ¿entiendes? Y eso era algo que no podía ocurrir. ¿Te imaginas que supieran de mi modo de vida, que descubrieran que no hago lo que, al fin y al cabo, aconsejo u ordeno? Tengo que dar ejemplo para que todo esto no se desmorone. Por eso con mis chicas de metal, con inteligencia artificial instalada, consigo cierta forma de felicidad. Con ellas puedo hablar de todo, no hay temas tabú, ni tampoco prácticas tabú. Todo vale. Y te puedo asegurar que son muy cariñosas. Sobre todo la morena.

—Bueno, Samuel, qué quieres que te diga. Podrías vestirlas por lo menos, yo al menos sigo siendo humano y me afecta. Y tú deberías consultar con un especialista. Porque en Velmonte te liaste con las monas. ¡Joder, aún no puedo creerlo! ¡Con unas putas monas! Y ahora esto. Un día te llevaré a Cervatar para que saborees lo que es el libre albedrío.

—No sé por qué te escandalizas tanto, los robots sexuales se perfeccionaron y

vendieron en hogares hacia el 2050. La tasa de natalidad decreció en un 56% y la de criminalidad bajó también de una forma apabullante. Hasta los que lo tachaban de aberración disponían de estos juguetes en casa. La de discusiones que llegó a ahorrarse el ser humano. Para tener relaciones sexuales plenas, satisfactorias y duraderas con personas normales, deben darse una serie de desencadenantes que te llevan a agotar las energías disponibles. La energía que hay que invertir para crear un clima apropiado es incalculable. En la época anterior al holocausto, la falta de tiempo y otros factores lo hacían directamente imposible.

—Si no me escandalizo, pero sentir algo auténtico de vez en cuando no te hará daño. Samuel se reía mucho conmigo, y no tardó en activar a sus chicas, deliberadamente cariñosas, de uñas cromadas en tonos burdeos. Para su propio entretenimiento, ordenó a sus muñecas que me atendieran como si fuera él mismo. Al principio, supongo que por las cosquillas, me hizo algo de gracia. Pero eso solo fue al principio; luego, las chicas se fueron volviendo más agresivas. No olvidemos que eran diez, diez máquinas con una fuerza sobrehumana que me levantaron en el aire como si fuera un bolígrafo. Al empezar a arrancarme la ropa comencé a ponerme nervioso.

—¡Samuel, haz que paren!

El muy cabrón se reía, se retorció por el enorme sofá, apretando con las manos las pieles sintéticas.

—¡Samuel!

—Desconexión.

Las chicas se desactivaron y caí al suelo, dándome un buen golpe en la espalda.

—Tengo una sorpresa para ti. Ven.

Medio cojeando, aturdido, le seguí a una nueva sala, llena de monitores gigantes, y me mandó sentarme.

—Dime las coordenadas de tu ciudad.

Cuando las insertó empezamos a monitorear el planeta. Alcancé a ver los montes que rodeaban Cervatar.

—Mi ciudad. ¿Cómo lo has hecho?

—Disponemos de varios satélites para ver la evolución de las poblaciones activas en el mundo. Hay que estar preparado. Cuando no es suficiente con esto, mando una expedición de drones o incluso, si estoy de humor, voy yo mismo.

—¿Pero es en tiempo real?

—Efectivamente.

Sin dudarle un momento, amplí el mapa y busqué la casa de Carla. No había nadie. Seguí con el cursor los caminos hasta dar con el árbol de Eloísa. Allí estaba, dándole vueltas a un buen cocido. La imagen era tan nítida que podía ver las gotas de sudor de sus sienes, los tenues poros de su piel. De repente, alguien se acercó por el camino. Reconocí la silueta. Era Carla. Mi cuerpo se estremeció, deseaba tanto estar allí. Enfoqué su mirada. Tristeza. Solo veía tristeza. Aun así pude percibir una sonrisa. Estar tan cerca y no poder acariciarla, ni sentirla... ¡Dios!

Comenzaron a hablar, se abrazaron. No podía oírlas, pero sí leer sus labios. Algo iba mal, algo pasaba en el pueblo. Unas luciérnagas Macabal permanecían junto a ellas, pero estaban tranquilas. No lograba entenderlo. Por ellas supe que Aren había asesinado a su madre y que toda la gente del pueblo corría peligro. Propuse a Samuel que enviase un dron de vigilancia con una carta escrita por mí. No puso ninguna pega. Horas más tarde, el dron partía a gran velocidad.

Después de eso estuve todo el día conmocionado. No quería salir de la sala de monitores, no quería separarme de ella. Mientras tanto, Samuel ofrecía una charla sobre las últimas noticias para calmar a la población, ávida de nuevos sucesos. Les habló del mal que acechaba fuera de los contornos de la ciudad, de lo afortunados que eran por encontrarse en Ecocity. Les infundía temor, hablándoles de las horribles

plagas que habían aniquilado a la humanidad. Entonces ellos, orgullosos de formar parte de aquello, seguían con sus actividades con la convicción del perro, que obedece a su amo porque le llena el plato de comida y le protege del miedo a lo desconocido. Carla desapareció, se encerró en casa y Samuel me propuso ir a comer al mejor restaurante de la ciudad.

—Darío, vamos a ir a comer. Pero deberás ponerte otra ropa, ya has llamado bastante la atención.

Yo no me opuse, mi ropa estaba hecha trizas y apestaba. Me llevó a una sala vestidor tan grande como la planta baja de la iglesia de mi ciudad. El color que predominaba en el ambiente era el blanco nuclear, que resaltaba fuertemente de las perchas negras y la ropa de colores. No había visto tantas prendas en mi vida.

Hacía calor. También disponían de un sistema para regular la temperatura; veinticinco grados eternos que te invitaban a pasear con algún que otro botón desabrochado. El conjunto escogido para la ocasión: camisa blanca, muy entallada, y una americana del mismo color sin botones; un pantalón vaquero de suave azul con zapatos acabados en punta. Me miré en el espejo y me sentí satisfecho de lo que el reflejo me devolvía. ¿A quién no le gusta estrenar ropa? No conozco a nadie. Antes de vestirme, di un repaso a mi pecho: el mapa permanecía apagado, lo que indicaba que por alguna razón tenía que permanecer allí, a la espera de alguna señal. El causante de mi precipitada partida parecía darme algo de tregua, como si quisiera que saborease cada cosa que me ocurriera. Nada de pupilas grises, ni enmohecidos brazos. Eso era genial.

Samuel decidió ir andando hasta el local, quería evitar cualquier vehículo motorizado. A través de las vías circulares se podían ver los receptáculos con forma de huevo desplazándose a gran velocidad. Cada aparición era como el aborto de una gallina ponedora que desalojaba los cigotos de forma frenética. Se podía ver, de forma fugaz, a los casuales pasajeros sentados sobre los mullidos sillones de cuerina blanca. El único esfuerzo que tenían que hacer era nombrar en voz alta el sitio adonde querían desplazarse, y el huevo hacía el resto. Todo sin el más mínimo ruido de engranajes; el sistema funcionaba con fuerzas electromagnéticas.

—¿No ves, mi querido amigo?

Miré a mí alrededor confundido.

—¿El qué?

—La gente nos mira.

—Bueno, pero eso desde que llegamos.

—Les gustaría saber quién eres y por qué estás aquí. Mira, ahí está el restaurante.

Hice una ligera torsión de cuello y vi una enorme M de color amarillo y la escultura estrafalaria de un tipo con peluca y enormes zapatos rojos.

—No, eso no. Lo que estás viendo en un museo sobre las aberraciones a las que llegó el ser humano con la alimentación. Va desde la industria de las hamburguesas, los derivados lácteos, hasta los transgénicos de Monsanto, el extinto premio Nobel. Si tienes interés, te lo mostraré otro día. Mira un poco más a la derecha.

La vida privada era un concepto diferente en Ecocity. El restaurante, como casi todo, era accesible a la vista. Con grandes columnas y vigas, pero acristalado. Desde fuera se podía ver perfectamente a los comensales, y a la inversa. Durante mi estancia allí, jamás pude ver ni una sola huella mancillando las frías e impúdicas estructuras de la macrociudad. Ni un papel, ni una lata, ni una puta pelusa ni mota de polvo. Era un poco exasperante. Si es que te daba por escupir al suelo y al segundo venía un puto robot a limpiarlo. Bueno, voy a bajar un poco el tono. Soy incapaz de vivir de forma tan perfecta. El ser humano no está preparado para ello. Tiene que existir, en cierta parte, el mal. El equilibrio de las cosas te mantiene cuerdo.

Atravesamos el restaurante —me moría de hambre—, pero por más que miraba los platos de todas esas personas sonrientes, no podía llegar a entender. Los platos eran,

en esa sociedad, simbólicos. Eran un icono nostálgico del pasado. ¿Que por qué? Porque no había comida en ellos. Ni humeantes sopas, ni crujientes panes de cereales, ni suculentos estofados. Nada. La gente le daba vueltas a unas pastillas de colores que de vez en cuando se metían en la boca. En ese momento empecé a ponerme de mal humor. Tenía la esperanza de que fuera una broma y que pronto Samuel me llevaría a otra sala donde hubiera un par de corderos lechales con varios kilos de patatas sumergidos en el vaporoso infierno del horno.

Pero Samuel no prestaba atención a mi cara, estaba muy ocupado en saludar al «cocinero». Pero cocinero de qué, si más parecía un químico en su laboratorio.

Cuando nos disponíamos a tomar mesa, no pude más y mandé llamar a Samuel para poder hablar en privado.

—¿Estás de broma o qué? Tengo hambre, ¿qué demonios es todo esto? ¿Acaso tengo cara de querer comer gominolas? ¿Acaso me ves como un niño que sale del colegio o algo así?

Lo que más me jode es que se rían de mí cuando estoy enfadado. Eso no facilita las cosas. Me llevó a un rincón y me dijo:

—Cálmate, prueba lo que te apetezca y hablamos en la comida.

La carta... ¡qué desvergüenza! Me recordaba a la del gran Randy, con la diferencia de que en esta ocasión había que usar la imaginación. De hecho, todo era un concepto. Aun así pedí codornices escabechadas, ensalada de la casa y unos huevos fritos con patatas. Me sacaron cuatro pastillas. Las miré. Luego, a Samuel. Volví a mirar las pastillas, y de nuevo a Samuel, y sin quitarle ojo me metí media pastilla de codorniz en la boca... Sin palabras... Me jode reconocerlo, pero no hay palabras para describir aquella explosión eléctrica en la boca; el sabor se expandió por todas las papilas gustativas y un vapor, que vendría a ser el aroma del alimento, salió de mi boca para volver a entrar por mi nariz. Una retroalimentación cíclica que te llevaba al culmen en apenas unos segundos. Nota mental: Llevar unas pastillas de estas a Randy. Como mínimo, flipará un rato.

—Bueno, ¿qué decías?

—Soberbio, sorprendente, pero ¿por qué?

—¿Por qué... qué?

—¿Por qué este minimalismo? ¿Por qué esta austeridad? De cierta manera, esto debería formar parte de ese museo de aberraciones que tienes ahí fuera.

—Pues por una única y sencilla razón. A pesar de que la apariencia sea tan artificial, todo lo que estas cápsulas contienen es puro extracto natural. Suministrado así es más ecológico y conciencias a los ciudadanos sobre varias cuestiones. Por ejemplo, se suprimen los costosos envoltorios, los desmesurados volúmenes, las difíciles digestiones. Tienen la capacidad de saciar cualquier estómago, evitando así el sobrepeso. ¿Has visto algún obeso por aquí?

—No, son todos jodidamente perfectos.

—Por eso. Además, todo el mundo tiene derecho a su ración de comida, a pesar de que ya no es necesario que nadie trabaje.

—Para, para un momento. ¿Es que nadie trabaja aquí?

—Efectivamente, sería ridículo. Actualmente, los robots lo hacen todo.

—Pero, entonces, ¿a qué se dedican?

—No te equivoques. Aquí cada persona tiene una función. Por cada tarea que desempeñan se les asigna un salario. Van acumulando puntos, al estilo de la tecnología Bitcoin. Después, esos puntos se canjean por alimentos, o cualquier cosa que necesiten. No tenemos ni billetes, ni tarjetas de crédito como antiguamente. Basta llevar un dispositivo, que aquí implantamos a todos en cuanto nacen, donde se almacenan todos los datos del individuo. Esa información incluye también un número de cuenta, en la que se registra la suma de todos sus puntos. Nada más nacer se

bonifica a la familia y al ser nacido con diez mil puntos.

—Veo que pensasteis en todo. En Cervatar hacemos trueque convencional. No llevamos, ni mucho menos, un control tan exhaustivo.

—Bueno, tengo muchas cosas que hacer. Acompáñame al dentista, que luego te presentaré a alguien muy especial.

Salimos de nuevo a la calle. Apenas habíamos estado quince minutos «comiendo» y tenía la extraña sensación de no haber masticado nada; sin embargo, me sentía con el estómago lleno. Los rociadores de esencias, situados en cada semáforo, diseminaban al aire fragancias de mar. Cada semana había una temática diferente, un amplio abanico de aromas que abarcaba desde los capsulados de césped recién cortado o tierra mojada después de una intensa lluvia, hasta la explosión de flores aromáticas en primavera. Eso sí, sin la molesta propagación de polen y pelusas. Algo más para añadir a la lista de cosas que hacían felices a las personas de aquella ciudad tan peculiar.

Cruzamos la calle y nos metimos en un gran edificio de oficinas donde se encontraban los gremios de salud e higiene. Su dentista, un robot de cuarenta años con un bigote impecable y unos modales exquisitos. Samuel se tumbó en la camilla y el dentista derramó un líquido denso y blanco dentro de su boca. Simple avance científico. Los nanobots, seres diminutos mitad orgánicos mitad máquinas, fueron haciendo la limpieza de boca dejando unos acabados propios de un chapista experimentado. Pero no solo se limitaban a pulir y a blanquear, también rellenaban huecos y corregían imperfecciones. No miento si digo que yo también probé. Había perdido la cuenta de cuántos días llevaba sin lavarme los dientes —contratiempo del viajero el descuido involuntario de la higiene— y sentir la boca limpia es otro de los placeres de la vida.

Can Velmonte. Imperio de Z

*

El dron que había mandado Samuel desde Ecocity fue interceptado cuando cruzaba por la zona de los selváticos maizales transgénicos. Los métodos utilizados por Z siempre eran del todo rudimentarios. Había ejecutado la orden para que los grandes cuervos domesticados interrumpieran la trayectoria de cualquier aparato que sobrevolara la zona. Las aves perecían sin remedio tras impactar brutalmente contra los objetos.

Desde que Samuel y Darío emprendieron la huida, empezaron a maquinarse un plan perverso para dinamitar el corazón de Ecocity. Después de varias reuniones fallidas con los bonobos más inteligentes del lugar, Z se hartó y quiso hacer las cosas a su manera. A bastantes experimentos fallidos se había sometido ya, sufriendo las consecuencias en sus propias carnes. Así, con ayuda de cien primates lograron separar de las vías varios vagones y llenarlos de potentes explosivos, material antiguo procedente de quienes en algún tiempo moraron allí, difuntos, sin duda, a esas alturas. Mientras tanto, en el viejo bar del pueblo, Z tomaba un whisky doble con hielo. En la televisión por cable pasaban una película, *Medianeras*. Aunque el humo de los cigarrillos apenas le dejaba ver el rostro de los personajes, ni siquiera le importó. Habría visto ese film cientos de veces y podía asegurar que se sabía los diálogos de memoria.

Los monos jugaban al póquer en cuanto tenían ocasión. Eran viciosos y siempre estaban mostrando las encías. El único que permanecía serio era Z... y el camarero que aguardaba detrás de la barra. Había sido seleccionado para ese cargo por su afonía crónica, que apenas le permitía hablar, y eso era una cualidad que Z valoraba sobre todas las cosas: el silencio.

Cada vez que veía viejas películas se ponía melancólico. En el fondo echaba de menos parte de su antigua vida. Ya no encajaba en ningún sitio. Jamás podría volver a su antigua ciudad, era demasiado tarde. Pero estar en Can Velmonte había dejado de tener sentido. Estaba harto de vivir con animales, harto de sus modales, de sus torpezas. Por ello estaba convencido de que, en cuanto le ayudasen en su propósito, seguiría otro camino por su cuenta.

**

Cervatar un mes después. El último batido. 24 de mayo

*

En el pueblo llevaban tiempo sin saber nada de Aren. Así, las guardias que se hacían cada noche fueron espaciándose, hasta desaparecer. Los aldeanos volvían a estar relajados y no se despertaban al oír los sonidos que se producían en la madrugada. Incluso el carnicero, que había estado de expedición en el monte Cantabria, aseguró que había encontrado restos de lo que parecía un hombre y pensó que tal vez Aren había sido engullido por algún animal. Pronto todos ellos adoptaron esta versión con el fin de volver a su antiguo modo de vida.

Por entonces, Malcon, el hijo del carnicero, había dado un cambio importante en un corto periodo de tiempo. Gracias a que tomó la decisión de volverse vegetariano tenía un aspecto más saludable. Las protuberancias porcinas de detrás de las orejas habían desaparecido casi en su totalidad. Además, haber pasado una semana en cama debido a una leve enfermedad le había proporcionado unos cuantos centímetros extra. En las últimas semanas, había quedado mucho con Mario, cosa que les vino muy bien a los dos porque entre uno, que no tenía amigos, y el otro, que estaba medio ciego y echaba de menos a Darío, se había juntado el hambre con las ganas de comer.

De nuevo la noche bañó todas las laderas de Cervatar y los habitantes fueron metiéndose en sus casas. Cuando todos dormían, Sergio, el frutero, se fue colina abajo a recoger los frutos del árbol combado, una rara especie que solo permite que le arranquen frutos después de medianoche. Se decía que absorbían la energía de la Luna y que por ello a los comensales les otorgaba una energía fuera de lo común, sobre todo de índole sexual. Sergio alcanzó a coger veinte combas y después fue directo a casa de Randy. Solía llevarle género cada dos días, pues este se levantaba muy pronto para experimentar en su cocina-laboratorio. A Sergio le hacía gracia meterse en la casa del chef de noche porque se sentía como un ladrón, y esa pequeña aventura le entretenía un poco el sueño, que, con la quietud y el calor del hogar de Randy, le iba venciendo poco a poco. En ocasiones asomaba la cabeza por la puerta del salón para ver a su mujer, Dulce, despanzurrada sobre el sofá con la boca abierta, lanzando horribles quejidos al respirar y con la televisión a todo volumen. Pero ese día el silencio en la sala era absoluto. Tanto que Sergio sintió curiosidad y no tardó en asomarse. Agarró el marco de la puerta con sus enormes manos y fue asomando la cabeza muy despacio. Cuando estaba a la mitad del recorrido, se detuvo de golpe al ver a Aren totalmente desnudo, manchado de barro y con varias plantas enredadas por sus brazos. Los dientes del chico desgarraban la garganta de Dulce, que permanecía con los brazos inertes sobre el regazo. Ni siquiera cuando llegó el momento de acariciar la muerte quiso soltar el batido de frutas que apretujaba en su mano, sin duda el último que podría llegar a degustar.

El frutero salió de su escondite, pero el desequilibrado de Aren no hizo además de moverse, abortó como estaba en degustar la dulce sangre de su víctima. E incluso cuando Sergio se abalanzó sobre él, no pareció inmutarse, y la respuesta de tan extraño comportamiento la encontró a través de sus ojos, tapizados de un verde maligno. Ya no quedaba nada del humano que fue. No entendía el porqué, pero sabía que ya no era él y, en vez de matarlo, lo envolvió en unas sábanas y llamó a Randy a gritos.

A la mañana siguiente, arrodillaron a Aren en medio de la plaza del mercado. Todos estaban presentes y, por seguridad, le habían colocado una camisa de fuerza. Randy lloraba sobre este o aquel hombro hasta que se recuperaba un poco, momento en que intentaba agarrar al joven para matarlo con sus propias manos. Tuvieron que impedirselo más de una decena de veces. Varios médicos habían analizado la sangre del detenido y habían llegado a la conclusión de que el muchacho estaba infectado por

el virus que había asolado la población del planeta. Pero este había mutado haciendo que aún estuviese vivo. Con las primeras cepas, los individuos infectados morían en un par de días y no había un despertar, como el caso que ahora acontecía.

Al ser el primer incidente de esas características, decidieron aislarlo en una celda especial para proseguir con los análisis y tratar de hallar, en caso de nueva catástrofe, una cura. Tal decisión hizo que Randy se volviese tan violento que tuvieron que llevarlo a casa a rastras, no antes de haberle suministrado una buena cantidad de medicamentos: morfina, diamorfina, ciclocina, codeína, temazepán, nitrazepán, fenobarbital, amital sódico, dextropropoxifeno, metadona, nalbufina, petidina, pentazocina, buprenorfina, dextromoramida, clometiazol, y aunque nada sirvió para quitarle el dolor de la pérdida, abrazó la oscuridad más profunda con la convicción de que no volvería a cocinar nunca. Todos sabían que la mayor parte de su inspiración provenía de las particulares exigencias de su difunta mujer. Ella era persistente en la idea de ser sorprendida cada día con alguna nueva receta, bajo el chantaje emocional de que si no ocurría de ese modo, sería porque no se había esforzado lo suficiente. Esta y no otra era la razón de que él la cebara cada día, y por cada quilo de peso que ganaba, él la amaba más y más.

Para garantizar la supervivencia de todos había que localizar el origen de la cepa. Carla se prestó voluntaria para usar un nuevo dispositivo en el que había estado trabajando. Estaba convencida de que si quedaba algo de Aren allí dentro, algo de humano, lo encontraría con su máquina y de esa forma hallaría las respuestas. Le bastaría con un escaneo de su mente para previsualizar sus últimos recuerdos y así encontrar el lugar exacto en que pudo infectarse. Para ello se encerró en la celda con él, desobedeciendo los consejos de su padre.

**

Israel Esteban. Abril, año 2014. Tiempo presente..., ya pasado si lo estás leyendo en este preciso instante

Hace calor y escribo sin camiseta. Probablemente te importe un pito, pero tengo que hacer acopio de tal insustancial realidad para que visualices la postal caribeña. Me he despertado de forma precipitada en mitad del crepúsculo; debe ser por la mezcla explosiva de mis últimas lecturas, las cuales me entretienen muchas horas después de que el último bar de mi calle haya echado el cierre. Leer los desvaríos de Cortázar en *Rayuela* y, a renglón seguido, los diarios que me pasó Darío hace que mis sueños se entremezclen, provocando en más de una ocasión que me pellizque cuando estoy insomne. Es curioso comprobar que la vida, de la que quiero despertar, es siempre la auténtica. ¿Será acaso la vida real la ilegítima? Jamás me pellizco cuando estoy en mis sueños —nota mental: tengo que viajar más—. Y no he podido resistirme a escribir un breve relato para dejar constancia de mi momentánea enajenación. Os lo dejo aquí, que yo voy a seguir leyendo el diario de Darío; porque es el futuro el que está por descubrir y es a partir de ahora cuando, gracias a estos manuscritos, voy a ser capaz de contemplarlo.

El vergel del gato

Ayer, después de haberme comido dos platos de cocido con sus sacramentos, me despanzurré por el sofá para que mi organismo comenzara la ardua y mecánica tarea de la digestión. Hasta ahí bien. Es ahora cuando entra mi gato: raza europea, según manuscrió en la ficha la encarnizada veterinaria que convirtió al animal en un eunuco con aspecto de peluche para toda la vida. Estoy hablando de castración animal, señores. Lo de «raza europea» es un eufemismo que me ofendió en su momento. Para qué nos vamos a engañar, es un maldito gato callejero que cayó en mis manos y que por alguna extraña razón he aprendido a amar a pesar de sus desvaríos. Porque para él existen ríos metafísicos que yo no soy capaz de ver. Los ve como lo hacía Horacio Oliveira: por las calles de París, por los laberintos de su alma abatida; un mundo donde siempre está lloviendo, un mundo donde eres incapaz de sacar las manos de la canadiense porque hace frío —tan solo cuando hay que encenderse un cigarrillo—; donde siempre te encuentras con los calcetines empapados y deseas, sin querer admitirlo, que la Maga te esté esperando al otro lado de la puerta para prepararte un mate o un café dentro de una novela que se llame *Rayuela*. Una rayuela incomprendida en un mundo de escasa lírica; una rayuela tan solo entendida, de forma absoluta, por la mente de un tal Cortázar, que convirtió el papel en páginas que se aturden por corrientes filosóficas extrañas empapadas de vodka y de sí mismo.

Cuando empecé a entornar los ojos, el gato me seguía mirando. Estaba en la postura de elevado a infinito sobre mi estómago cuando de repente se desconectó mi sistema operativo y entró en estado de hibernación. Fue entonces cuando me introduje en sus sueños y pude ver algo de esos ríos metafísicos de los que os hablé antes.

Todo era maravilloso, mi gato era un campeón. En los jardines de un gran palacio cazaba ratones y pájaros al vuelo al primer intento. Qué sentimiento de satisfacción. Los saltos eran infinitos, ascendía hasta el más allá. Bajó desde el cielo y, maullando, me indicó que lo siguiera. Llegamos a una gran sala donde no se podían ver las paredes, de tan amplia que era. Su baño..., cómo explicaros ese baño de piedras para gatos color esmeralda y lleno de cristales Swarovski. Era un deleite evacuar indiscriminadamente sin los problemas de acumulación que se producen habitualmente en los recintos pequeños. Allí se entretenía durante horas, escondiendo sus pequeñas deposiciones. Y después, una vez con el intestino vacío, me llevó a un enorme salón donde reposaban cientos de alimentos en una mesa de madera con las patas recubiertas de cuerda, para poder sacar brillo a sus uñas. Hundía sus bigotes en los enormes calderos de leche fresca, recién salida de la vaca, y también disponía de tres recipientes diferentes para beber agua: uno de cristal, otro de porcelana y otro de oro blanco. ¡Oh!, qué buena está el agua de Solán de Cabras, agua de manantial sin residuos de cloro. Para comer, patés de todo tipo, *foie gras*, *micuit* de pato, sardinas, pollo campero. En fin, todo tipo de *delicatessen*. Luego, le gustaba acudir a la fuente del patio andaluz, recubierto de cenefas azules, donde se aseaba delante de un gran espejo. Todo sería incompleto sin la consumación y en el salón de los cincuenta cojines, sobre enormes mantas de lana blanca, aguardaban más de treinta gatas sumisas que esperaban al montador insaciable, al repartidor de leña, el Gato.

Cuando sonó el despertador me chupé los brazos y las axilas. Me acicalé las patas y fui al baño de piedras que compré en centro comercial, con la esperanza de entrar en él y sentirme por una vez como un gato.

Libro de Darío: Ecocity. Jesús Reddin aparece

—Jesús, ¿estás ahí? ¡Jesús!

Siempre recordaré ese día. Estábamos en una sala totalmente vacía sin ventanas y el maldito color blanco lo invadía todo. Pero, de repente, apareció de la nada Jesús, vestido con una manta de lana de oveja sobre los hombros. Un olor a especias, arena y agua de mar llenó el espacio.

—¿A qué vienen tantos gritos? Estaba en Cafarnaúm. Me he tenido que subir a un cerro para que los discípulos no sospecharan. Fue suficiente con que me vieran caminar por el agua y desaparecer súbitamente. Sus mentes se colapsarían.

—¿Has vuelto a viajar al pasado? Te dije que dejaras todo como está. Cada vez que usas la máquina ocurre un desastre —increpó Samuel.

Tuve que hacer la pregunta evidente.

—¿Me estás diciendo que tú, un científico del 3100, es en realidad el Jesús de Nazaret de la Biblia?

—Y tú, ¿quién diablos eres?

—Tranquilo, es un amigo que está de paso. Es muy probable que le puedas ayudar en cierto asunto.

Jesús Reddin se quitó unos dispositivos de las plantas de los pies, que eran como esferas de energía que servían de repelente para el agua.

—Ya veremos. Y en cuanto a tu pregunta, la respuesta es sí. Lo que pasa es que, como nadie ha entendido nada, me he visto obligado a viajar en el tiempo en multitud de ocasiones para reescribir la historia.

—Mira, Samuel me tiene acostumbrado a contarme su vida y, por qué no, escucharé también la tuya, pero te aviso que luego voy yo.

—¡Ja, ja, ja!, me gusta este muchacho, de dónde lo habrás sacado, Samuel. Pues, sencillamente, nos dimos cuenta de que hacía falta que las personas creyesen en algo. Ese fue el origen de la reflexión. Porque el ser humano es incapaz de ser feliz con lo que tiene y, conscientes de ello, les fabricamos otros horizontes para que pudieran consolarse con una verdad absoluta. Te contaré también, antes de que empieces a avasallarme con miles de preguntas, que no he sido el único en viajar al pasado para inculcar ese sentimiento en las personas.

Todo comenzó hace veinte años, cuando vivía en una comuna científica de la antigua Unión Soviética. Después de fabricar las máquinas, algo harto sencillo gracias a los avances actuales, nos propusimos viajar al pasado para gestar diversas creencias religiosas. Mi amigo Yamir, por ejemplo, se puso el alias de Buda Gautama y enseñó una filosofía muy diferente de la que yo me propuse impartir. Entre todos pactamos que la base sería la misma, algo así como los diez mandamientos o normas de comportamiento básicas. La idea era que los habitantes del mundo coexistieran en una era eterna de bienestar. Nuestro error fue difundir conceptos dispares a diferentes grupos de poblaciones. Poco importó que la base fuera buena o casi idéntica. De ahí surgieron los clanes, todos proclamaban que su Dios era el verdadero, y a continuación los conflictos.

—Pero ¿por qué no volvisteis al pasado para cambiarlo de nuevo? Por ejemplo, promulgar un solo concepto sin variaciones —me atreví a conjeturar.

—Esa era mi intención inicial. Pero resulta que los que integrábamos el grupo éramos también humanos, y cada uno tenía una idea muy diferente de cómo quería ver el mundo. Por ello, con el paso del tiempo, la situación entre nosotros empezó a empeorar, hasta que uno de los integrantes acabó asesinando a otro. Comenzaron a destruir las máquinas; yo tuve suerte y pude esconder la mía, aplicándole un aerosol de invisibilidad. Pero ahí no acaba todo: uno de nosotros estaba totalmente convencido de que plantar esa semilla en la mente de las personas era algo antinatural, una aberración. Fue este precisamente el asesino que acabó adoptando el nombre de

Lucifer y desapareció con su máquina. Su propósito era hacer exactamente lo mismo que nosotros pero con el efecto contrario: inculcar el mal para equilibrar la balanza. Usaba la tecnología para que la gente tuviera la creencia de que había un mal acechando en el mundo. A muchos de sus seguidores los quemaron en la época porque sus artes eran oscuras, pero, al contrario de lo que se pensaba, no era brujería. Una vez más la tecnología, pero también los dragones holográficos, el maquillaje, los efectos especiales, las escobas que vuelan, era producto de Lucifer, un gran científico que quiso contradecir al Dios que nosotros inventamos.

La noticia empezó a correr entre la gente, los rumores de que podías conseguirlo todo si vendías tu alma al diablo. Y, en realidad, así era. Daba igual la época en que se diera la petición, porque Lucifer sabía todas las respuestas, todas las combinaciones de lotería, absolutamente todo teniendo en cuenta que conservaba su máquina del tiempo, igual que yo. Aunque para hacer más creíble la pantomima, consideró necesario matar a algunos de ellos para forjar con fuerza la leyenda de un ser maligno. Y bueno, yo también hice algún que otro «milagro». Les devolví la vista a dos ciegos en Jericó, multipliqué los panes alimentando a más de cinco mil personas, sin contar mujeres ni niños, lo que me costó mucho trabajo, pues me tuvieron que ayudar al menos cien robots panaderos en el futuro para, a continuación, volver con todo al pasado. Fue un buen acto que se recordará por siempre; comieron como si fuera el último día. Pobre gente. Aun así se llenaron doce canastos con las sobras; eso también lo recoge mi libro. Incluso resucité a un muerto, el bueno de Lázaro, y curé a un leproso. Todo gracias a la ciencia. Todo ello alimentado, cómo no, por la literatura, mi otra gran pasión. Si recordáis el pasaje de Jonás dentro de la ballena... ¡qué bello capítulo! Eso es, amigo mío, buena literatura.

—Ahora mismo estoy un poco confuso. Descubrir que muchas de mis lecturas han sido inventadas por un igual... Guardaba la esperanza de que, en el fondo, tal vez algo de aquello fuera cierto.

—Pero fue real, sucedió de verdad. Te contaré un secreto. Yamir y yo recibimos una visita inesperada. Sería dos años después de haber iniciado los experimentos. Acabábamos de llegar de un viaje. De repente, en la sala blanca, una parecida a esta, apareció algo envuelto en una enorme túnica, dejando entrever su silueta. Estaba apoyado en un rincón y su parte superior rozaba el techo, imagínate su tamaño. De pronto, aquello nos habló con una potente voz. Tengo prohibido comentar nada sobre lo que se habló en aquella habitación, pero te voy a decir una cosa. Mantente siempre con la mente abierta, porque no estamos solos. Como pista te diré que en el universo existen creadores con recursos infinitos. Podría decirse que yo soy un creador de nivel cien; los hay de nivel uno, y esos sin duda son los verdaderos dioses. Actualmente solo queda uno. Puede que alguna vez en el tiempo fueran un equipo de jóvenes científicos, que acabaran teniendo problemas como los tuvimos nosotros. Puede que cada uno crease un mundo diferente, dentro de una galaxia distinta. Pero esto es lo único que puedo contarte respecto a aquel encuentro. No hemos vuelto a saber nada de ese ser..., o, mejor, no he vuelto a saber nada de él, porque Yamir está muerto.

—Eres un predicador de los buenos por lo que veo. ¿Y qué sabes de Lucifer actualmente?

—Pues sigue vivo, convencido de que el ser humano es un animal egoísta, y por eso ayuda a los que tienen potencial para hacer el mal. Muchos personajes adinerados eran seguidores de su causa, por interés, claro. Monsanto fue uno de los más conocidos.

»Sin ir más lejos, me tuvo cuarenta días caminando por el desierto sin agua ni comida. A ese capítulo lo llamé la tentación. Si no fuera porque acabé encontrando la máquina, no estaría aquí para contarlo.

—Es increíble. ¿Y los demás personajes de la Biblia?

—Casi siempre soy yo caracterizado, pero en ocasiones cuento con ayuda. Por ejemplo, ahora me tengo que disfrazar de Moisés y probar el rayo que absorbe la materia para separar las aguas del mar Rojo y así liberar de Egipto al pueblo hebreo. Bueno, más que de Egipto, del faraón, que es un demente. De todas formas, tengo un nuevo plan.

—¿A qué te refieres?

—Me he dado cuenta de que mis hazañas van perdiendo fuerza con el paso de los años. El mundo ha evolucionado mucho desde mi aparición y las personas necesitan un estímulo nuevo, algo con lo que se puedan identificar. Necesitan un Jesucristo actualizado, versión 2.0. Por ello viajaré hasta 1978 y me reencarnaré en un niño que se llamará Pablo Iglesias. Mi cuerpo tendrá otra apariencia, pero mi mente seguirá intacta. Me acercaré al pueblo por la vía política. Seré cercano, social y me prepararé bien el papel.

—¿Por qué eliges esa época?

—Según mis estudios, la gente está tan desilusionada que mi incursión será casi divina. Me vestiré con ropa humilde y le devolveré al pueblo el poder que les permitirá librarse de la casta parasitaria.

—¿Casta?

—Sí, es mi palabra preferida. Hay sinónimos varios, como ralea, pero es que quiero que esa palabra quede grabada a fuego en las mentes de los ciudadanos. Me voy a repetir hasta la saciedad, es la única manera. Para que lo entiendas, solo me refiero a casta cuando me dirijo a los mayordomos de los ricos.

—Bueno, espero que esta vez no te crucifiquen.

—Te aseguro que muchos querrán hacerlo —dijo riéndose.

Me quedé junto a Samuel, digiriendo toda la información, mientras Jesús iba a darse un buen baño y a cambiarse de ropa. Tenía el aspecto de un mendigo con el pelo decolorado por la fuerza del sol, un surfista hebreo que vuelve a retomar contacto con la realidad.

Samuel se marchó de nuevo alegando motivos de trabajo, pero por la cara que puso deduje que no era así; llevaba escudriñando el escote de la camarera robótica desde que entramos. Por eso salí del edificio y esperé pacientemente en el gran parque central de la ciudad. Palomas biónicas picoteaban migas de pan inexistentes; simplemente lo hacían porque estaban programadas para ello.

Todas las mujeres, hombres, niños que pasaban me miraban, todos se acercaban de forma disimulada. A mi lado tenía a un tipo que fingía leer el periódico; a su derecha había otro exactamente igual, pero con bigote, que hacía como que miraba las palomas, aunque con el raballo del ojo me daba cuenta de que no era así. Les saludé a todos, quise hacer notar que era una persona normal, hasta cierto punto civilizada; me mostré muy cercano. Di la mano a los hombres y besé a las mujeres en ambas mejillas, acaricié la cabeza de los niños que se acercaban... Fue ahí cuando les conté de dónde venía y les hablé, por consejo de Samuel, de lo mal que estaba todo ahí fuera. De todas formas, después de lo que había vivido en Can Velmonte, no era del todo mentira.

Llegó el momento en que apenas podía ver los edificios de enfrente, tapados por un mar de cabezas castañas y curiosas. Por suerte apareció Jesús Reddin, recién afeitado y perfumado, para sacarme de allí.

—Ven, vayámonos. Te voy a llevar al rincón de pensar. No es ningún sitio de castigo, ni mucho menos, pero es donde podremos hablar tranquilamente sobre lo que te ha traído hasta aquí.

A aquel lugar solo tenían acceso los trabajadores de las plantas subterráneas, los pensadores, el intelecto de la ciudad. Y la planta cero, la más alta, era el lugar de esparcimiento más mágico y acogedor que había visto en mi vida. Se respiraba un aire

que invitaba a relajarse, a charlar. Había cojines y sofás gigantes en cualquier sitio que mirase. Mientras le contaba el motivo de mi viaje, enfoqué el rostro de Carla en una chica que salía de la piscina que ocupa el centro de la sala.

Una cascada ascendía desde el suelo, desafiando las leyes de la gravedad, pero en el techo no se veía cavidad alguna, simplemente chocaba contra la bóveda. Era como si el agua fluyese constantemente a través de un agujero negro. Palmeras tropicales, naturaleza envasada al vacío, en un mestizaje perfecto con el diseño futurista de la sala.

Cuando terminé de contarle todo, Reddin me miró sorprendido, como vislumbrando ya la solución.

—Quítate la camisa, que voy a examinar el mapa de tu pecho. Interesante... Necesito que me des unas muestras de sangre, tengo que comprobar una cosa.

Me acercó un dispositivo electrónico que dejaba ver una minúscula aguja, y en una fracción de segundo se llevó la sangre para que fuera examinada. Esperé tumbado en un sillón, contemplando las proyecciones del techo, imágenes de peces que se movían en un enorme acuario, seres inexistentes, sin memoria, diseñados por algún programador..., como casi todo.

Debió pasar aproximadamente una hora, y Jesús se acercó a mí entusiasmado. Sin duda, tenía, al menos, parte de las respuestas.

—He descubierto algo insólito. Resulta que tu sangre no es del todo humana, puede que tu madre no te dijese toda la verdad sobre tu padre.

—¿Cómo que no es del todo humana?

—No me refiero a que seas mitad animal, ni nada por el estilo. El cincuenta por ciento de tu ADN es de origen alienígena, pero en este mundo, bajo estas condiciones medioambientales, te muestras como un humano corriente. Tengo varias teorías respecto a cómo pudo suceder tal cosa.

Recuerdo que hace tiempo llegaron del espacio una flota de naves que oscurecieron el cielo. No te rías, no he pretendido ser poético, a simple vista tenían la apariencia de una gran nube negra, compacta y sin fisuras. Se reunieron durante largo tiempo con los que presidían el mundo por entonces. Después, se marcharon y no volvieron jamás, o eso se creía. El Gobierno guardó en secreto el encuentro, pero existían rumores de que se había construido una plataforma para viajar al lugar de procedencia de esos seres, aunque solo podrían usarlo los verdaderos habitantes de aquel lugar. Eso solo puede significar que hay visitantes de otros mundos entre nosotros, o que tienen intención de volver en un futuro. Tal vez tú puedas conseguir las respuestas.

—¿Yo?

—Sí, tú posees el ADN adecuado para descubrir si las leyendas son ciertas, pero deberás viajar hasta Francia para averiguarlo.

—¿Francia?

—Concretamente, según lo que he podido leer en mi base de datos, lo que debes encontrar está en Marsella, cerca del puerto marítimo. No tengo las coordenadas exactas, pero es muy probable que el mapa de tu pecho se active cuando estés cerca.

—Vale, imaginemos que voy hasta allí. ¿Qué se supone que tengo que encontrar después? ¿Un billete gratis para viajar a otro mundo?

—No sería de extrañar, puede que sea así y descubras lo que andas buscando. Lo que daría por viajar contigo y conocer a otros creadores. Porque estoy seguro de que detrás de todo eso hay un creador nivel uno.

—De todas formas no tengo otra elección: lo que me hizo salir de Cervatar es, sin duda, lo que me llevará a descubrir lo que quiera que sea. No me veo en disposición de convertirme en piedra por adoptar una postura irracional o infantil.

—Mira, no sé lo que te vas a encontrar, pero me gustaría enseñarte el funcionamiento de la máquina del tiempo. Por un momento me imagino un mundo oscuro, que con mi

muerte sería imposible volver a recuperar. Puede que un día te venga bien usar los conocimientos que te voy a transmitir. Quién sabe.

Jesús tenía las piernas cruzadas y sujetaba una copa de vino con su mano derecha; se guardaba un sorbo en el paladar para atisbar los diferentes matices de madera y flores que le invadían mientras pensaba en la infinidad de posibilidades que le esperaban a Darío allí fuera.

Alba reaparece

*

Ella estaba soñando, encogida, sobre un fardo de paja caliente. Encerrada como estaba en una jaula de circo nauseabunda, tanteaba la figura inexistente de un marido al que un día repudió. Justo en ese momento, las manos vellosas del guardián traspasaron los barrotes para rellenar el cuenco de agua. Se despertó.

Llevaba recluida tantos años que había perdido la noción del tiempo. Por otra parte, le habían inyectado tantos compuestos químicos que le costaba una fuerza sobrehumana pensar. La mayor parte del tiempo lo pasaba hablando sola, aunque de su boca solo saliesen sonidos ininteligibles.

A veces era consciente de cómo había llegado hasta allí. Aún quedaban en su memoria reminiscencias de su vida pasada, como la imagen del reloj del salón donde se imaginaba a su marido sentado en el sillón de siempre, humedeciendo su pipa. Recordaba que había llegado a resultarle insoportable la convivencia con aquel hombre sencillo que le había hecho tan infeliz. Porque ella siempre había tenido grandes expectativas respecto a la vida, aunque vivir junto a su marido y criar una hija no entraba, desde luego, dentro de estas.

Incluso esa enfermedad sin nombre que arrastraba por entonces le había empujado a marcharse abandonando todo, a pesar de los intentos fallidos de Eloísa por ayudarla. Y aunque ya no padecía la enfermedad que tanto le había mortificado, ahora todo era aún peor. Al menos, los momentos de lucidez que le sobrevenían se producían cada vez con menos frecuencia. Así, sin recordar, era todo menos doloroso. Hace tiempo que había renunciado a mirarse en los espejos, cosa que hacía mucha gracia a sus secuestradores. Decían que cada vez la veían más bella, porque para ellos la belleza estaba más próxima cuanto más se pareciera a ellos; y Alba, por los continuos experimentos, poseía afilados colmillos, ojos encastrados en profundas cuencas y el cuerpo recubierto de un espeso pelaje. Todos quedaron desconcertados al escuchar el alarido que salió de la deforme boca de su víctima cuando se vio, de eso hace cinco años, en el reflejo de un espejo.

El experimento en cuestión trataba de erradicar todo comportamiento humano en Alba, haciéndola olvidar todo lo aprendido, llevándola sin retorno a su lado más animal e irracional. Pero aquel día era distinto porque su mente fue por un instante la de antaño. Tenía claridad en sus ideas y los dolores habían desaparecido. Fue entonces cuando supo lo que tenía que hacer.

En más de una ocasión había oído decir a los guardianes que cuando llegase el momento la soltarían. Para que ese acontecimiento se produjera tenían que cumplirse ciertos requisitos. La comunidad científica de Can Velmonte debía ratificar que Alba ya no era humana. Solo así la sacarían de la celda para que conviviera con los demás, aunque en calidad de mascota.

Lo primero que hizo Alba fue desnudarse. Sin duda, eso haría entender a los guardianes que se había producido un cambio drástico en la mujer. Sencillamente porque sabían que Alba siempre había querido conservar su indumentaria y en más de una ocasión había impedido que se la arrebatasen. La quería conservar a toda costa, aunque apestase y estuviese medio enmohecida. Porque sostenía que esos pequeños detalles, como los de llevar ropa, le recordarían su estado de verdadero ser humano. Era un punto de inflexión, un ancla lanzada al abismo del subconsciente, clavada de forma desesperada en la arena de la sensatez. Si no fuera por esa pequeña esperanza, si el ancla se desplazase lo más mínimo, atravesaría la arena para introducirse en el farragoso mar de la locura.

Viendo el extraño comportamiento de Alba, los guardianes fueron a llamar a los supervisores para que la examinaran.

—Bueno, al final parece que su mente no ha resistido más. Enhorabuena, Doctor. Así era como le llamaban, el precursor de los más aberrantes experimentos. Pero no era suficiente la simple evidencia, necesitaba alguna prueba más.

—Alba, Alba, ¿qué vamos a hacer contigo? No querrás engañarnos, ¿verdad? Si están en lo cierto, te has convertido en una mona sumisa e iletrada. Eres un animal repulsivo. Tendrías que verte ahora..., no eres más que un despojo. No sé si puedes entendernos, pero tenemos intención de hacer una visita sorpresa a Cervatar; y no solo mataremos a todos los que encontremos, tenemos planes especiales para tu hermosa hija. Tu Carla correrá una suerte peor que la tuya, te lo garantizo.

Mientras escuchaba estas palabras, Alba permanecía de espaldas con el gesto contenido. Su odio era tal que tenía la convicción de que si pudiera explotar, aniquilaría a todo ser viviente del planeta. Pero en esta ocasión sería diferente, nada de gritos, nada de golpes. Lo único que hizo fue girarse lentamente, mostrando un rostro exento de emoción, y lanzar unos breves gruñidos de primate jugueteón. Para no dejar lugar a dudas, dio un par de volteretas por el suelo para mordisquear a continuación unas briznas de paja.

Al día siguiente, Alba fue liberada en la plaza de Can Velmonte, y mientras hacía volteretas por el adoquinado oyó una conversación de los viejos bonobos ajedrecistas que le reportó cierta esperanza: Darío había pasado por allí.

**

Ecocity. Rumbo a otra parte y fútbol cibernético

Llegó el día del gran acontecimiento, el partido de fútbol que se celebraba una vez cada tres meses. Aunque en realidad poco tenía que ver con el deporte de masas del siglo XXI, una herramienta de distracción vil, como la propia programación de televisión de aquella época.

Tuve el honor de ocupar los mejores asientos junto a Jesús y Samuel, que sonrían entusiasmados en su palco privado, como si durante generaciones hubiese ido quedando impreso en el ADN la necesidad de acudir a esa clase de eventos, porque eran muy pocos los que preferían perderselo. No obstante, para respetar a todos, el estadio contaba con una gran cúpula de energía que aislaba todo el ruido que se pudiera producir allí dentro.

Trataré de describir las reglas del juego. Había varios clanes, que contaban con miles de seguidores y se identificaban con su propio emblema. Cada clan disponía de un equipo de ingenieros que desarrollaban los jugadores desde cero; soldados, jugadores, qué más da. Era un campo de batalla donde los clanes demostraban su ingenio confrontando sus creaciones más insólitas con las de los otros equipos. También había un objeto que representaba el balón de antaño, pero que en realidad era una esfera motorizada que disponía de vida propia, lo que dificultaba aún más el combate.

Cuando comenzó el partido, unos cinturones retráctiles sujetaron a todos y cada uno de los asistentes para evitar alardes y posibles salidas de tono. Se evitaba así cualquier signo de agresividad o intento de contacto físico. Los *laicus* también cumplían su función administrando lo necesario para preservar el civismo más absoluto. El cinturón era solo el plan B. Hasta ese momento habría jurado que los ciudadanos de Ecocity no eran humanos, pero allí gritaban con todas sus fuerzas, se desahogaban. En el campo los jugadores usaban armas de todo tipo, argucias previamente ensayadas en los laboratorios. Después desplegaron cientos de drones dotados de cámaras para grabar el encuentro desde los mejores ángulos y sentir, luego desde casa, la emoción vivida en aquellos instantes.

Se acercaba el momento de mi partida. Tal y como habíamos hablado, abandonaría el recinto antes de que acabase el partido. Ya me había despedido unas horas antes, dejaría atrás a unos buenos amigos con los que sin duda siempre podría contar.

Me levanté despacio, nadie estaba tan aburrido como para darse cuenta de que me marchaba; pero de repente empezaron a sonar las sirenas de la ciudad. Algo iba mal. Samuel se levantó de golpe y el partido quedó suspendido. Aprovechando que las defensas eran inferiores a esa hora, Z introdujo un tren a toda velocidad que fue atravesando todas ellas como una flecha colosal directa al núcleo del sistema. El pánico se extendió entre la multitud, nadie sabía luchar, la defensa corría siempre a cargo de los robots y ellos no estaban acostumbrados a esa clase de situaciones. Acerté a leer los labios de Samuel desde lejos: «¡Vete, lárgate, rápido!». Por suerte, un helicóptero no tripulado me esperaba en lo alto de la colina. Mientras me perdía entre las vaporosas nubes, sentí una gran explosión, que se fue apaciguando a medida que me alejaba.

Próximo destino: puerto de Marsella. Darío Waltari

Ya en el aire, mientras me tomaba un zumo de piña biológica (cortesía de la casa), reflexioné sobre mi mala costumbre de marcharme de forma precipitada de todos los lugares que visitaba. Siempre sin intención, claro está. Era ese algo que me empujaba a moverme del sitio constantemente. Aun así comencé a ordenar las ideas en mi cabeza e intenté atar cabos sueltos, aunque sin éxito alguno. Así que me relajé en el sillón de masajes del receptáculo, pero no demasiado porque mi destino se encontraba a varias horas de allí.

Desde el helicóptero comencé a atisbar el puerto de Marsella. Estaba deseoso de llegar, no por el hecho en sí de enfrentarme a mi ventura —o fatalidad—, sino porque Samuel había seleccionado diversas pistas de audio, supongo que en clave de humor, de Richard Strauss: *Una odisea en el espacio*. No pude evitar reírme.

—¡Apagar música!

—Comando erróneo.

—Desconectar música.

—No tiene permisos para efectuar esa orden.

—¡Mierda!

—Comando desconocido.

—¡Maldito Samueeeeeee!

—Disculpe, no lo he entendido. Repita otra vez.

El puerto había sido modificado por la imparable subida del nivel de mar. Recordé haber leído en alguna parte que en enero del año 2300 colocaron en los polos una máquina para enfriar, de forma artificial, las montañas de hielo, siguiendo los mismos patrones que en las pistas de esquí de aquella época. A pesar del artilugio, no se pudo recuperar el nivel de antaño, pero sí salvaguardarlo. Muchas de las ciudades de entonces se vieron sumergidas por la falta de medios, pero no era el caso de este puerto, sometido a una gran obra de ingeniería. Unos enormes muros de metal semirrígidos protegían la ciudad de cualquier contratiempo.

Desde las alturas se podía ver la cúpula de la impresionante catedral de Santa María la Mayor. La espuma del oleaje había transportado cientos de moluscos que quedaron adheridos al pórtico y a las torres, haciendo de estos su nuevo hábitat natural; y las algas formaban grandes trenzas que llegaban hasta el suelo y por las cuales se podía incluso trepar. Me hicieron recordar a la tela de araña de Can Velmonte, pero me sacudí el recuerdo agitando el cuerpo enérgicamente.

El faro estaba medio derruido y también podía apreciarse una vasta red metálica que se extendía por la superficie. Eso también me llamó la atención. Pronto comprendí su utilidad. El mar estaba tan contaminado en esa zona que diversos seres, que se habían alimentado de basura nuclear durante años, saltaban para intentar alcanzar la metrópoli. Para evitar que llegasen a la costa habían adoptado esa medida de seguridad.

El helicóptero aterrizó junto a una ruidosa noria que giraba a trompicones, provocando unos chirridos muy molestos. Me levanté la camiseta para ver el mapa de mi pecho y la señal me llevó directo a la catedral. Como la entrada estaba apuntalada por peligro de derribo, tuve que buscar otro acceso. No me fue difícil colarme por una pequeña ventana del ala este. Un olor a madera, a salitre y a rancias telas bordadas, de vete a saber cuándo, invadía aquel siniestro emplazamiento. Los detectores de presencia hicieron que todas las velas led se encendieran, y a través del hilo musical se empezaron a escuchar canciones de otras épocas.

Sin perder más tiempo seguí las instrucciones del mapa, que me llevaron junto al altar. Supuse que debía existir alguna clase de botón que abriera un pasadizo o algo por el estilo, pero lo único que encontré fue una tarjeta dentro de la cajonera. Me desplacé cien metros hasta una pared de piedra maciza en la nueva ubicación. Probé a tantear

cada ranura, cada saliente, pero nada, y cuando empecé a golpear la pared con la mano abierta se me ocurrió la idea de aproximar la tarjeta con la esperanza de que ocurriese algo. Nada sucedió. Estaba cansado y me dejé resbalar por la piedra hasta sentarme en el suelo, y caí en un profundo sueño.

Las campanas me despertaron justo en la mejor parte del sueño: una colina, Carla debajo de un árbol tanteando el suelo en busca de algún fruto maduro... Conté las campanadas, eran las siete de la tarde. La puerta estaba de repente ahí, en el mismo sitio donde había estado golpeando. «Otra medida de seguridad», pensé. Ahora se podía ver con claridad la pantalla por donde debía pasar la tarjeta. «Estoy dentro».

Bajé tres pisos andando y llegué a una sala con dos sofás a cada lado y un ascensor en el medio; la altura de las puertas era considerable. Un recipiente cilíndrico ascendió desde el suelo hasta situarse sobre mi hombro. A la altura de mis ojos había un hueco con forma de mano alargada. Tengo que decir que era todo bastante intuitivo, cosa de agradecer. Entonces recordé que si ese era el acceso de los visitantes de otros mundos, solo podría usarlo si fuese uno de ellos, o al menos parte. Si era así, no tenía más que meter la mano y listo.

Cuando la inserté y se encendió una luz roja, una abrazadera me sujetó la muñeca para que no pudiera sacar la mano y sentí una punzada en el dedo índice. «Joder con la prueba de sangre», pensé. La luz se puso verde y la puerta se abrió. Jesús estaba en lo cierto —el desconcierto ante la evidencia.

En el hueco del ascensor estaba suspendida una cápsula donde cabían dos personas, o una de gran tamaño. En cuanto me abroché el arnés y me ajusté la mascarilla, que caía de un compartimento, el dispositivo comenzó a moverse. Corría a través de un raíl sujeto al techo.

Fuimos descendiendo por una rampa que se dirigía al mar. La sensación de claustrofobia se acrecentó cuando la cabina se introdujo en el agua. Podía ver el raíl que se extendía por el mar, y a las criaturas que allí vivían observando sorprendidas el movimiento de ese caramelo metálico que se les escapaba sin remedio. Después de estar viajando en línea recta, pude ver como el riel se inclinaba por un precipicio hasta desaparecer. Me sujeté donde pude y el aparato se sumergió en las profundidades de aquel abismo. La oscuridad era absoluta debido a la densidad de las algas, que engullían la luz del sol. Un fundido a negro demasiado largo, demasiado turbador. Estuve un buen rato así, entregado a mis pensamientos, que corrían como relámpagos por mi mente. Por fin llegué. Me pitaron los oídos debido a la presión.

La cápsula fue a parar al interior de un edificio iluminado que descansaba sobre el lecho marino; era como una pequeña gasolinera de carretera por la nunca pasaba nadie. Junto al edificio había cinco naves inclinadas apuntando al cielo.

—Buenas tardes. Está usted en la plataforma de lanzamiento marítima Delta FR. Antes de entrar, deje su ropa en la taquilla diez y póngase el traje hermético. Después diríjase a la nave dos.

Bueno, estaba claro. Me iba de vacaciones pero no sabía adónde. Me embuté el traje hipermegaajustado y un casco de poco peso, con una pantalla transparente —minimalismo al poder—. Entré, de forma disciplinada u obediente, a la nave, como la cándida vaca cuando camina por el corredor de la muerte, con la convicción de que lo único que le aguarda al otro lado es un fardo de paja fresco.

Seguí escuchando la grabación atentamente. Primero me senté en una pequeña cabina y unos cinturones salieron del asiento para ajustarse a mi cuerpo componiendo una equis sobre mi torso. La señorita de voz dulce, como la del antivirus Avast, me informó de que después del despegue escucharía un completo tutorial sobre el viaje. «Despegue en tres..., dos..., uno..., cero».

Espacio exterior

*

Poco después de que la nave de Darío atravesara la barrera acuosa, Jesús miraba al cielo porque había calculado que, si todo iba bien, esa sería la hora en la que vería la nave barrenar la atmósfera. Ahora ya podía centrarse en cosas más importantes, como hacer lo posible para que Ecocity no fuera destruida.

**

Can Velmonte. Alba no es una mascota

*

Alba se fue alejando de la plaza, que había quedado sin vigilancia, y, como nadie le llamaba la atención, puso un pie fuera de ella. Luego se aproximó al hotel y vio como los simios adaptaban otro tren para llegar a Ecocity, los refuerzos. Como nadie la miraba, se atrevió dar un paso más, y otro, y otro..., hasta que se sorprendió a sí misma subiendo por una ladera y el conjunto de edificios de Can Velmonte cupieron en la palma de su mano.

Fue campo a través en dirección a Cervatar, evitando los caminos transitados por los espías de Z, animales genéticamente modificados que servían a sus propósitos. Mientras caminaba, con cierta dificultad debido a su prolongado apresamiento, pensaba en todo lo que le iba a decir a Víctor cuando lo encontrase. Se inventaría una historia para no herirlo una vez más..., no lo tenía claro. Estaba segura de que Víctor la odiaba. En el fondo había sido una cobarde por no decirle la verdad a la cara.

Cuando oscureció, trepó hasta alcanzar una cueva que había visto desde abajo, una hendidura lo suficientemente profunda para guarecerse. Estaba agotada y se tapó con una manta sucia que había robado en un contenedor próximo al hotel. Por la noche escuchó sonidos extraños. Estaba convencida de que los lobos silbaban y los pájaros eran capaces de gritar su nombre. Supuso que la andaban buscando, pero tal vez esa idea solo estaba dentro de su cabeza... Finalmente, se durmió.

Pasaron tres días..., tres días de sueños ininterrumpidos. Se sentía protegida en su hogar de siempre. Madrugó, como de costumbre, y se puso a preparar el desayuno. (Carla nunca se había levantado de la cama antes de las once y su marido acostumbraba a hacerlo después de las nueve). Se sentía tan bien que abrió la puerta de su dormitorio para besar a Víctor y obsequiarlo con un zumo de pomelo, pero al levantar la sábana se encontró el rostro deformado de Z sonriendo.

Se despertó de golpe, tosiendo. Expectoró los últimos rastros de medicamentos de sus órganos. Tenía sed, estaba deshidratada. Recordaba que no muy lejos de allí había visto unas pozas, y no dudó un momento. Había varios carteles que prohibían el baño por riesgo de contaminación, pero no hizo caso porque sabía que el agua del Ebro era, a pesar de todo, apta para el consumo. Hacía mucho tiempo que se había recuperado el equilibrio medioambiental y no quedaba rastro alguno de polución. El placer de sentirse viva, libre de nuevo, la hizo gritar y llorar al mismo tiempo.

Para su sorpresa descubrió que, al contacto con el agua, la capa de vello se desprendía con suma facilidad. No tardó en ver su cuerpo desnudo tal y como lo recordaba. Aunque se viese delgada, no le importaba en absoluto. Ya tendría tiempo de retomar su vida. Descubrió también que su cara iba adquiriendo los rasgos de entonces. Los pómulos blancos, los labios menudos, los ojos almendrados, como los de su hija. No tenía más tiempo que perder y, enrollándose la manta al cuerpo, tomó el camino de vuelta. Un camino que nunca debió haber recorrido.

**

Espacio exterior: Darío. «Yo he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión...»

Los cinturones se replegaron y las puertas de acceso al resto de la nave quedaron abiertas para la inspección. De repente, a través de las pantallas, una mujer se dirigió a mí. De nuevo la grabación.

—Bienvenido, tripulante. A continuación le mostraré la nave y le hablaré de su historia. Mientras me hablaba iba recorriendo todas las zonas para que fuera familiarizándome. Disponía de una sala biblioteca con libros en papel y un inmenso archivo digital, dos baños completos, un salón con vistas al espacio exterior...

—La nave se dirige al planeta Kepler-186f, actualmente llamado Orbita2. La distancia recorrida será de 490 años luz y el viaje dura...

—Espera, espera un momento. ¡Será una broma!

—¿Se encuentra bien? Sus constantes vitales se han acelerado. Debo informarle de que la nave dispone de una sala de cuidados intensivos dotada de la mejor medicina moderna.

—No es eso lo que me preocupa ahora.

—Prosigo con la grabación.

—Por mí como si te desintegras. Esto no va a quedar así.

—La duración del viaje será de siete años. Algo impensable en otras épocas. Para recorrer esa gran distancia en tan poco tiempo, tendrá que pasar por tres agujeros de gusano. Debo advertirle que durante esos tres intervalos deberá estar en la cabina, por su seguridad. La gran aceleración que se produce hace todo muy inestable. Tiene opción de usar las cápsulas de criogenia y despertar a la llegada para conservar su aspecto actual. De lo contrario no podrá parar su propio envejecimiento. Si elige estar despierto, podrá disfrutar de todas las instalaciones a su gusto. Que tenga un bien viaje.

Después de romper varios monitores, acabé en la sala de curas para aplicarme unos puntos de sutura. Joder, es que la tía del monitor me podía haber contado todo eso antes. De haberlo sabido le hubiera dicho que iba a viajar su puta madre al tal Kepler-no-sé-qué.

—Faltan tres días para el primer salto en el tiempo, prepárese para entonces. No olvide hidratarse.

—¡Como no te calles, te reviento!

Y allí me quedé con cara de babanca, observando mi planeta por primera vez, con sus dos astros. Estar ahí contemplando aquello era todo un privilegio. Me hacía sentir tan insignificante..., tanto como un microorganismo adherido a una mota de polvo, anexada a su vez a una hebra de lana de una majestuosa alfombra persa. Eso era yo. Pegué la frente contra el ventanal del salón durante un buen rato. Respiración clavicular... solo cuando persiste la sensación de angustia. Después, respiración completa. Lo aprendí de un manual de yoga. Toda la basura espacial se había desintegrado y solo se veían un par de satélites pululando como pelusas; uno de ellos era el que manejaba Samuel. Para matar el tiempo entré en la sala gimnasio, que disponía de un simulador de gravedad. Para empezar programé la sala a 5G y, como no me podía ni mover, me quedé tumbado en el suelo porque me dio una pereza horrible desplazarme de nuevo hasta el control de mandos.

Cervatar. Ambición y contagio

*

El escáner cerebral de Carla arrojaba los resultados esperados. Había dos posibles lugares en los que pudo haberse infectado Aren. Uno era el monte Cantabria, y el otro, unas bodegas abandonadas próximas a la ciudad. El sistema era sencillo; tan solo había que mostrar un mapa interactivo al sujeto en cuestión y en una pantalla a parte aparecía su cerebro. Cuando viera algo que le resultase familiar, o que le provocase alguna emoción, determinadas zonas del cerebro se iluminarían en rojo. Ya tenían dos zonas para comenzar a buscar.

Mientras, Thomas el carnicero se encontraba en las inmediaciones del monte Cantabria para dar caza a cualquier alimaña que se presentase; necesitaba decorar los expositores con carne nueva. Llevaba semanas sin capturar ningún ejemplar y la gente se le había quejado en varias ocasiones. Eso le daba que pensar. Siempre que iba a suceder alguna catástrofe los animales huían, lo había leído en los libros. Como el caso de aquellos elefantes que estaban en una playa de Lak, en Tailandia, momentos antes de que se produjera el tsunami. Empezaron a correr, turista al lomo incluido, por la selva para huir de la catástrofe. Los bichos tienen un sentido especial para detectar los infrasonidos, de siempre lo había sospechado. Por otra parte, obtenía muchos más beneficios cuando las presas eran salvajes. Nadie quería comer animales de su granja porque tenían la creencia de que el animal cautivo no estaba tan jugoso. Por ello, era la segunda vez de la semana en que se había sentido obligado a salir. Pero nada.

Para la ocasión se había puesto unas botas altas, que le protegerían de las zarzas, y pertrechado de una canadiense color verde militar para asegurarse el camuflaje. Solía mimetizarse con la naturaleza a la perfección y tenía por costumbre acariciarse el oscuro bigote, que se había dejado por recomendación de África. Cuando estaba a punto de volver, observó dos bultos detrás de un matorral. Al asomar la cabeza por encima de los arbustos, descubrió los cadáveres de dos vacas, aún calientes. Le sorprendió que ningún depredador hubiera dado cuenta de todo aquello. Pero se felicitó por el hallazgo y mandó llamar a su robot de transporte, un autómatas fornido creado para las actividades más fatigosas, que le esperaba dentro de la furgoneta.

A partir de ahí, todo fue extrañamente previsible, como si alguien lo hubiese organizado. Cuando llegó al centro, Mario le esperaba tumbado en el parque del Espolón, que estaba invadido por la hierba; siempre que salía de caza lo hacía. Si el día había resultado fructífero, Mario corría a casa —lentamente, dada su condición de invidente— para informar a su madre, Clotilde, y a su abuela, Candelas. Clotilde solía avisar a Randy, pero, dados los últimos acontecimientos, no lo haría, aunque sí a Eloísa y a Claudio. Este avisaría a Ichiro, a Ricardo, el panadero, y en menos de una hora todo Cervatar estaría haciendo cola en la carnicería.

Malcon se apresuró a afilar los cuchillos. Estaba deseando comenzar y no iba en broma, pues se había remangado la camiseta dejando a la vista sus fornidos antebrazos. No era partidario de que las máquinas hicieran todo el trabajo; le relajaba sacar chispas con los cuchillos y hundir el metal en las blandas carnes de las presas.

Aquella noche, casi todas las cocinas de la ciudad estaban en marcha, funcionando a pleno rendimiento, como locomotoras de vapor. De los tubos de los extractores y las chimeneas salían densas nubes blancas. Era como si la villa se hubiera puesto de acuerdo para elegir a un nuevo papa.

Barbacoa, siempre con sarmientos. Guiso de carne con patatas en casa de Mario. Arroz integral con curry aderezado con tres cayenas y carne en casa de Ricardo... Los platos se fueron sucediendo en una larga noche en la que todos hicieron lo posible por disfrutar; menos Randy, que sobrellevaba el duelo como podía y lo único que acertó a cenar fue una sopa de miso con algas wakame. Sus androides, ayudantes de cocina

desde siempre, entre otras cosas, le instigaban para que probase bocado, pero como hacía caso omiso se ponían a jugar a las cartas, a beber whisky y a cortar puros. Así, sentados a la mesa de la cocina, pasaban el día. En otros tiempos se hubieran llevado una fuerte reprimenda.

Muchos de los vecinos, después de cenar, se juntaron en el bar del Espolón. Habían pasado muy malos días y tenían ganas de celebración. El dueño del club, Daniel López, en un arrebató de originalidad se había atrevido a ponerle el nombre de la ciudad a su negocio, Cervatar, aunque siempre hacía hincapié en que «de Cervatar, nada». Se sabía su árbol genealógico de memoria y aseguraba que su familia había vivido siempre en esas tierras, que habían formado parte, según relataba, de la provincia de La Rioja, con capital en Logroño. Pero siempre que lo mencionaba se le reían a la cara.

Parece que nadie se percató del retrogusto amargo que tenía la carne. Un buen catador como Ichiro lo hubiese notado a la primera. Los ciudadanos se fueron a la cama con la sensación de haber cenado más de la cuenta, y mientras dormían, un virus mortal les fue comiendo las entrañas hasta convertirlos en otra cosa.

A la mujer de Daniel, que era vegetariana, la despertaron los estertores de su marido.

—Daniel, ¿estás bien?

Valvanera, que era muy miedosa e insegura, alargó la mano, temblorosa, para girar a su marido, que estaba de espaldas. Para cuando quiso darse cuenta, Daniel se le había echado encima clavándole las uñas, que saltaron como resortes a causa de la gangrena. Las delicadas sábanas de tul se tiñeron de pus y de sangre, arte fúnebre de corte abstracto sobre un lienzo conyugal improvisado. Aunque era mal momento para ensoñaciones, no pudo dejar de sentirse como una rata cayendo por la lubricada tráquea de una boa, con las patas, frenéticas, colgando por fuera, como si quisiera dibujar unos últimos trazos en la brisa nocturna, el último baile antes de desaparecer. No sabía cuánto iba a aguantar, porque no le quedaban muchas fuerzas. El aliento y las ampollas del rostro de Samuel le repugnaban y la impedían respirar con normalidad —la rata se relaja, las patas se balancean por los espasmos de la boa—. Extenuada, dejó caer los brazos resignándose a convertirse en el primer plato de una grotesca carta que aboga por la comida molecular. Los gritos de Valva se fundieron, en un macabro coro, con los de quienes no habían ingerido carne esa noche, por prudencia o vegetarianismo.

**

Primer salto en el espacio-tiempo. Libro de Darío.

Había escuchado la grabación de fondo a través del único monitor que había dejado vivo. Faltaban tres minutos para el primer salto. Apuré las últimas gotas de agua del vaso y me senté de nuevo en el sillón de pasajeros.

Puedo asegurar que la propulsión fue tan fuerte que no fui capaz de separar el cráneo del asiento. Aunque disfrutase del subidón de adrenalina, no me iba a quedar despierto siete años. Era muy probable que me volviera loco, por eso opté por lo más sensato, la criogenización. Sin duda, meterme en la máquina y dormirme era la mejor opción, y así lo hice.

Pronto comencé a ver borroso, sintiendo los párpados pesados, como los pies y las manos. Mientras me dormía fui capaz de oír a la pesada de la grabación, como si me hablase desde un pozo, diciéndome esto y lo otro, que si debía hidratarme, que me cuidara los pies, que no arquease la espalda. ¡Joder, era peor que mi madre!

El despertar. Año 3021

—¡Darío, Darío, despierta!

Acababa de dormirme, y si era capaz de escuchar a tanta gente, solo podía significar una cosa: ya habían pasado los siete años. Recuerdo que vomité sobre un hombre que dijo llamarse Dylan y que aseguraba ser mi padre.

—Bienvenido, hijo mío.

Eso parecía una fiesta. La multitud aplaudía feliz y alguno siguió haciéndolo incluso cuando mi primera reacción fue la de propinar a Dylan un buen gancho de izquierda. Se ve que eran muy comprensivos, porque ni siquiera intervinieron, como si estuviesen poseídos por la sabiduría o algo así. Estaba aún como sedado y no me llamó demasiado la atención que los habitantes de ese planeta vistieran enormes túnicas y tuviesen una envidiable mata de pelo que se recogían en una trenza. Eran extremadamente delgados, rozando la anorexia, de una altura considerable y sus falanges, alargadas y finas, eran como las de un pianista. Lo que mejor les definía era su expresividad porque, a través de sus enormes ojos y a pesar de sus reducidas facciones, entre las que destacaban unas recortadas mandíbulas, parecían poder comunicarse sin problema. Si me hubieran dicho que se reproducían por esporas, me lo habría creído. Después, Dylan me invitó a su casa para que me relajase y comiera algo.

—Tienes que explicarme muchas cosas. Lo sabes, ¿no?

—Tranquilo, tenemos mucho tiempo para eso. Ahora dúchate y después hablamos.

Cuando salí de la ducha, comencé a fijarme en todo. El aturdimiento me había impedido hacerlo antes. Lo primero que observé y que me pareció hartamente improbable es que mi supuesto padre aparentase la misma edad que yo. Por lo demás, me encontraba en un planeta muy parecido al mío. Podría decirse que estábamos en el mismo si no fuera por la extraña tonalidad del cielo, que pasaba de violácea a castaño suave —podían verse perfectamente las líneas divisorias en el horizonte—, y porque las nubes eran circulares, como si las hubiera dibujado un niño.

Me enfundé los anchos ropajes que me habían dejado, túnicas de algodón que dejaban pasar el aire. Dylan estaba sentado sobre un cojín haciendo meditación. Al notar mi presencia me invitó a sentarme junto a él.

—Siéntate, Darío. Hablemos.

—Está bien.

—Supongo que habrás llegado ya a la conclusión. Si yo soy tu padre, es que Eloísa no te contó toda la verdad. Tu madre es una cabezota, hizo exactamente lo que prometió que haría. Para vengarse de mí, ya sabrás luego por qué, me amenazó con que, cuando fueses mayor, te contaría que fuiste concebido gracias a la semilla de un desconocido, extraída de algún recipiente de entre los miles de centros de inseminación artificial que había por la península. ¿Estoy en lo cierto?

—Totalmente. Continúa. Esto se pone interesante.

—Bien, resulta que hace más de treinta años hicimos una expedición a tu planeta, que también fue el nuestro en el pasado. Teníamos la ilusión de viajar de nuevo allí; volver a nuestros orígenes de algún modo. Nadie nos recibió a nuestra llegada. La plataforma que construyeron para que pudiéramos viajar estaba totalmente abandonada. Y aunque teníamos noticias de cómo estaba todo aquello, no imaginábamos hasta qué punto había degenerado. La idea era hacer una visita corta, pero la estancia se prolongó más de un año.

»Acabamos, no sé cómo, en Cervatar, y tu madre y yo nos gustamos desde un principio. Aunque el concepto de relación que tenéis en tu planeta difiere mucho del nuestro. Yo avisé a tu madre de que aquí nadie era de nadie. En Orbita2 vivimos en armonía, y disfrutamos de nuestros cuerpos sin ningún tipo de reparo. Cada uno es libre de estar con quien quiera. En un principio pareció entenderlo, pero no tardarían en

llegar los problemas. Tu madre es una mujer inteligente, créeme, pero no estaba preparada para ver el mundo como yo solo era capaz de hacerlo.

»Una noche que estaba solo vino a verme una chica de la ciudad. Se llamaba Alba. Me pidió que me acostara con ella y también me hizo prometer que no se lo contaría a nadie. Resultó que esa noche Eloísa descubrió que estaba embarazada y fue a buscarme de madrugada para decírmelo. Imagínate lo que ocurrió. No me lo perdonó jamás. Tu madre estaba totalmente convencida de que no sería capaz de estar con nadie más que con ella, y en su fantasía se había imaginado una vida entera junto a mí. Tengo que decir que también a mí me dolió, porque la quería y no me gustó verla sufrir; de hecho, todavía la amo. Pero es que yo amo las cosas, amo a las personas. No puedo centrar mi amor en una sola.

»Me echó directamente de la ciudad, y junto conmigo, a todos los que me acompañaron. La única que supo sobre nuestra verdadera procedencia fue tu madre, y también la única que guardaría el secreto del supuesto engaño. Le importaba mucho no destrozar a la familia de Alba y juró no hablar nunca con Claudio sobre ello.

»Recuerdo que le insistí para que te hablase de mí llegado el momento, que te dijera la verdad, pero vi en sus ojos que jamás lo haría. Por eso diseñé un plan para que algún día pudiésemos encontrarnos y que descubrieras por ti mismo la realidad. Puede que no fuera la mejor manera, pero en ese momento no tuve elección. Viajé en el tiempo para saber qué harías en el futuro, después de que la roca te administrase el compuesto nanoquímico. La roca solo era un robot con instrucciones, nada más. De ahí el mapa de tu pecho y todo lo que provocaba en ti tener ese programa. Tenías derecho a saberlo para luego poder decidir dónde estaba tu sitio...

—Vale, de acuerdo. Ya conozco la verdad. Pero resulta que yo tengo una vida, mi forma de amar es diferente a la tuya; y ahora mismo me gustaría volver de nuevo, porque he perdido siete años de mi vida y perderé otros siete en la vuelta. ¿Cómo podrás reparar eso?

—De acuerdo, te entiendo y te pido disculpas. En el fondo albergaba la esperanza de que cuando conocieses esto, tal vez decidirías quedarte. De todas formas, hasta dentro de una semana no podrás volver. Hay días clave para poder hacerlo; de otro modo, sería peligroso. Por eso mientras estés aquí, deja que te enseñe cómo vivimos.

—De acuerdo. Así tendremos tiempo para que me expliques muchas cosas. Lo primero que quiero que me digas es cómo puedes ser mi padre siendo tan joven.

—Bueno, esa pregunta tiene varias respuestas...

Me llevó a la azotea del edificio para que pudiera ver las montañas, que tenían forma de pirámide, y observé que había muy pocas edificaciones.

—Para contestarte a eso debo contarte un poco sobre nosotros. Como verás, vivimos rodeados de naturaleza. No verás en el planeta nada que vulnere el equilibrio de fuerzas. Nada artificial ni de corte futurista, nada de androides ni de máquinas. Porque desde siempre las respuestas han estado en nuestro interior. Tal vez te suene inverosímil, pero es que nosotros somos la tecnología. La evolución es no usar ninguna clase de aparato: la revolución del cuerpo humano. Nuestra mente está dotada de un inmenso poder. Poder que fue despertado gracias a la pautas de un ser celestial, el arquitecto del universo, un creador de nivel 1.

»Usamos nuestro cerebro al cien por cien, somos capaces de comunicarnos de forma telepática, podemos curarnos a nosotros mismos mediante una sencilla orden de nuestro cerebro, podemos recurrir a la telequinesis para mover cualquier tipo de objeto. Nosotros somos las máquinas.

—¿Qué estoy pensando ahora mismo?

—Piensas que soy un jodido loco con la indumentaria de un trasnochado *hipster*.

—Joder, eres buenísimo.

—Antes de que te vayas quiero hacerte un regalo. Quiero transmitirte nuestro poder

para que lo puedas usar allá donde vayas. Podrás mostrar tus vivencias a quien quieras con tan solo tocarle, entre otras cosas.

Al final me llegué a plantear que el sacrificio de perderme catorce años junto a los míos sería en parte compensando, por más que el precio seguiría siendo alto. De nada me serviría ese poder si a mi vuelta me encontraba algo como la muerte o la transmutación de todo lo que conocía. Aun así intenté apartar ese pensamiento de mi cabeza y centrarme en lo positivo de las cosas para no envenenarme con mis destructivas reflexiones.

—Pero ¿cómo surgió tu civilización? ¿Cuál fue el origen de todo?

—Es una historia digna de contar. Veinticuatro años antes de que el hombre llegase a poner el pie en la Luna, ya se había producido un acontecimiento mucho más importante.

»Se hizo una selección de personas altamente cualificadas, pero lo más importante para el éxito de la misión era que los elegidos fueran personas tranquilas, con buen temperamento; era indispensable que no albergasen ningún tipo de odio en su interior, que fueran seres altruistas. El Creador se había reunido con los mandatarios en secreto y les había mostrado, con pruebas, que la vida se iba hacer insostenible. Una plaga acabaría con el mundo de nuevo, pero existía una posibilidad de sobrevivir: comenzar de nuevo, con su ayuda, llevando a un pequeño grupo de gente cualificada a Orbita2. ¿Sabes cómo les convenció?

—Ni idea.

—Fue muy sencillo, tan solo les enseñó un vídeo de noventa minutos sobre la evolución de su mundo a partir de su época. Las imágenes transcurrieron veloces por las retinas de los presentes. Se vieron envejecer y vieron envejecer a sus hijos. Después fueron testigos de los desastres, de las guerras, de los genocidios, de la contaminación, de la corrupción a gran escala. Vieron convertida a China en primera potencia, y después... la plaga que lo infectó todo. Así lo consiguió. Cuando terminó el vídeo estaban todos tan asustados, tan abrumados ante el verdadero arquitecto del universo, que se dispusieron a hacer todo lo que estuviera en su mano.

—¿Y qué pasó después?

—Después se diseñó un plan. Comenzaron a entrevistar a los candidatos. Se les advertía de lo que supondría aceptar esa misión, y si no accedían, se les hacía un borrado de memoria.

»El Gobierno ordenó construir una plataforma sumergida en el océano, en la zona que años después se conocería como el Triángulo de las Bermudas, situada entre la Florida, las islas Bermudas y Puerto Rico. El término fue acuñado por un periodista norteamericano llamado Vicente Gaddis. A lo largo de los años, un total de 37 aviones, más de 50 barcos y un submarino atómico desaparecieron ante la mirada incrédula de la población mundial. Todo gracias a aquel complejo submarino que bautizaron con el nombre de Atlántida.

—Una base parecida a la del puerto de Marsella, supongo.

—Sí, pero mucho más grande. Al final tuvieron que destruirla porque las leyendas alimentaron historias fantásticas sobre esa zona, y el ser humano disponía cada vez de métodos más sofisticados para alcanzar el fondo marino.

—Historias más fantásticas que la de un supuesto creador que hiciera desaparecer cualquier cosa y la trasladase a otro planeta a 490 años luz de distancia..., claro.

—Me alegra tu sentido del humor.

—Y a mí tu facilidad para contar historias. Continúa, por favor.

—La primera desaparición fue la del vuelo 19. Una escuadrilla de cinco aviones torpederos Avenger de la Marina de los Estados Unidos, todos provistos de un equipo de navegación muy sofisticado, se desvanecieron durante un vuelo de entrenamiento el 5 de diciembre de 1945.

»Cuando sobrevolaban la zona del triángulo, fingieron que algo no iba bien y aseguraron que estaban perdidos. La torre de control pidió que se dirigieran hacia el oeste, pero la respuesta del oficial, previamente ensayada, fue la siguiente: «No sabemos dónde está el oeste. Todo parece falso, extraño. No estamos seguros de ningún rumbo. Incluso el océano no parece ser el mismo de siempre». Poco después, se perdió el contacto con los cinco aviones. En su auxilio fue enviado inmediatamente el gran hidroavión bimotor Martin Mariner, que desaparecería junto a la cuadrilla.

Nadie pudo dar una explicación racional a ese acontecimiento. Ellos fueron los escogidos para repoblar el nuevo planeta, el majestuoso Orbita2 o, como muchos años después lo rebautizarían, Kepler-186f.

—Supongo que si hay alguien tan poderoso como para hacer eso, también pudo haber creado la Tierra. ¿Cuál es el origen de todo, el principio de las cosas? ¿Conoces a ese creador?

—Claro, aunque lo vemos poco porque siempre está trabajando. Pero te llevaré ante él, te sorprenderá su apariencia.

Un planeta que no era el mío. La sensación extraña de respirar otro aire. Un mundo aparentemente rural ante mis ojos. La gente disfrutaba de las pequeñas cosas, cosían sus ropas, ordeñaban las vacas con sus propias manos, cultivaban productos naturales sin utilizar ninguna clase de veneno. Una comuna pacífica que había retornado para abrazar la verdadera naturaleza del ser humano. Nada de pastillas de colores, ni de implantes biónicos. Nada de trabajos forzados, ni de sueldos precarios. Todos eran uno y vivían de forma sostenible apreciando el regalo de la vida. Les encantaba filosofar durante horas. Se bañaban en pozas calientes y la temperatura ambiente era siempre agradable. Uno tenía la sensación de asistir a la Grecia antigua, con sus filósofos parlotando sobre metafísica u otros temas de los que jamás habla nadie. El concepto de vida me gustó, pero no veía que encajara en él en absoluto. En cierto modo, era mucho más primitivo, también mucho más corpulento. Y mi piel tenía un bronceado de la Tierra. Ellos tenían un minúsculo sol que apenas se percibía en el horizonte y su piel era clara, casi transparente.

El sexto día

Llegó el sexto día, el momento de conocer al supuesto creador de todas las cosas. El Dios que conocimos a través de ese gran libro de muchas páginas, la Biblia, avalada por un Jesús tan humano como yo. Otro ser brillante y tal vez incomprendido. Los domingos, Dios no tenía por costumbre recibir visitas.

Dylan se separó del grupo y me llevó por un sendero abrupto durante dos horas. Nos alimentamos de los frutos de los árboles que encontramos a nuestro paso, bebimos de inagotables manantiales. Cruzamos grandes cañones de piedra caliza para finalmente llegar a una enorme explanada donde se podía apreciar el frondoso valle tropical.

—Ya estamos. Aquí lo tienes.

—Yo no veo nada.

—Presta atención.

Una esfera de gran tamaño fue apareciendo ante mí de forma gradual. Era como una gota de agua sin fisuras, perfectamente pulida, insuperable, como el Aleph de Borges.

—Hola, Darío, me alegro de conocerte en persona.

—El placer es mío —logré decir, apabullado ante aquella presencia.

—Has hecho un largo viaje hasta aquí. Espero que, después de todo, hayas encontrado las respuestas.

—Perdona que esté un poco nervioso... No sé qué eres exactamente y estoy un poco confuso.

—No temas, no tienes nada que temer. Me ves así porque yo también evolucioné, igual que tú o tu padre. Yo también tuve un cuerpo como el tuyo, y hacía las mismas pesadas digestiones que tú. Pero somos energía, muchacho. Cuando mi cuerpo murió, mi alma, mi mente, llámalo como quieras, se volatilizó. Soy energía, puedo estar en todas partes, en cada objeto, en cada animal. Me presento así ante ti para que puedas ver, para que puedas creer.

»Estoy conectado con todo, dispongo de una fuente inagotable de vida que me ayuda a seguir creando y expandiendo universos. Mi cerebro es como una gran máquina que hace millones de operaciones por segundo. Nada queda al azar, todo es álgebra y programación. El equilibrio tiene que ser perfecto en todo, bastaría una pequeña variación para que ocurriese un desastre, el efecto mariposa.

—Pero si tienes tanto poder, ¿por qué has permitido que nuestro mundo se consuma? ¿Por qué te has mantenido al margen? Eres conocedor, sin duda, de todo lo que ha ocurrido.

—Por supuesto. Pero párate a pensar por un momento... ¿De qué serviría que yo actuase en cada problema que se le plantease al ser humano? ¿Cómo aprendería si supiera que a cada error, a cada paso, estaría yo para corregirlo? Sí, tengo ese poder. Pero no soy partidario de emplearlo. La gente muere... En realidad, piensa que muere, pero no es así. Yo también estoy muerto, pero no. Te repito que somos energía y la energía fluye por siempre. Las personas tienen que aprender, tienen que vivir los ciclos y volver una y otra vez hasta que se depuren por completo.

»¿Por qué moría la gente de cáncer? ¿Por qué esa muerte súbita o ese accidente de tráfico? Vosotros tuvisteis la respuesta y la seguís teniendo. Tú eres un superviviente al desastre, pero tus antecesores estaban ciegos y manipulados por un sistema corrupto.

»La ambición del ser humano os llevó demasiado lejos. Vuestros alimentos se convirtieron en veneno, contaminabais vuestros cuerpos con el tabaco, las medicinas, los transgénicos... Esquilmasteis los océanos y los llenasteis de basura, al igual que vuestros ríos. Érais del todo imprudentes y egoístas. Teníais que aprender de todo ello, aprender que todo lo que se hace tiene consecuencias. Causalidad, muchacho. La ley de la causa y el efecto. Por eso me negué a intervenir, convencido de que llegado el momento ofrecería una segunda oportunidad, en el caso de que fuera necesario. De ahí mi aparición en la Tierra para llevarme a unos pocos y comenzar de nuevo, pero

con la lección aprendida.

»Ahora acércate, te haré poseedor de la sabiduría de este pueblo. Te deseo suerte en la vida. Te digo hasta pronto porque es probable que nos volvamos a ver. Cuando llegue el momento, tendrás más preguntas y yo estaré ahí para responderlas.

Tras pronunciar estas palabras, me indicó que colocase mi mano sobre la esfera. El tacto era suave y templado. Noté algo dentro de mi cabeza, como si se expandiera la materia gris en todas direcciones. Era como si las líneas del cerebro, que conviven replegadas sobre sí mismas, fueran como los intrincados túneles de una mina abandonada, con una deficiente iluminación, y, de repente, alguien enciende el interruptor y es todo luz, tanta luz que tienes que cerrar los ojos para evitar dañar las retinas.

A continuación, la esfera volvió a su estado de invisibilidad y oí la voz de mi padre dentro de la cabeza.

—Bienvenido, hijo mío, ¿te encuentras bien?

Le hablé desde mi mente, sin siquiera mover los labios.

—Sí, padre. Estoy mejor que nunca, pero es el momento de partir.

Esa fue la primera vez que le llamé padre. Después del contacto con el arquitecto, veía el mundo desde otro prisma, más elevado. Y sentí el amor dentro de mí, y un deseo irrefrenable de hacer el bien. Me hubiera gustado preguntarle sobre lo que estaban haciendo en ese momento en el mundo de los muertos Miles Davis o Jim Morrison. Tal vez, a fuerza de renacer, se habían apartado del alucinógeno camino de baldosas amarillas —haciendo chocar los chapines de rubí indefinidamente para salir de esa otra realidad y atestiguar que en Arkansas se está mejor que en ningún sitio—, de los narcóticos del *coffee shop*, para dar paso a algo diferente, aunque, en el fondo, les pareciese más aburrido.

Llegó el momento del regreso y nos dirigimos hacia la plataforma de lanzamiento. Mientras caminaba, sentí las mentes de los demás en mi interior, interconectadas. Era la misma sensación que puede tener un niño cuando está bajo la protección de sus padres; sabe que hay un mundo por descubrir ahí fuera, es probable que sienta miedo, pero estar ahí, en su hogar, dentro de su propio y particular microcosmos, le hace feliz, inmensamente feliz. Sabe que si hubiera un problema, si tuviese hambre o sed, si necesitara algún consejo o le asaltara cualquier clase de duda, sus progenitores estarían ahí para rescatarlo, para fortalecerlo. Estoy seguro de que eso es lo que sintieron los niños que nacieron dentro de ese gran conglomerado de universos, de planetas y de estrellas creados de la nada, y lo que sentirán los que están por nacer. Porque los afortunados a los que les ha tocado asomar en la parte buena del pastel, nunca sabrán cómo se sintieron aquellos, los nacidos en tierras yermas que intentaron florecer de la abrupta nada, por muchos documentales que vean. La empatía solo es capaz de practicarla el inteligente.

Dylan insistió en que me llevara la túnica de recuerdo. Mi pelo había crecido rápidamente y, como estaba de moda en Orbita2, me dejé una gruesa coleta, cosa que complació a aquellas gentes.

Cuando entré en la nave, la señora del vídeo aún seguía allí. Me apresuré a desconectarla y, sin decir palabra, me embutí en la cápsula del sueño con la esperanza de cerrar pronto los ojos —como si dependiera de mí—. Sabía que en cuanto lo hiciera, como por arte de magia, estaría de nuevo en Marsella.

RETORNO

De vuelta. Siete años después. Catorce años de silencio

—Ha llegado a su destino. No olvide hidratarse y...

Me desperté en cuanto la nave se ancló en el engranaje de la plataforma. Miré en la taquilla, pero decidí no coger nada; en ese momento me sentía mejor con mi nueva indumentaria. Aproveché para echar un vistazo al espejo: el infierno del mapa en mi torso había desaparecido. Estupendo, podía descartar que todo hubiera sido un sueño, aún podía sentir la fuerza dentro de mi cabeza. Volví a coger la cápsula para llegar a la catedral. De nuevo la oscuridad de las algas engulléndolo todo. Hasta que me reencontré con esos peces mutantes con cara de bulldog. Me miraron sorprendidos, exactamente como la última vez. Aullaron como lobos al descubrir, una vez más, su ineptitud y su falta de reflejos.

Parecía que en la catedral se había detenido el tiempo: el aire denso, como el que se puede respirar en un dormitorio de fumadores tempraneros, las telas —el almuerzo de las polillas—, las partículas de polvo en suspensión sobre los rayos de luz que se filtraban en forma de colosales espadas; incluso encontré el helicóptero en el mismo sitio donde lo dejé. La verdad es que no contaba con ello. Se ve que Samuel lo había previsto todo. O casi, porque no contó con la capacidad corrosiva del salitre marino, como un ácido que lo destruye todo. Por suerte el helicóptero pudo elevarse para poner rumbo a Ecocity. Me esperaba un viaje de dos horas durante el cual bebería zumo de piña, como si no existiesen más bebidas en el mundo, y sonaría lo más conocido de Richard Strauss..., lo último que hubiese elegido después de haber pasado siete malditos años dormido.

Libro de Darío. De nuevo en Ecocity. Darío tiene 39 años

Cuando acabé el descenso por la ladera, Jesús y Samuel ya estaban esperándome. El propio helicóptero había mandado una señal acústica para avisar del inminente regreso. La ciudad estaba como la recordaba, pero los habitantes, a quienes veía a lo lejos, se comportaban de manera diferente. Eran los mismos, idénticos a lo que conocí, pero... diferentes.

La cara de Jesús era un poema, porque ahora me parecía bastante a él, por el pelo largo y la túnica. Me resistí a leerles la mente, a pesar de que, gracias a mis nuevas habilidades, estaba en condiciones de hacerlo. Observé que Samuel tenía mala cara, no por los catorce años que habían pasado, sino más bien por las ojeras y la preocupación que podía leerse en su rostro. Nos dimos un gran abrazo y les conté mi experiencia sin escatimar en detalles.

—Pensé que nunca diría esto, pero tenía muchas ganas de veros. Y que estéis aquí hoy significa que Z es historia.

—Bueno, no exactamente. Hay algo que todavía no sabes, tan siniestro que es mejor que nos acompañes para que lo veas con tus propios ojos —dijo Samuel apesadumbrado.

Sin dejar de charlar, bajamos por la colina hacia el edificio cilíndrico que rasgaba el cielo.

—Bueno, ¿qué se siente después de haber conocido al número uno? Lo que daría por poder encontrarme con él y debatir sobre la eternidad y esas cosas que aburren al resto de los mortales.

—Nunca se sabe, Jesús. Todos lo acaban conociendo, tarde o temprano, pero, como somos cada vez más longevos, el encuentro se va retrasando. Sin ir más lejos, en Orbita2 he conocido a personas que siguen vivas con cuatrocientos años.

—Samuel, me gustaría quedarme unos días. Pero ahora no puedo pensar en otra cosa que no sea en volver a Cervatar para saber si todo está bien. Prometo haceros una visita en cuanto solucione todo, necesito retomar mi antigua vida. Después volveré con Carla, con Eloísa, con todo el que quiera acompañarme, para que conozcan vuestra ciudad. Ya puedes ir preparando las habitaciones. Te advierto que tengo muchos amigos y que comen cada día como si fuese el último.

Samuel sonrió un poco forzado y se limitó a asentir con la cabeza.

—Entremos, tienes que ver algo.

—¿Tienes habilitado el satélite para que pueda ver que en Cervatar todo va bien? Por cierto, vi tu juguete desde el espacio.

—Sí, el Eco5. Lamentablemente, estamos teniendo un problema de comunicación y no se puede consultar temporalmente. Tengo a varios androides trabajando en ello ahora mismo.

Había vivido con Samuel unos cuantos días, lo suficiente para saber cuándo me mentía. Pero preferí que las cosas se sucedieran por sí solas.

Entramos en la clínica de investigación, que ocupaba la parte baja del edificio. En el local contiguo había una sala de lectura con sillones de cuerina marrón. El establecimiento disponía de grandes ventanales que proporcionaran una agradable luz para la lectura. Aunque los ciudadanos de Ecocity disponían de toda la información a través del sistema, en ocasiones, por puro entretenimiento, se autoborraban archivos para deleitarse de nuevo con algún descubrimiento. Sobre un letrero luminoso alguien había apuntado que la lectura de la semana era *La muñeca que vio la luz del sol*.

La clínica estaba vacía y sobre una camilla vertical reparé en alguien a quien no era la primera vez que veía. Estaba maniatado y su rostro cubierto por un velo negro.

—Entra, Darío, esto es lo que quería decirte.

Samuel retiró el velo y di un paso atrás, horrorizado. No fui capaz de descifrar el enigma. Z era idéntico a Samuel, pero cómo.

—Tranquilo, Darío. Todo esto tiene una explicación y nos hallamos ante un dilema. Tal vez puedas ayudarnos.

Z era una versión macabra de Samuel. Una sombra de este, sin aurículas ni pabellones, con el labio partido, dejando entrever un par de dientes. Su rostro parecía haber sido compuesto por un Picasso extremadamente cubista, con el ojo derecho expandido, como un rombo rojizo, que se movía de izquierda a derecha siguiendo nuestros movimientos. Y su aterradora mirada, penetrante, ocultaba todo lo que había vivido.

—Este soy yo, Darío. Es mi verdadero yo.

—Explícate, por favor. Todavía no logro entender la situación.

Una mordaza tapaba la boca de Z. Tan solo podía mirarnos en silencio.

—Todo es por mi culpa. ¿Recuerdas esa sensación extraña de la que te hablé? Me acompaña desde que era un muchacho. Por eso siempre he tratado de huir; de ahí mis viajes, mis excursiones. Un intento de aplacar mi desasosiego constante.

—Bueno, Samuel, en cierto modo es normal. Has vivido siempre con una gran presión, te sientes responsable de todas esas personas; actúas y diriges como te enseñaron. Tienes un legado que te ha sido transmitido, pero lo aceptaste porque pensaste que era lo que tenías que hacer, que no tenías la opción de elegir... O tal vez sí la tenías...

—Vas bien encaminado.

—Pero ¿qué tiene que ver Z en esta historia?

—Pues todo. Créeme cuando te digo que me costó arrancarle su secreto, incluso me vi obligado a torturarlo. Pero también te digo que hubiera preferido no descubrirlo nunca. Z era como yo, un tipo risueño con demasiado peso en sus espaldas. Hasta que un día, desesperado, maquinó un plan casi perfecto. Ese hombre quería abandonarlo todo —dijo señalándolo con el dedo—, quería seguir su propio camino sin mirar atrás. Pero destruir lo que sus antepasados habían creado era algo que no se podía permitir, no estaba preparado. Por eso optó por la clonación. Una noche se encerró en el laboratorio de biotecnología y creo un ser idéntico a él, con sus recuerdos y vivencias. Un ser puro con ganas de disfrutar de cada momento de su vida. Un ser que no arrastraría rencor alguno por no haber elegido lo correcto. Ese hombre era yo.

»Esa misma noche me dejó sobre su cama y desapareció de la ciudad, envuelto en una toga negra.

»A la mañana siguiente me desperté como si fuera él, porque en el fondo soy él. Soy una copia exacta. El error que cometió fue pensar que, por alguna extraña razón, esa vez el resultado sería diferente. Pero no, estábamos destinados a sentir la misma angustia y a llegar a la misma fatídica conclusión.

»Como era de esperar, mi carácter empezó a empeorar. Apenas regresaba de algún viaje, sentía la necesidad de partir de nuevo. Llegó un punto en que mi homónimo se volvió loco, se marchó a Can Velmonte para empezar de nuevo y comenzó a adiestrar a los animales inteligentes que allí se encontraban. Se llegó a obsesionar hasta tal punto que, de forma inconsciente, fue formando un ejército que, llegado el día, pudiera destruir lo que veía como una aberración. Ecocity siempre ha sido eso, un experimento de mal gusto. Con los animales no le importaba experimentar, incluso consigo mismo, pero con los humanos era diferente.

—Ahora encaja todo.

*

Jesús estaba cruzado de brazos escuchando tranquilamente la conversación. Sopesaba para sí las posibilidades de dar solución a aquel trance. Si viajase al pasado, tal vez podría aparecer en el momento exacto en que Z se clonase, y así evitarlo. Pero después de analizar los inconvenientes desechó la idea.

**

—Hace unos años estaba perdido. Si no fuera por la revelación de Z, no sé lo que hubiera ocurrido. Gracias a él he sabido, por fin, lo que he de hacer. Recuerdo que ese día vino a mi mente una lectura de la infancia. Era como si el mismísimo Marcel Proust me hablara: “Aunque nada cambie, si yo cambio, todo cambia”. Y así lo hice. Cambié para que todo fuese diferente.

—Samuel, pero ¿qué cambió?

—Primero desenganché a todos de la red, inutilizando los laicus. Después emití un comunicado diciendo que el sistema central había quedado seriamente dañado y que jamás se podría reparar. Les dije que estuviesen tranquilos, que no había ningún peligro ahí fuera. Que todo estaba bien, que podían beber el agua de los ríos, bañarse en los océanos, viajar a cualquier continente. En resumen, les dije que el mundo estaba ahí para ellos, que lo descubrieran por sí mismos. Y así, mi querido Darío, con esas simples palabras, me liberé y a la vez también a ellos.

—Te felicito. De verdad, es la postura más sabia que pudiste adoptar. Ahora eres libre, pero ¿cómo se lo tomaron los demás?

—La mayoría de ellos, al principio, no hicieron nada; tenían miedo, es normal. Con el paso de las semanas, unos pocos valientes se atrevieron a dejar Ecocity, y no tardaron en seguirles muchos más. Y los que se quedaron... lo hicieron por propia voluntad. La ciudad puede sostenerse sola, no necesita ningún líder. Pero aún tenemos un problema.

—¿Z?

—Sí, qué hacer con él. Ya no razona, ha perdido el juicio.

Samuel le quitó la mordaza de la boca y Z dio un alarido y comenzó a reírse.

—Bravo, Samuel, al final parece que mi sacrificio mereció la pena. Pero de poco me sirve que hayas dado con la solución, ya es demasiado tarde. Mi mente está envenenada, hice demasiadas cosas horribles. Cosas que no sabes porque tú dejaste de ser yo en el mismo momento en que me dupliqué. No hay retorno posible; me doy asco a mí mismo, incluso observar mi propio reflejo me produce arcadas. Solo quiero una última cosa, encontrarme con la muerte.

—Lo ves, lleva así durante años. Yo no puedo acabar con su vida, él es el original, yo tan solo la copia. Acabar conmigo mismo..., no lo soportaría.

—Samuel, tranquilízate. Tú eres su creación, su versión mejorada. Has logrado superarte a ti mismo. ¿Qué digo? Te has superado por los dos. Deja que encuentre su camino, no puedes retenerlo eternamente. He aprendido que la muerte es también vida, no hay que tener miedo a la muerte. Todo es un ciclo. Él retornará como todos lo hacemos. Nacerá cien veces más, mil si hace falta, hasta que se acaben los ciclos y amanezca, al fin, en el estado perfecto, dentro de la matriz de todas las cosas, en el Aleph infinito e inmortal.

Samuel se quedó petrificado con mis palabras. Le calaron tan hondo que no tuvo más remedio que soltar los mecanismos de sujeción. Z se quedó en silencio, observándonos, su rostro empapado en lágrimas. Incluyó su cabeza a modo de saludo, como muestra de respeto, y desapareció por la puerta.

Días más tarde lo encontraron junto a la tumba de sus padres, a las afueras de la ciudad, abrazado a una vieja fotografía que tenía de cuando era niño. En la imagen se podía ver a sus padres juntos sonriendo y a él con las manos levantadas hacia el cielo. Probablemente, uno de los momentos más felices de su vida, cuando el peso de la responsabilidad no le había hecho mella aún.

Minutos antes de marcharme, vi a Samuel de espaldas observando la lápida. El tiempo no acompañaba porque aunque había nubes, no lograban envolver el sol. Uno llora mejor cuando hay lluvia y se caen las hojas de los árboles. Por eso, imaginé que llovía y pinté oscuras y gruesas nubes en el cielo. Y así pude ver la fulgurante losa negra,

impermeable a las gotas, paraguas de un rectángulo de tierra.

Aprovechando el momento de sosiego y reflexión de Samuel, Jesús se me acercó para darme algo parecido a una cápsula con un diminuto botón.

—¿Qué es esto?

—Es un regalo, pero en este momento no puedo decirte qué es. Samuel podría escucharnos. Pero te diré una cosa, todos en la vida sufrimos momentos de desesperación. Si alguna vez llegaras a sentirte así, antes de hacer ninguna locura mira en tu bolsillo derecho, saca este artefacto y pulsa el botón.

—Así lo haré. Gracias por todo, cuida de él.

—Descuida. Te deseo mucha suerte. Márchate.

Darío Waltar regresa a Cervatar

Y así es como me vi de nuevo en aquel tren, como si mi vida transcurriera en una cinta de vídeo y alguien estuviera rebobinando de forma insólita. Retrocediendo, sí, pero hacia un comienzo bien diferente.

Cuando el tren llegó a Can Velmonte, hizo una parada. Me escondí entre los asientos asomando la cabeza de modo que nadie pudiera verme. No vi ningún tipo de animal; probablemente Samuel se había encargado de eso también.

Pronto llegaría a Cervatar. Reconocí aquellas montañas repletas de blancos molinos de viento, cuyas aspas, a modo de banderillas, reposaban sobre los lomos de unos vastos morlacos de piedra y mineral. El esqueleto estaba formado por el cerro de Cantabria, el monte de la Pila, el del Corvo y la extremidad más alejada, Candorras, con sus 580 metros de altitud.

Me apeé del tren magnético y corrí por el sendero que me llevaba al gran árbol. Los latidos hacían retumbar la caja torácica, bailaban y vibraban como si los glóbulos rojos se hubieran propuesto zapatear una interminable conga a través de las arterias.

Eloísa estaba muerta, con el pelo desparramado sobre la hierba. Su cabeza menuda reposaba junto a una cacerola que contenía los restos de lo que pudo haber sido su última comida. La desesperación, el aturdimiento y los temblores no me impidieron alzarla en el aire para abrazar su pequeño cuerpo inerte, mientras le pedía perdón. «Perdón por haberte abandonado, perdón por haberos abandonado a todos». Corrí con todas mis fuerzas hacia el pueblo, las lágrimas escapaban al aire antes de llegar a humedecer las mejillas. Silencio absoluto, cadáveres extraños que no fueron capaces de descomponerse aguardaban como estatuas a que los consumiera el tiempo.

La puerta de la casa de Claudio estaba abierta. Entré. No encontré a nadie en el salón, tampoco en la habitación de Carla, donde aún pude percibir su inconfundible fragancia de *musk*. Pero en el dormitorio conyugal dormitaban Alba y su marido. Abrazados, con las piernas entrelazadas como si hubieran querido fundirse en un solo ser. Cuerpos inertes pero intactos, apenas unas marcas imperceptibles en el cuello.

El diario de Alba permanecía junto a la mesilla de noche. Cuando leí las últimas páginas todo empezó a cobrar sentido.

Soy inmensamente feliz, acabo de llegar y todos me han acogido con cariño. Incluso el terror que tenía por encontrarme de nuevo a Claudio desapareció en cuanto lo vi. Ni siquiera me dejó disculparme, me calló con sus abrazos y con sus besos. Resulta que nos amamos, nos sentimos; volvemos a ser cómplices. Ahora mismo se ha ido corriendo a la carnicería, se ve que Thomas ha traído ejemplares nuevos. Esta noche ha prometido hacerme una cena inolvidable.

Fui entrando en las casas y examinando cada cocina. Había restos de carne por todas partes. Puede que estuviese infectada. Aproveché para ir recopilando los diarios que me encontraba, para hacerme una idea aproximada de todo lo que había ocurrido en esos últimos años. No imaginaba hasta qué punto las personas necesitan escribir sobre sí mismas, esa necesidad irracional de plasmar sus impresiones sobre un papel.

No tardé en ir a casa de Mario. Los tres miembros de la familia estaban todavía sentados a la mesa, como si esperaran un plato que nunca llegaría. Mario tenía la espalda erguida, parecía mirar a través de la cristalera. Clotilde y la abuela Candelas, con la cabeza apoyada sobre los brazos, parecían dormitar. En la plaza del mercado, Sergio yacía desplomado sobre un caja llena de naranjas enmohecidas. En el 36 Sillas traté de encontrar a Randy. Los robots que estaban jugando a las cartas me contaron que venían notándole muy raro, que apenas comía y que se había encerrado en el armario. Cuando lo abrí, un olor desagradable me golpeó el rostro. Era el único cadáver descompuesto y el suelo estaba lleno de antidepresivos de todas las tonalidades. Probablemente fue de los pocos que no comieron carne aquella noche; tal vez fue el miedo lo que le mató. Seguramente escucharía los gritos de sus vecinos y acabó por encerrarse en la despensa.

Intenté calmarme, aún tenía que encontrar a Carla, buscar supervivientes. La

conatedral estaba vacía, el bar, desierto, pero aún quedaba un sitio por mirar, el laboratorio.

Fue allí donde la encontré. Estaba de espaldas, sentada, observando el mundo mágico que puede apreciarse a través del microscopio electrónico. La llamé, grité su nombre, pero su quietud fotográfica era inequívoca. Acaricié su mejilla, sus labios parecían esbozar una sonrisa, o tal vez se trataba de un acto involuntario antes de morir. En el fondo sabía que la encontraría, porque se lo prometí, pero después de catorce años de espera fue capaz de guardarme ese último regalo.

Era un momento de desesperación y mientras miraba a Aren, atado al fondo de la sala sobre una camilla, me acordé de las palabras de Jesús Reddin: «... todos en la vida sufrimos momentos de desesperación. Si alguna vez llegaras a sentirte así, antes de hacer cualquier locura, mira en tu bolsillo derecho, saca este artefacto y pulsa el botón».

Mi mano buscó por el bolsillo hasta encontrarlo. Me quedé mirando la pequeña cápsula, la lancé al aire para comprobar su peso, la giré sobre sí misma y acabé pulsando el botón..., pero nada sucedió.

Salí del laboratorio y alcé la mano hacia el cielo. Volví a apretar el botón una y otra vez hasta que escuché un zumbido, similar al que se produce cuando zarandeas una rama con fuerza cortando el aire.

Fue entonces cuando de la nada surgió una puerta. Era de madera antigua, con tres relojes encastrados. En uno ponía «año»; en otro, «mes», y en el último, «día». De una escarpia colgaba el mapa del mundo, como el listín telefónico lo hacía de las cabinas antiguas. Sin duda, era la máquina del tiempo. Entonces supe lo que tenía que hacer. Volví al laboratorio para coger un cuaderno de notas y un lápiz, e hice los cálculos. Luego configuré los relojes, apreté un lugar del mapa y la puerta se abrió.

Cervatar. De nuevo 19 de abril, año 3014

Hacía un día espléndido, de nuevo la vida fluía. Los sonidos inequívocos de los pájaros, la imagen de las cigarras absorbiendo la savia de los árboles para descansar del último concierto. Ya no olía a muerte. Anduve con sigilo hacia el arroyo. Debía evitar que nadie me viera... De pronto la enorme roca parlante, la que originó todo, apareció ante mí. Le lancé un dispositivo, otro regalo de Jesús, que quedó adherido a la cabeza, y me puse de frente, a una distancia prudencial. Ahora era diferente, ya no tenía miedo, y fui yo el que inició la conversación.

—Hola.

La roca se desperezó y me miró pensativa.

—Hola. Te estaba esperando...

—Detente, soy yo el que he venido a buscarte. Sé qué eres, conozco tus propósitos y a tu creador. Pero no tengo un minuto que perder, tan solo he venido a destruirte.

La roca se levantó, sacando desesperada el aguijón extensible, pero estaba demasiado lejos. El compuesto químico que le arrojé no era sino una legión de nanobots que destruyeron el programa en unos segundos, haciendo que la roca pasará a formar parte, como una más, del lecho del río, sin otra misión que estar ahí y ocupar un lugar en el espacio.

Luego me escondí detrás de un árbol y esperé a que bajase mi yo del pasado, el Darío risueño que por entonces era.

Darío bajó hasta la orilla, como cada mañana, para quitarse esas legañas fastidiosas, nidos de golondrina contruidos por la noche a contrarreloj. Después se encaminó hacia la roca y pasó su mano por encima, como si quisiera despertarla. Entonces me vio.

Al principio se asustó, pero luego, cuando me acerqué a él, se quedó sorprendido al descubrir que era exactamente como él pero con el pelo largo. Tal vez vio en mi mirada algo diferente, puede que advirtiera mis ojos encarnados, los propios del afligido.

—¿Quién eres?

—Yo soy tú.

—¿Cómo puede ser eso?

—Dispongo de muy poco tiempo, siéntate por favor. De un momento a otro desapareceré, porque he cambiado algo que lo alterará todo. Solo te diré que vengo del futuro.

Sabía que era cuestión de segundos, pero antes de irme tenía que usar mi nuevo poder, el concedido por el arquitecto. No podía desintegrarme sin que supiera toda la verdad. Podría desencadenarse otro desastre. Le coloqué mi mano sobre la cabeza y le transferí todo lo que había sucedido. Descargué en él mis conocimientos, mis vivencias, mis viajes, todo. Hasta que él se convirtió también en mí. Y a continuación desaparecí, con la satisfacción de haber realizado un buen trabajo.

Darío fusión

Desanduve el camino a casa y abracé a Eloísa con fuerza, cosa que le sorprendió mucho.

—Darío, estás muy raro, ¿qué te ocurre?

—Nada, que estoy feliz de encontrarme aquí. Por cierto, recuerdos de Dylan.

Cuando mi madre escuchó aquel nombre, levantó la cabeza de golpe y me clavó esa mirada que solo ponía cuando estaba verdaderamente enfadada.

—¿Has estado con él? ¿Está aquí?

—No, no, tranquila. Está muy lejos, pero no hace falta que te diga dónde, ¿verdad?

Normalmente, las madres suelen ser muy inteligentes, porque llevan consigo su experiencia y esa habilidad hiperdesarrollada que ha sido transmitida de generación en generación, ese don innato presente en casi todas las féminas: la intuición. No hizo falta que le contara más, de alguna manera lo había entendido.

—Hijo, te puedo asegurar que no sé lo que ha pasado esta noche. Pero no te miento si te digo que has cambiado, una madre siempre se da cuenta de esas cosas. Si vuelves a ver a ese indeseable, avísame. Tengo una cuenta que saldar.

—¿Cuál, madre?

—¡Partirle la cara!

No pudimos evitar echarnos a reír.

—Muy bueno, madre, me encanta tu sentido del humor. Ahora me voy a ver a alguien, tengo la sensación de no haberla visto en catorce años —dije cruzando una mirada de inteligencia con Eloísa.

Abordé a Carla cuando salía de tomar un café en el bar de Cervatar.

—Hola, amor.

—Hola —contestó ruborizada.

—Quiero que leas esta carta delante de mí, y después esta otra.

Puse en sus manos la carta que me escribió y mi respuesta de entonces. Cuando terminó, me miró incrédula.

—Pero ¿cómo es posible que tengas esta carta, si ni siquiera la tenía terminada? Incluso llegué a pensar en no entregártela.

—Solo te diré que puedes estar tranquila. Ya no tienes que temer nada. Esta noche reservo mesa en el 36 Sillas y te lo explico todo.

Visité a todos los que conocía, para disfrutar de esa nueva oportunidad que me había brindado la vida y, de paso, cerciorarme de que todo iba bien. Aprovechando que tenía la máquina del tiempo en mi poder, me propuse hacer el bien, bajo mi criterio, pero sin llegar tan lejos como pretendió Jesús Redding.

Lo primero fue escribir una extensa carta a Samuel. Calculé que tenía que recibirla en el pasado, unos meses antes de que se convirtiera en Z, así que me metí en la máquina, que me trasladó hasta el salón de su ático. Por suerte, no estaba en ese momento. Junto a la carta, en la que le explicaba todo lo que necesitaba saber, le dejé la misma fotografía con la que le encontraron el día de su muerte, el fallecimiento en un futuro que ya nunca sería.

Si daba resultado, Z nunca llegaría a existir y Alba jamás sería secuestrada por nadie. Por otro lado, los animales de Can Velmonte vivirían en la ciudad de forma civilizada, tal y como les habían enseñado —recuerdo perfectamente lo humanizados que estaban.

Ya que me había puesto, escribí también una carta a Jesús, clara y concisa. Me bastó con poner «gracias». Él, sin duda, estaría al tanto del desenlace.

Todavía eran las seis de la tarde, aún tenía cuatro horas hasta mi cita con Carla. Por eso se me ocurrió una locura: viajar, tal vez, hasta el pasado, por ejemplo al siglo XXI, y entregar mi bitácora y los diarios. Sería antes de que se produjera la pandemia. Si alguien creyese en mi relato, cosa hartamente improbable, podría cambiarse el curso de la

historia, desaparecer todo lo que conozco..., pero lo dudo. ¿Y si se lo daba a un escritor para que lo publicase como una novela de ficción? Una distopía más que permanecería sobre las baldas polvorientas de alguna biblioteca. Puede que fuera un poco macabro el hecho de llegar a disfrutar de aquello, poner ese gran conocimiento ante las narices de millones de personas sin que llegaran a sospechar siquiera que todo lo que leían era cierto.

Decidido, fui hasta la pequeña escuela. Mi intención era salvaguardar aquellos documentos, de los que las letras se iban desvaneciendo. Porque, en realidad, bajo esas circunstancias, nunca habían sido escritos. El papel volvió a su estado original demasiado rápido. Por eso me apresuré a meter los manuscritos en una máquina para fotocopiarlos. Falto poco, pero lo conseguí. Mientras me conectaba a la red, para encontrar al sujeto merecedor de los impresos, observé por el ventanal que Alba venía del mercado; portaba una cesta con pomelos. Sonreía a pesar de estar haciendo algo que supuestamente detestaba.

Como a los demás, había tenido que hacerle leer su propio diario. Mi viaje en el tiempo había servido también para eso.

Ahora todo estaba en su sitio. «También sería conveniente hacer una visita a la mujer de Randy», pensé, pero para eso no me hacía falta coger la máquina.

Una vez delante del ordenador, puse en funcionamiento la aplicación «Test de ancestros genéticos».

—Extienda el dedo, por favor.

La bandeja salió de la computadora modificada, y con un pequeño pinchazo fue suficiente. Gracias a la muestra de plasma, la pantalla empezó a llenarse de gráficos y de mapas. Una señal intermitente se iba posicionando sobre diferentes países hasta quedar señalada una zona en rojo intenso. Me pareció más divertido que la persona que eligiera fuera algún antepasado; si fuese escritor, aún mejor.

Encontré a uno especialmente singular. Se hacía llamar Terapeuta de Supermercado y regentaba un blog que proclamaba el periodismo de extrarradio. Leí varias entradas, algún que otro recorte de prensa. Lo tuve claro. Israel Esteban sería el elegido.

Israel Esteban. Tiempo presente. Doce de mayo de 2014

Aquí me encuentro, leyendo las últimas líneas de este amasijo de cuadernos. Pondré, por decisión de Darío, una distopía más sobre las baldas de las cada vez menos frecuentadas librerías de la ciudad. Mañana mismo hablaré con mi agente literario para decirle que tengo un nuevo manuscrito.

Por otra parte, ya llevo tiempo consumiendo productos ecológicos, ingiero sal del Himalaya y nunca bebo agua del grifo. Me voy preparando para lo que va a venir. Doy pequeños pasos para alejarme de los productos elaborados por empresas sin escrúpulos, uno más para llegar a un estado de salud óptimo sin rayar en el trastorno obsesivo.

Puede que incluso haya realizado algún viaje en el tiempo. Tal vez entendáis ahora mis constantes ausencias, mi estado rejuvenecido. Es la única explicación racional, teniendo en cuenta que el manuscrito arranca en el año 2012 y lo entrego en el 2014. Puede que ahora os dé por pensar que hay más entre nosotros, seres como Jordi Hurtado, del programa *Saber y ganar*. Humanos aparentemente inmortales, viajeros del tiempo, que se saben todas las respuestas sin necesidad de repasar el guión. Pero ese será mi secreto, en realidad no tengo autoridad para revelaros ciertos detalles. También hay censura en el macrocosmos.

FIN

Sección de agradecimientos para los mecenas y personas involucradas



Llevar adelante un proyecto como este es como hacer una campaña política de cuarenta días. Duermes poco y mal, comes cuando puedes y la ropa limpia se va a amontonando en la cama a la espera de una mano cándida que la doble para meterla en su sitio. Deberían incluir el crowdfunding como dieta insalubre, porque adelgazas quieras o no. No bastó con escribir una novela, tuve que hacer un vídeo desde el futuro, dar la brasa por Internet, por teléfono, por E-mail, me aseguré que os enteraseis todos; me faltó el walkie talkie y el teletexto. Incluso navegué en piragua por el río Ebro hasta la isla que está junto al puente de Piedra de Logroño para colocar un pequeño escenario y promocionar el evento (tenéis las fotos en mi blog). Pero ahora que bien que se está, calentito en tu rincón favorito leyendo estas palabras que te escribo y orgulloso de ver tu nombre en esta lista y comprendiendo que al final, todo ha merecido la pena.

- 1. Carlos Larrainza:** realizador del vídeo e integrante de Bananas Estudio. Amigos; hermanos de sangre cuando se celebra el concurso de Diciembre en Corto.
- 2. Miryam León:** diseñadora en potencia de ambas portadas y camiseta de Factory Of Riojans. Amiga solo los martes y los jueves, más de dos días seguidos no me soportaría.
- 3. Araceli Mendoza,** ella nunca baila sola. Gracias por tu apoyo y por lo que vendrá.
- 4. Sonia Esteban,** me trajo al mundo y eso es bastante. También puso “perras”.
- 5. Ricardo Zamonsky.** Figura clave de mi desarrollo como persona. Generoso y justo como el juez Ruz. Ser astronauta es su sueño truncado.
- 6. Luis Antonio Muntion,** actor e impulsor de sueños. Amigo y librepensador.
- 7. Camilo Mejía.** Escritor del sí por mucho que diga, ha leído dos libros menos que Borges. Maestro de la vida, librepensador y buen amigo.
- 8. César Rodríguez Ledo,** un ejemplar único en su especie. Doctorado de la vida. Su feudo, Zaragoza. Librepensador de izquierdas.
- 9. Carmen Ruiz.** El cimiento universal de todos los García, gracias por apoyarme siempre.
- 10. Sergio García,** emprendedor y maestro en el arte de las quinielas. Isa Rodríguez es paciente, paciencia es la que tiene por escuchar a Sergio cada día. Un abrazo a los dos.
- 11. Mario García y Miriam Fernández.** Han ido a más eventos que Isabel Presley, viajeros incansables e impulsores de todos mis proyectos. Los conozco desde hace tanto tiempo que se me preguntaran que desde cuándo tendría que pensarlo.

12. Toni Hernáez hijo que está por venir y ya es impulsor de un campaña cultural, que hará cuando ya esté. Sus padres: **Alejandra García** y **Mikel Hernáez**, seres espirituales agradecidos por vivir en un quinto con ascensor, es que antes no lo tenían. Librepensadores nivel maestro.

13. Rosana, Roberto Pérez, Alejandro y Sara. Gracias por el apoyo en todos los ámbitos de la vida, espero que os guste mucho.

14. Ishay Eze, compañero del aula literaria y promotor de la literatura oscura. Lleva un libro dentro, aunque todavía no lo sabe. No dejes nunca de escribir.

15. Virginia P JimPas y Oscar Revilla, generosos y precursores del amor en una sociedad que camina por un túnel a oscuras sosteniendo en la mano una sola cerilla. Gracias y perdón por la chapa, siempre nos quedará San Vicente de la Barquera.

16. Toñi Romero Carrasco. Qué decir de ti, bondad y generosidad te representan. Gracias por la paciencia que has tenido, es difícil no tenerte cariño. Gracias por todo lo que has hecho.

17. David Trigo. Qué personaje más peculiar made in Córdoba, compañero de Interrail. Metódico y organizado hasta para doblar la ropa, sin ti el viaje hubiese sido un caos y lo sabes. Tú eres de mirar mucho los mapas y yo hacia el horizonte. No dejes de crear, no dejes de componer, y públicamente te digo: sube un vídeo a YouTube para que todos vean tu talento. Gracias amigo.

18. Gonzalo Barrio. Si fueras mi hijo te pondría Ciudad de apellido, porque el barrio hace tiempo que se te quedó pequeño. Gracias y enhorabuena por todos tus proyectos, no dejes de crear.

19. Diana Bilan. El destino quiso que nos conociéramos en aquel aeropuerto y quién iba a decir lo que vendría después. Gracias por tu generosidad, gracias por apoyarme y por todos los buenos momentos que hemos pasado. La vida te ha sonreído por muchos motivos, aprovéchalo.

20. Alberto Soler, gracias por apoyarme y por esas charlas que mantuvimos. No dejes de vivir.

21. Elisa Tijero. Gracias por dejar un hueco en tu nueva librería para Catorce años de silencio.

22. Natalia Fernández y Emiliano Cordero. La pareja bachatera del momento, gracias por vuestro apoyo.

23. Mercedes Rodríguez y Marian Rodríguez, siempre puedo contar con vosotras. Gracias por todo, mis pequeñas golondrinas.

24. Laura Vitoria Olarte, de compañera de clase a amiga en cero coma dos. Gracias.

25. José Luis Iglesias San Martín, pasos magistrales para mentes inquietas. Gracias.

26. Susana Hurtado y Sergio Martínez, gracias por vuestro apoyo. Por el colgante de rinoceronte y por los pelos que aún guardo en mis pantalones de vuestros perros.

27. Nuria Peluquería. Un buen escritor siempre tiene que llevar un buen corte. Gracias por el apoyo.

28. Miriam Villoslada. La primera en el proyecto de la muñeca, cocinera de los mejores cupcakes y fotógrafa de lo intangible. Siempre ayudando a los demás, gracias.

29. Erika Alcalá, compañera de baile. Apuesta por las letras y gana, pasea con un código tatuado cuyo significado escapa a la comprensión de los demás. Espero saberlo pronto. Gracias por la contribución.

30. Florin Uzoni y Mihaela, gracias por vuestra contribución y por todo el apoyo. Os deseo lo mejor.

31. Teresa Muntion, fábrica de artistas. Gracias por tu simpatía y por tu apoyo.

32. Cecilia Galeano, gracias por tu alegría y por tu apoyo. Espero que te guste el libro.

33. Lorena Salvador, gracias por el apoyo. Un abrazo.

34. Para Sandra Pérez, Dioni y Pilar. Gracias por apoyarme en todo momento. Un fuerte abrazo.

35. **Lorena Pérez, Iñaki e Iratxe.** Otra tanda de familia que sabe muy bien qué es ser emprendedor, igual que la familia del punto 31. Muchas gracias.
36. **Toñi Ciriza, Tito Esteban, Sara, Marta y el señor Pablo.** Todos ellos integrantes de la familia Esteban. Gracias por todo, desde el principio de los tiempos hasta ahora.
37. **Raúl Baselga Márquez.** Gracias por tu apoyo.
38. **Iraitz Urkulo,** mis agradecimientos.
39. **Belén Jiménez Díaz,** mis agradecimientos.
40. **Laura G. Broto,** mis agradecimientos.
41. **Rafa Toyas** muchas gracias por contribuir, y perdona a Tito por sus limitaciones :p.
42. **Elvira Hernández.** Gracias por acompañarme hasta la isla del Ebro para hincar la bandera y proclamar la libertad.
43. **Diego Marín A.** gracias por difundir todas mis travesuras.
44. **Piedad Valverde,** siempre has estado dispuesta a apoyarme de una u otra manera. Gracias.
45. **Silvino Del Valle,** mis agradecimientos.
46. **Iván Suafer,** mis agradecimientos.
47. **Makotxe,** gracias por participar.
48. **Vísperas,** mis agradecimientos.
49. **Pilar,** mis agradecimientos.
50. **Agueda Rimoldi,** mis agradecimientos.
51. **Nacho Galajares,** Japón siempre estará en tu corazón y espero que esta novela la llegues a disfrutar tanto como cuando comes sushi. Un abrazo.

Acerca del autor

Israel Esteban



Escritor a media jornada, bloguero eventual, guionista y director de una productora fantasma, que reside actualmente en su ciudad natal, Logroño.

Viajero por necesidad y lector por coherencia. Sus inclinaciones artísticas se fraguaron en el seno de una familia de pintores. La edición mediante micromecenazgo y la posterior performance de la presentación del libro de relatos “La muñeca que vio la luz del sol”, supuso su despegue literario y le abrió las puertas de los medios de comunicación, con los que ha realizado entrevistas y colaboraciones diversas. Algunos lo llaman terapeuta de supermercado. A mí no me pregunten, tan solo escribo lo que me han mandado. Si usted tiene algún problema y lo encuentra, quizá pueda contratarlo.

Blog:

<https://www.terapeutadesupermercado.com>

Facebook:

<https://www.facebook.com/Psicomarket>

Twitter:

<https://twitter.com/PsicoMarket>

Instagram:

<https://instagram.com/psicomarket>

Versión en papel de este libro:

<http://www.amazon.es/dp/1511935839>

Por favor, deja una reseña o comentario en la página del libro en Amazon:

España: <http://www.amazon.es/dp/AEIR1L5OQ9WHG>

México: <http://www.amazon.com.mx/dp/AEIR1L5OQ9WHG>

Internacional: <http://www.amazon.com/dp/AEIR1L5OQ9WHG>

Esto ayudará a que se difunda la obra y a que el autor pueda mejorar el texto en futuras ediciones o en otras obras.

Editado por Ediciones EK, Editorial digital independiente que también ofrece servicios para escritores:

<http://www.edicionesek.com>

¡Muchas gracias por leer este libro!

"The problem for most artists isn't piracy, it's obscurity."

Table of Contents

[Página de créditos](#)

[Leer antes de consumir](#)

[Nota del autor](#)

[GÉNESIS](#)

[Génesis 18 de noviembre 2012. Época actual](#)

[Bitácora de Darío Waltari. 19 de abril, año 3014](#)

[No es una roca](#)

[Los García](#)

[La carnicería del mercado de abastos](#)

[Receta de cocina. Dos de la tarde del día 19](#)

[Sueños en almíbar. 15:45 h](#)

[Israel Esteban. 30 de noviembre año 2012](#)

[Darío se despereza. Sauna y yoga: 17:25 h](#)

[Confidencias a las 20:14 h](#)

[Bitácora de Darío Waltari. Día 20 de abril. 8:00 a. m.](#)

[La familia Dupont](#)

[Débora no sabe cocinar. 14:05 h](#)

[Tiempo actual. Israel Esteban. Año 2012. 6 de diciembre](#)

[Seguimos en el tiempo actual. Año 2012, día 20 de diciembre](#)

[Tiempo actual. Año 2012, día 25 de diciembre](#)

[Bitácora de Darío. Cervatar, 21 de abril](#)

[Ichiro tiene un excelente paladar](#)

[El restaurante 36 sillas](#)

[Aren se despierta](#)

[Víctor espera](#)

[Darío. Cervatar. Día 22. 11:50 h](#)

[Las ensoñaciones de Carla](#)

[Darío: «a rastras conmigo mismo»](#)

[En el fondo. Mario es un gandul](#)

[Darío: «tengo que contárselo a Carla»](#)

[ÉXODO](#)

[Éxodo. Día 23 de abril del 3014](#)

[Cervatar sin Darío. 23 de abril](#)

[25 de diciembre del año 2012. Israel Esteban: tiempo actual](#)

[Viaje en tren. Libro de Darío. Día 23 de abril](#)

[Breve apunte en el diario de Carla. Cervatar](#)

[Tiempo presente. Israel Esteban. 2013, 1 de enero](#)

[Can Velmonte con Samuel y Darío. Día 23 de abril, 17:00 h](#)

[21:30 h. Samuel piensa en voz baja](#)

[23:30 h. Darío](#)

[Can Velmonte. 24 de abril. Darío](#)

[Diario de Mario, Cervatar. Marlen coge ranas](#)

[Diario de Carla. De cuando fue al bosque a rescatar a Mario](#)

[Época actual, 4 de julio de 2013, Logroño. Diario de Israel Esteban](#)

[Diario de Darío. Can Velmonte, día 24 de abril](#)

[Diario de Carla. Cervatar](#)

[Diario de Samuel. Llegando a Ecocity](#)

[Diario de Darío. Descubriendo Ecocity](#)

[Can Velmonte. Imperio de Z](#)

[Cervatar un mes después. El último batido. 24 de mayo](#)

[Israel Esteban. Abril, año 2014. Tiempo presente.... ya pasado si lo estás leyendo en este preciso instante](#)

[Libro de Darío: Ecocity. Jesús Reddin aparece](#)

[Alba reaparece](#)

[Ecocity. Rumbo a otra parte y fútbol cibernético](#)

[Próximo destino: puerto de Marsella. Darío Waltari](#)

[Espacio exterior](#)

[Can Velmonte. Alba no es una mascota](#)

[Espacio exterior: Darío. «Yo he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión...»](#)

[Cervatar. Ambición y contagio](#)

[Primer salto en el espacio-tiempo. Libro de Darío.](#)

[El despertar. Año 3021](#)

[El sexto día](#)

[RETORNO](#)

[De vuelta. Siete años después. Catorce años de silencio](#)

[Libro de Darío. De nuevo en Ecocity. Darío tiene 39 años](#)

[Darío Waltar regresa a Cervatar](#)

[Cervatar. De nuevo 19 de abril, año 3014](#)

[Darío fusión](#)

[Israel Esteban. Tiempo presente. Doce de mayo de 2014](#)

[Sección de agradecimientos para los mecenas y personas involucradas
Acerca del autor](#)